NOAM
CHOMSKY

LA ERA OBAMA

y otros escritos
sobre el imperio de la fuerza



Índice

PRÓLOGO

Noam Chomsky es el mayor intelectual de Estados Unidos. Durante décadas su ingente obra, que incluye casi un centenar de libros, ha denunciado y desenmascarado las mentiras de la elite en el poder, los mitos que esta construye y la complicidad de una clase progresista hipócrita. Y Chomsky lo ha hecho a pesar de haberse convertido en un paria al que los medios de comunicación tienen en la lista negra y los académicos ignoran. Su influencia como pensador proviene del matrimonio de su autonomía moral y su estudio riguroso y exacto. Chomsky posee una capacidad impresionante para estar atento a los detalles, una comprensión profunda de la naturaleza del poder y el lenguaje así como un talento extraordinario para sintetizar la información en críticas sociales y políticas fulminantes y proféticas. Desdeña con acierto el sistema bipartidista norteamericano como un espejismo orquestado por el Estado corporativo. Censura de forma enérgica a la clase progresista por ser débil y cómplice de la demolición de Estados Unidos a manos de las grandes corporaciones. Describe la tontería de los medios de comunicación comerciales como una forma de «lavado de cerebro». Chomsky es el crítico más clarividente del capitalismo desregulado, la globalización y el

veneno del imperio que alienta en Estados Unidos, y por eso mismo nos advierte que el tiempo para salvar la anémica democracia estadounidense se está agotando.

En este libro tenemos a Chomsky en su máxima expresión. En estas entrevistas y conferencias demuestra su capacidad para ponerse en la piel de quienes están más allá de nuestras fronteras y plantea las incómodas preguntas morales que es necesario formular. Denuncia a los intelectuales estadounidenses por respaldar de forma ciega el bombardeo de Afganistán, y con acierto se pregunta cuántos de esos mismos intelectuales habrían respaldado que se bombardeara Washington a causa de las guerras de Estados Unidos contra Nicaragua o Cuba. Aquí tenemos a Chomsky en estado puro, alguien que cree con pasión en la justicia y el Estado de derecho. El estándar que aplicamos a otros, sostiene, también debería aplicarse a nosotros. En el ámbito de la política exterior y, en particular, en nuestras relaciones con Israel, esta sencilla exigencia, que se respete el Estado de derecho, es una postura radical e insólita. Cuestiona la ficticia superioridad moral que infecta a la elite gobernante y a nuestra clase intelectual de mandarines y cortesanos, muchos de los cuales se mueven como pez en el agua entre la universidad y el gobierno. Chomsky no quiere participar en ello. Y por ende denuncia los crímenes como crímenes.

«Las ideas impopulares pueden suprimirse sin usar la fuerza», advierte Chomsky, «y una buena educación es un medio eficaz para alcanzar este resultado. A menos que seamos capaces de pensar lo que la ideología imperial prohíbe pensar, será muy difícil que consigamos entender lo que está ocurriendo en el mundo.»

Chomsky ha comparado nuestro Estado en descomposición con el de la República de Weimar. Le inquietan la apatía generalizada y la desilusión con la política electoral y denuncia la incapacidad del liberalismo tradicional para promover los valores liberales básicos en lugar de ponerse al servicio, como ha hecho, de las exigencias aplastantes del Estado corporativo. En este sentido, advierte que, como ocurrió en la República de Weimar, el creciente descontento con los partidos tradicionales abre un espacio que están empezando a llenar los grupos radicales y los extremistas lunáticos situados en los límites del paisaje político.

«Estados Unidos ha tenido una suerte enorme de que no haya surgido un político carismático honesto», me dijo Chomsky. «Todos nuestros políticos carismáticos han sido unos sinvergüenzas tan obvios que han terminado causando su propia destrucción, como McCarthy o Nixon o los predicadores evangélicos. Si surgiera alguien al mismo tiempo carismático y honesto, este país estaría en verdaderos problemas debido a la frustración, la desilusión, la ira justificada y la ausencia de cualquier respuesta coherente. ¿Qué se supone que la gente ha de pensar si alguien le dice: "Tengo la respuesta: tenemos un enemigo"? Entonces eran los judíos. Aquí será la inmigración ilegal y los negros. Se nos dirá que los varones blancos somos una minoría perseguida. Se nos dirá que tenemos que defendernos y defender el honor de la nación. Se exaltará la función de las fuerzas militares. Y se molerá a golpes a la gente. Esto podría convertirse en un movimiento abrumador. Y si eso ocurre, será mucho más peligroso que la Alemania nazi. Estados Unidos es la potencia mundial. Alemania era poderosa, pero tenía adversarios más poderosos todavía. No

creo que estemos muy lejos de todo esto. Si las encuestas son correctas no serán los republicanos sino los republicanos de derechas, los republicanos enloquecidos, los que arrasarán en las próximas elecciones.»

«No había visto nada así en mi vida», añadió Chomsky. «Soy lo bastante viejo como para recordar la década de 1930. Toda mi familia se había quedado sin trabajo. Las condiciones eran muchísimo más desesperadas de lo que lo son hoy. Pero había optimismo. La gente tenía esperanzas. El CIO [Congreso de Organizaciones Industriales] estaba organizándose. Nadie quiere decirlo ya pero el Partido Comunista fue el que encabezó la organización en pro de los derechos laborales y civiles. Incluso cosas como darle a mi tía costurera, que estaba desempleada, una semana en el campo. Era una vida. Hoy no existe nada comparable. El ánimo del país es aterrador. El nivel de ira, frustración y odio hacia las instituciones no está organizado de forma constructiva, sino que se pierde en fantasías autodestructivas.»

«Yo escucho la radio», dice Chomsky. «No quiero oír [al locutor conservador] Rush Limbaugh. Quiero oír a la gente que llama. Son personas como Joe Stack [el informático que se suicidó estrellando su avión contra una oficina del Servicio de Recaudación Fiscal en Austin, Texas]. ¿Qué me pasa? He hecho todo bien. Soy un cristiano devoto. Trabajo duro para mi familia. Tengo un arma. Creo en los valores del país y mi vida está derrumbándose.»

Más que cualquier otro intelectual estadounidense, Chomsky ha seguido con atención la espiral descendente de los sistemas económico y político de Estados Unidos en obras como Sobre el poder y la ideología *y* Los guardianes de la libertad. *Chomsky*

nos recuerda que la indagación intelectual auténtica siempre es subversiva. Desafía los supuestos culturales y políticos. Critica las estructuras. Es implacablemente autocrítico. Demuele los mitos y estereotipos indulgentes que usamos para sentirnos superiores e ignorar nuestra complicidad con los actos de violencia y opresión. Y siempre causa una profunda incomodidad tanto a los poderosos como a sus apologistas liberales.

Chomsky reserva su veneno más virulento para la clase progresista que sirve de cortina de humo para la crueldad del capitalismo desenfrenado y la guerra imperial. De forma sistemática ha puesto al descubierto el fraude que esconde su pose moral e intelectual. Y es por ello que a Chomsky se le odia más, y acaso se le teme más, entre los progresistas que entre la derecha a la que también ataca. Cuando Christopher Hitchens decidió convertirse en el títere de la administración Bush tras el 11-S, una de las primeras cosas que hizo fue escribir un artículo feroz contra Chomsky. A diferencia de la mayoría de los belicistas a cuyo servicio se puso, Hitchens sabía cuál era el intelectual que importaba en Estados Unidos.

«No me molesto en escribir acerca de las noticias de la Fox», me dijo Chomsky cuando hablamos. «Es demasiado fácil. De lo que hablo es de los intelectuales progresistas, los que suelen presentarse y percibirse a sí mismos como críticos del poder, como personas valientes que están de parte de la verdad y la justicia. Ellos son básicamente los guardianes de la fe. Ellos establecen los límites. Son los que nos dicen cuán lejos podemos ir. Nos dicen: "Mirad cuán valiente soy". Pero no se mueven un milímetro más allá. Y es su influencia sobre los sectores educados de la sociedad lo que hace tan peligroso su respaldo

del poder.» Chomsky ha sido crucial para el discurso estadounidense durante décadas debido a su negativa a militar en cualquier grupo o ideología, desde sus escritos sobre la guerra de Vietnam hasta su crítica de la administración Obama. Con terquedad, se ha mantenido como un iconoclasta que desconfía del poder en todas sus formas. Y en la actualidad es una de las pocas voces que se ocupan de la realidad de la guerra, de los efectos desastrosos del poder imperial y del hecho de que, en lugar de fomentar la virtud o librar guerras fundadas en buenas intenciones, la economía de guerra permanente está devorando y destruyendo las vidas de cientos de miles de inocentes. Chomsky entiende que para hablar con autoridad moral es obligatorio alejarse de los sistemas del poder, sin importar su sesgo ideológico. En su opinión, existen dos conjuntos de principios enfrentados entre sí. El primero es el del poder y los privilegios. El segundo, el de la verdad y la justicia. Aquellos que como él buscan con ahínco la verdad y la justicia son despreciados por quienes tienen como objetivo el poder y los privilegios. Y la clase liberal tradicional, a la que le gusta presentarse como la conciencia de la nación mientras que al mismo tiempo busca acceder a los privilegios y el poder, detesta a Chomsky porque él saca a la luz pública su hipocresía y doblez. Los liberales, aquellos que se autodenominan «halcones a regañadientes» y respaldan la guerra por considerarla la única opción moralmente válida, ejemplifican el engañoso juego al que se dedica la mayoría del sector progresista. Estos liberales, columnistas como Thomas Friedman o Michael Ignatieff, hasta hace muy poco el líder del Partido Liberal canadiense, pretenden apaciguar a los caciques al servicio de los cuales están y, pese a ello, atribuirse también

las virtudes que han traicionado. Chomsky no quiere ser partícipe de ello en absoluto.

«Algunos de los libros de Chomsky consistirán, por ejemplo, en un análisis de las distorsiones del plan Arias en Centroamérica, al que dedicará doscientas páginas», dice el experto en Oriente Próximo Norman Finkelstein. «Y dos años más tarde, ¿quién habrá oído hablar de Óscar Arias? Eso hace que te preguntes si habría sido más sensato que Chomsky se dedicara a escribir obras de mayor envergadura, obras más llamadas a perdurar, que puedan seguirse leyendo cuarenta o sesenta años después. Esto es lo que Russell hizo en libros como Matrimonio y moral. *¿Es posible leer todavía lo que Chomsky escribió sobre Vietnam o Centroamérica? La respuesta con frecuencia es no. Eso te dice algo sobre él. Chomsky no escribe por ego. Si escribiera por ego, escribiría en un estilo grandilocuente que reforzara su legado. Chomsky, en cambio, escribe porque quiere obrar un cambio político. Le preocupa la vida de la gente, y cuando se trata de eso, los detalles importan. Intenta refutar las mentiras que cotidianamente vomitan los medios de comunicación tradicionales. Podría dedicar su tiempo a escribir tratados filosóficos llamados a perdurar, como Kant o Russell. Pero en lugar de ello ha decidido ocuparse de los detalles minúsculos que marcan la diferencia a la hora de ganar una batalla política.»*

«Lo que intento es animar a las personas a pensar por sí mismas, a cuestionar las suposiciones convencionales», me dijo Chomsky cuando le pregunté acerca de sus metas. «No des por sentadas tus suposiciones. Empieza por adoptar una actitud escéptica hacia todo lo que sea sabiduría convencional. Oblígala a justificarse: por lo general no puede. Tienes que

estar dispuesto a cuestionar lo que suele darse por hecho. Intenta pensar a fondo las cosas por tu cuenta. La información es abundante. Has de aprender a juzgarla, evaluarla y compararla con otras cosas. Es imposible sobrevivir sin confiar en algunas cosas. Pero cuando se trata de algo significativo e importante, no te fíes. Tan pronto leas algo anónimo, debes desconfiar de inmediato. Si lees en la prensa que Irán desafía a la comunidad internacional, pregúntate quién es la comunidad internacional. La India es contraria a las sanciones. China es contraria a las sanciones. Brasil es contrario a las sanciones. El Movimiento de los Países No Alineados se opone de forma enérgica a las sanciones y lo ha estado haciendo durante años. ¿Quién es la comunidad internacional? Es Washington y cualquiera que coincida con nuestro gobierno. Esto es algo que puedes descubrir por ti mismo, pero tienes que hacer cierto esfuerzo. Lo mismo ocurre con todos los temas, uno tras otro.»

El coraje de Chomsky para hablar en nombre de aquellos cuyo sufrimiento se minimiza o ignora en la cultura de los medios de comunicación masiva, en especial los palestinos, constituye una afirmación de la posibilidad de la vida moral. Y más que su erudición, quizás, su ejemplo de independencia intelectual y moral es un punto de apoyo para todos los que desafían la hipocresía de los sistemas de poder para decir la verdad.

«Son innumerables las personas, yo mismo incluido, y esto no es ninguna hipérbole, a las que él les ha cambiado la vida», dice Finkelstein, que, como Chomsky, ha sido ridiculizado e ignorado por su valor e independencia intelectual. «De no ser por Chomsky, yo me habría rendido hace mucho tiempo. En mi vida profesional he sido maltratado y apaleado. Lo único que

compensa esta paliza constante, implacable y despiadada es la certeza de que una de las grandes mentes de la historia humana tiene fe en mi trabajo. Son muchas las personas normales y corrientes, personas a las que en este mundo se tiene por insignificantes, que de repente reciben un correo electrónico de Noam Chomsky. Eso te infunde una nueva vitalidad. Son muchas, muchísimas las personas a las que Chomsky ha estimulado para ayudarlas a descubrir en sí mismas un potencial que de lo contrario se habría perdido para siempre.»

CHRIS HEDGES

INTRODUCCIÓN

Inmediatamente después de los ataques terroristas del 11 de septiembre, la vida de Noam Chomsky, que siempre ha tenido una agenda apretadísima, se hizo todavía más intensa. En los siguientes meses, pronunció muchísimas charlas y concedió incontables entrevistas, muchas de ellas a medios de comunicación extranjeros, que se dirigieron a él buscando a uno de los pocos intelectuales estadounidenses que se oponía a la agresiva respuesta militar por la que abogaba la administración Bush.

Con una convicción inagotable, Chomsky debió de haber repetido un millar de veces su argumento de que no podemos ocuparnos del terrorismo de los débiles contra los poderosos sin enfrentar también «el terrorismo, innombrable pero muchísimo más extremo, de los poderosos contra los débiles». Su argumentación, respaldada con una colección cada vez más amplia de estudios, documentos y análisis de casos históricos, cayó en oídos sordos en Washington y los medios de comunicación dominantes de Estados Unidos, pero halló eco en las grandes audiencias que tanto en su país como en el extranjero buscaron en Chomsky, una vez más, la voz de la razón y la consciencia que durante décadas ha sido.

La voz de Chomsky llegó también a Japón, donde yo vivo, a través de la traducción de su libro *11/09/2001* (que en japonés recibió el subtítulo «¡Estados Unidos no tiene autoridad para tomar represalias!»), una obra que se publicó a toda prisa a finales de noviembre. Inspirados por el libro, un productor de una compañía japonesa independiente y yo empezamos a planear la realización de un documental sobre Chomsky y su punto de vista acerca del terrorismo y el poder de Estados Unidos.

Tuvimos un primer y rápido contacto con lo intensa que es la vida de Chomsky a comienzos de 2002, cuando lo abordamos a propósito del documental. Le interesaba trabajar con nosotros en la película, nos dijo, pero no tenía ningún espacio disponible en su agenda hasta mayo. Entre tanto, viajaría al Foro Social Mundial en Porto Alegre, Brasil; a Turquía, para testificar a favor de su editor en ese país; y a Colombia; en marzo, además, pasaría una semana en California. Éramos bienvenidos si queríamos acompañarlo y filmar esas y otras charlas que ofreciera.

Decidimos filmar en California, donde Chomsky había sido invitado a dictar dos conferencias sobre lingüística para un lectorado anual en la Universidad de Berkeley. Durante los cinco días que estuvo en la bahía de San Francisco, Chomsky atendió en su despacho en el campus y se reunió con estudiantes y profesores de lingüística de la zona; en su «tiempo libre», pronunció cinco charlas políticas sobre diversos temas (tres de las cuales filmamos) para una audiencia total de más de cinco mil personas.

Cuando llegó el viernes, el último día de la gira, la voz se le quebraba y estaba agotado. Sin embargo, al empezar a hablar

a una multitud absorta compuesta por un millar de personas en el salón de baile de un hotel de Palo Alto, volvió a ponerse en marcha. A medida que la noche avanzaba fue ganando ímpetu, desde una larga charla acerca de la amenaza que suponía poner misiles en el espacio hasta la sesión de preguntas y respuestas, que en realidad eran pequeñas charlas, en ocasiones de hasta diez minutos de duración, para atender las inquietudes planteadas por los asistentes.

Después de la charla, Chomsky pasó otros cuarenta y cinco minutos respondiendo pacientemente a las preguntas de un grupo de veinticinco personas que permanecían en la sala. En determinado momento, los dedos se le encalambraron de tanto firmar autógrafos: «Ya ni siquiera puedo escribir», dijo riéndose. Chomsky, el hombre, quizás sea incansable, pero no está hecho de acero. Con todo, siguió hablando mientras abandonaba el recinto, esta vez con un amigo al que le contaba cuán estimulante había sido su reciente viaje al Kurdistán turco.

Al seguir a Chomsky durante esos días, lo primero que me impresionó fue su gran humildad y generosidad. Él no se ve a sí mismo como el vehículo del cambio social sino, quizás, como alguien que posibilita ese cambio al proporcionar a su público la información y el análisis que son el fruto de sus investigaciones. Chomsky subraya con insistencia que existen opciones y que la decisión es nuestra: cada individuo tiene el deber de actuar de acuerdo con principios morales y obligar a quienes están en el poder a hacer lo mismo.

La otra cualidad que me impresionó de Chomsky fue su optimismo. A pesar de que su examen de los abusos de poder de Estados Unidos es con frecuencia angustioso, Chomsky es

un hombre vital, con una actitud esperanzadora. La mayoría de sus discursos terminan reseñando lo mucho que el activismo popular ha conseguido a lo largo de las décadas pasadas y señalando en qué medida el cambio social sigue estando a nuestro alcance.

El filósofo y activista japonés Tsurumi Shunsuke, traductor de Chomsky, atribuye este optimismo a la perspectiva histórica amplia que le han proporcionado a Chomsky sus estudios lingüísticos. «En el contexto de esa larga historia, este año y el próximo parecen poca cosa. Vivir en el presente, teniendo fe en el trabajo incesante de la actividad humana a lo largo del tiempo: ese es el origen de la actitud alentadora de Chomsky.»

La obra de Chomsky nos plantea una pregunta (y un reto) a cada uno: ¿hay razones para ser optimistas en esta era de bombas inteligentes y gobiernos patrioteros? La respuesta, como Chomsky acostumbra decir, depende en gran medida de lo que personas como usted y como yo decidamos hacer.

JOHN JUNKERMAN
Tokio

PRIMERA PARTE

ENTREVISTA A NOAM CHOMSKY PARA EL DOCUMENTAL *PODER Y TERROR*

Esta entrevista, realizada por John Junkerman, tuvo lugar en el despacho de Chomsky en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, Cambridge, el 21 de mayo de 2002.

Pregunta: *¿Dónde se encontraba ese día [el 11 de septiembre de 2001]? ¿Cómo se enteró de lo que estaba ocurriendo?*

Chomsky: Me lo dijo un trabajador, un hombre al que conozco y que trabaja por esta zona. Pasaba por casualidad y me dijo lo que acababa de ver en televisión. Eso fue lo primero que oí.

¿Cuál fue su reacción inicial?

Encendí la radio para averiguar qué era lo que estaba pasando y entonces, obviamente, entendí que era una atrocidad horrible. Pero reaccioné de forma muy similar a como reaccionó la gente en muchas partes del mundo. Una

atrocidad terrible, sí, pero a menos que viviera usted en Europa o Estados Unidos o Japón, supongo, no era ninguna novedad. Esa es la forma en que las potencias imperiales han tratado al resto del mundo durante centenares de años. El 11 de septiembre fue un acontecimiento histórico, pero por desgracia no por la magnitud o la naturaleza de la atrocidad, sino por la identidad de las víctimas.

Si examina la historia de los siglos pasados, verá que los países imperialistas básicamente siempre han salido indemnes. Las atrocidades eran abundantes, pero estas ocurrían en otro lugar. Como las atrocidades cometidas por Japón en China: hasta donde sé, los chinos no llevaron a cabo ataques terroristas en Tokio. Las atrocidades siempre ocurrían en otro lugar. Y así había sido durante centenares de años. Ese es el primer cambio.

Y no es tan sorprendente. Esto es algo sobre lo que he hablado y escrito antes, y en la literatura especializada está por todos lados. Es un hecho sabido, y bastante obvio, que con la tecnología actual un grupo pequeño puede llevar a cabo atrocidades espantosas sin necesidad de equipos demasiado sofisticados. El ataque con gas sarín en el metro de Tokio es un ejemplo de ello.[1]

Esto es de dominio público entre quienes prestan algo de atención a lo que ocurre en el mundo, y lo es desde hace años. En las revistas especializadas, publicadas aquí en Estados Unidos, encontrará artículos muy anteriores al 11 de septiembre en los que se señala que no sería tan difícil causar una explosión nuclear en Nueva York. Existen montones de armas nucleares circulando sin control por el mundo, decenas de miles de armas y componentes, por desgracia. Y la

información sobre cómo ensamblarlos para crear una pequeña «bomba sucia» (o lo que hoy llaman una bomba pequeña, pues en la actualidad incluso la bomba lanzada sobre Hiroshima sería «pequeña») está disponible para todo el que quiera acceder a ella. Pero una bomba como la de Hiroshima en una habitación de un hotel de Nueva York no es ningún juego.

Ahora bien, que algo así ocurriera no sería tan difícil. Quiero decir, incluso con una capacidad muy limitada, una persona podría pasar los componentes por la frontera con Canadá, que es una frontera desprotegida e imposible de vigilar. Estas son cosas que tienen una alta probabilidad de ocurrir en la actualidad, a menos que enfrentemos los problemas con sensatez. Y lo sensato es intentar averiguar cuál es su origen.

Escandalizarnos no sirve para nada. Si de verdad queremos impedir nuevas atrocidades, tenemos que intentar averiguar cuáles son sus raíces. Y casi todos los crímenes, un delito callejero, una guerra, el que sea, esconden detrás una cuestión de legitimidad, y es necesario considerar ese aspecto. Y eso, de nuevo, es válido ya se trate de delitos callejeros o de crímenes de guerra o de una potencia agresora.

Algunas personas oyen su análisis de este problema y le acusan de hacer apología del terrorismo. ¿Cuál es su respuesta a esas acusaciones?

Que mi análisis es todo lo contrario. No hago apología del

terrorismo. Es solo una cuestión de cordura. Si te tiene sin cuidado que haya nuevos ataques terroristas, muy bien, no prestemos atención a las razones. Pero si te interesa prevenirlos, entonces, es obvio que tienes que preocuparte por las razones. Y prestar atención a las razones no es en absoluto hacer apología del terrorismo.

El funcionamiento de esa crítica es muy interesante. Por ejemplo, si alguien como yo cita las que según el *Wall Street Journal* son las razones subyacentes del origen de grupos como el de bin Laden, se me acusará de hacer apología del terrorismo, pero no, por supuesto, al *Wall Street Journal*, que es el diario que estoy citando. Eso demuestra qué es lo que está en juego. Lo que les preocupa es que se critique la política de Estados Unidos.

Independientemente de que el material provenga del *Wall Street Journal*, o de que esté citando documentos gubernamentales desclasificados de hace cuarenta años en los que se discute este mismo problema, quien hace apología del terrorismo soy yo, no el Consejo de Seguridad Nacional o el *Wall Street Journal*. Y eso se debe a que lo que se ve como una amenaza es la negativa a conformarse y la desobediencia. Pero interpretar como apología del terrorismo un esfuerzo por explicarlo es sencillamente infantil, sin importar de qué crimen se trate.

Mencionó usted la bomba de Hiroshima. Recientemente hemos oído (en Japón no recibe ese nombre) que el lugar del ataque en el World Trade Center se conoce como «zona cero».

Así es.

Para los japoneses, que tienen la experiencia de las bombas atómicas lanzadas sobre Nagasaki e Hiroshima, oír la expresión «zona cero» suscita sentimientos muy complejos. Me preguntaba si ha pensado algo al respecto.

Lo interesante es que aquí prácticamente nadie ha reparado en ello. Puede comprobarlo. Quiero decir: nunca he visto un comentario sobre el tema en la prensa o en cualquier otro medio de comunicación masiva que señale ese hecho. Se trata de algo que sencillamente no está en la consciencia colectiva.

Pero la expresión…

El origen es ese, sin duda. No hay discusión al respecto. Yo la encontré chocante desde el principio.

Es por ello que para la gente resulta evocadora.

Entiendo a qué se refiere, pero no significa lo mismo aquí. En realidad, el problema es el mismo del que hablábamos antes. Las atrocidades que cometes en otra parte no existen. Y esa ignorancia puede prolongarse durante centenares de años.

Tomemos el caso de Estados Unidos, por ejemplo. ¿Por qué estoy sentado aquí? Bueno, estoy sentado aquí porque algunos fanáticos religiosos fundamentalistas oriundos de Inglaterra llegaron a este lugar y empezaron a exterminar a la población nativa, y luego muchos otros siguieron su ejemplo y exterminaron al resto de la población nativa. Y no fue una operación a pequeña escala; estamos hablando de millones de personas.

La gente de la época sabía qué era lo que estaba haciendo, pero en ningún momento se cuestionó al respecto. Han pasado centenares de años, y el exterminio de la población nativa sigue sin formar parte de la conciencia colectiva. De hecho, algo sorprendente del activismo de la década de 1960, y el despertar que trajo consigo, es que logró cambiar de forma sustancial esta situación por primera vez en la historia de Estados Unidos. Después de trescientos años, el exterminio de la población nativa se convirtió en algo sobre lo que la gente empezó a pensar.

Cuando yo era niño, jugábamos a los indios y los vaqueros. Nosotros éramos los vaqueros y matábamos a los indios. Nunca le dimos muchas vueltas. La experiencia de mis hijos, en cambio, fue muy distinta.

Volviendo sobre Japón, ¿qué piensa del respaldo del gobierno japonés a la invasión de Afganistán?

Prácticamente todos los gobiernos hicieron lo imposible por unirse a la coalición liderada por Estados Unidos, cada

uno por sus propias razones. Uno de los primeros países en sumarse con gran entusiasmo a la coalición fue Rusia. ¿Por qué Rusia? Porque quería que se la autorizara a proseguir de forma más activa las horrendas atrocidades que estaba cometiendo en Chechenia. China también estuvo muy contenta de poder participar. Le encanta contar con el apoyo de Estados Unidos para la represión en China occidental. Argelia, uno de los países más terroristas del mundo, fue recibida con los brazos abiertos en «la coalición contra el terror».

Quizás el caso más sorprendente, el que realmente nos dice algo sobre los intelectuales occidentales, es Turquía. En este momento los soldados turcos están en Kabul, o estarán allí pronto, pagados por Estados Unidos, para librar la «guerra contra el terrorismo». ¿Por qué ofrece tropas Turquía? Lo cierto es que los turcos fueron los primeros que ofrecieron a Estados Unidos tropas para Afganistán, y explicaron por qué lo hacían. Por gratitud: durante los últimos años Estados Unidos fue el único país que estuvo dispuesto a respaldar a gran escala sus propias atrocidades terroristas en el suroriente de Turquía.

Eso no es historia antigua. De hecho, sigue en marcha. Los turcos cometieron algunas de las peores atrocidades de la década de 1990, quiero decir, atrocidades mucho peores que las de que se acusaba a Slobodan Milosevic de estar cometiendo en Kosovo, sin duda antes de los bombardeos de la OTAN.

Tales atrocidades se llevaron a cabo por la misma época en el sudeste de Turquía contra los kurdos, que son tal vez una cuarta parte de la población del país y a los que se ha

sometido a una represión terrible. Los turcos expulsaron a millones de kurdos de sus hogares, destruyeron miles de aldeas y mataron quizás a decenas de miles; para reprimirlos se han empleado todas las formas imaginables de tortura y crueldad.

Y, mientras tanto, Clinton estaba dándoles armas a raudales. Turquía se convirtió en el principal receptor de armas del mundo después de Israel y Egipto, que están por completo en otra categoría. Los turcos están muy agradecidos con Estados Unidos por su enorme contribución a esta operación de terrorismo de Estado a gran escala. Y en contrapartida, ahora participan en la «guerra contra el terrorismo». El hecho de que los intelectuales occidentales sean capaces de ver esto sin decir una palabra es un testimonio realmente impresionante de la disciplina de la gente educada.

De hecho, incluso antes del 11 de septiembre, en 1999, el quincuagésimo aniversario de la OTAN coincidió por casualidad con el bombardeo de Serbia. Y esa era la cuestión. Quiero decir, ¿no es espantoso? ¿Cómo podemos tolerar que se cometan atrocidades tan cerca de la frontera de la OTAN? Ese era el tema. Pero es imposible encontrar una sola voz que señalara entonces que no solo es fácil tolerar tales atrocidades *dentro* de la OTAN (no al otro lado de la frontera, sino dentro de la OTAN), sino que también es posible contribuir a que se cometan de forma significativa.

Por tanto, tenemos aquí a Estados Unidos haciendo una contribución ingente a una atrocidad enorme dentro de la OTAN mientras que, al mismo tiempo, en Washington, los líderes del mundo occidental se reúnen y se escandalizan por

las atrocidades que se cometen al otro lado de la frontera de la OTAN y se alaban por bombardear a los serbios «para prevenir las atrocidades» (lo cual no era cierto). Pero es imposible encontrar una sola palabra sobre el tema. Yo escribí al respecto, pero, como usted anotó, cualquiera que se atrevía a hablar de ello era de inmediato considerado un defensor de las atrocidades cometidas por los serbios.

Esto, de nuevo, demuestra una disciplina increíble. No creo que un Estado totalitario sea capaz de alcanzar tal grado de disciplina. Y esta es una característica muy destacada, que dice mucho de Occidente. No sé si alguien en Japón lo ha advertido, pero es algo llamativo en extremo.

De hecho, esta misma tarde me hicieron una entrevista para un importante periódico alemán y mencioné esto que le estoy diciendo, y les señalé un dato que a ellos, como alemanes, debía resultarles conocido, a saber, que si bien Estados Unidos era el principal financiador de Turquía, Alemania era el segundo. ¿Qué me dice de eso? Todo el mundo está preocupado por cómo poner fin al terrorismo. Pues bien, existe una forma realmente fácil de hacerlo: dejar de participar en él. Solo eso ya reduciría la cantidad de actos terroristas que se cometen en el mundo en una cantidad enorme.

Esto es válido en diversos grados para casi todos los países de los que tengo noticias, pero en el caso de Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y otros más, es espectacularmente válido. Pero ya conoce la forma en que reaccionan los gobiernos… y los intelectuales.

Supongo que es hipocresía, o un doble rasero asombroso. Al vivir en Japón, es frecuente que participe en conversaciones sobre la necesidad de que los japoneses asuman la responsabilidad de los crímenes que cometieron en la segunda guerra mundial. Pero, por supuesto, siempre me siento obligado a decir antes que vengo de un país que estuvo involucrado en la guerra de Vietnam, mató a millones de personas y pareció olvidarse de ello en apenas treinta días.

Hasta qué punto Estados Unidos se olvidó de lo ocurrido es extraordinario. Hace solo un par de meses, en marzo de 2002, fue el cuadragésimo aniversario del anuncio público de que Estados Unidos estaba atacando Vietnam del Sur, de que pilotos estadounidenses estaban bombardeando Vietnam del Sur, de que se empezaba a usar armas químicas para la destrucción de cultivos y se comenzaba a internar a millones de personas en campos de concentración.

Todo ello en Vietnam del Sur. No estamos hablando de rusos ni chinos ni norvietnamitas, a los que no se les permitía vivir en su propio país. Esta era solo una guerra de Estados Unidos contra Vietnam del Sur, declarada abiertamente, y después de cuarenta años no hay ninguna conmemoración porque nadie lo recuerda. No tiene importancia. Solo tiene importancia cuando otras personas nos atacan a nosotros, porque entonces es el fin del mundo. Si somos nosotros los que atacamos a otras personas, es apenas lo normal, tan normal que ni siquiera vale la pena hablar de ello.

Y lo mismo ocurre en Japón.

Yo creo que la situación en Japón es mejor. Japón fue derrotado, y los países derrotados se ven forzados a prestar cierta atención a lo que hicieron. Eso nunca ocurre con los vencedores. Piense en los juicios de Tokio. Es indudable que los acusados eran culpables de toda clase de crímenes, pero los juicios fueron una completa farsa. Tanto en términos jurídicos como desde cualquier otro punto de vista, fueron una vergüenza. Pero, ¿juzgó alguien a los criminales estadounidenses?

De hecho, es muy interesante examinar la forma en que se construyeron los principios empleados en Núremberg. En Núremberg fue necesario decidir qué contaba como crimen de guerra. Y hubo una definición muy explícita y consciente, para nada oculta. Un crimen es un crimen de guerra si los alemanes lo cometieron y nosotros no.

Así, por ejemplo, el bombardeo de los núcleos urbanos no se consideró un crimen de guerra porque los británicos y los estadounidenses realizaron más bombardeos que los alemanes y, por tanto, estos no podían ser un crimen de guerra. Hubo comandantes de submarinos alemanes que consiguieron utilizar en su defensa el testimonio de comandantes de submarinos estadounidenses que dijeron «sí, nosotros hicimos lo mismo» y que, por tanto, fueron absueltos, pues lo que habían hecho no era un crimen.

Y a partir de entonces las cosas empeoran. Por ejemplo, la apertura de los diques en Holanda se consideró, con razón,

un crimen de guerra. Pero unos cuantos años después, en Corea del Norte, cuando la fuerza aérea de Estados Unidos había arrasado todo el país y no quedaba nada más que bombardear, se empezó a bombardear las presas. Eso fue un crimen de guerra enorme. Mucho peor que el bombardeo de los diques. Y sobre ello se habló, pero se habló con orgullo.

Cuando lees la historia oficial de la fuerza aérea, el *Air Force Quarterly* u otras publicaciones similares, descubres que el bombardeo se describe con espantoso detalle, sí, pero para mostrar qué gran logro fue bombardear esas presas y ver la enorme avalancha de agua inundando los valles y contemplar la rabia de la gente. Son asiáticos, dependen del arroz, decían. Ahora realmente les estamos dando donde les duele. Eso no se diferencia en nada del fanatismo racista, pero aquí se lo alaba. Y estamos hablando de algo que ocurrió apenas unos pocos años después de haber llevado a la horca a oficiales alemanes por mucho menos que eso.

Pero eso no es parte de la historia. Nadie sabe de ello. A menos que hayas estudiado a fondo el caso, no sabes nada al respecto.

Lo mismo puede decirse de Vietnam, hubo muchas atrocidades…

Recuerdo un artículo (sobre el que escribí en la época) que apareció en un importante diario estadounidense, el *Christian Science Monitor*, una publicación muy buena, famosa por su piedad, entre otras cosas, pero de verdad muy buena. Uno de

sus principales corresponsales escribió un artículo titulado «¿Camiones o presas?» en el que planteaba la pregunta de si, en Vietnam, debíamos bombardear las presas o bombardear los camiones.

Bien, decía, bombardear las presas es mucho más satisfactorio porque ves el efecto tremendo que causa y el desastre y una gran cantidad de personas muriendo de hambre, etc. Pero a pesar de esas ventajas, lo más sensato desde un punto de vista táctico seguía siendo bombardear los camiones, porque los camiones podían transportar equipo militar capaz de herir a los soldados estadounidenses, etc. Por tanto, concluía, debíamos renunciar al placer de bombardear presas y concentrarnos en bombardear camiones. Ni siquiera se me ocurre cómo comentar algo así. Pero lo sorprendente acerca de ese artículo fue que no causó reacción alguna, no hubo absolutamente ninguna reacción.

Solo para poner un ejemplo más: creo que de todo lo que he escrito a lo largo de mi vida, nada ha suscitado tanta furia como un comentario, algo que dije hace unos treinta y cinco años, cuando sostuve que deberíamos preguntarnos si lo que necesitábamos en Estados Unidos era (he olvidado el término exacto que empleé) disenso o desnazificación. Y vaya si eso causó indignación. Sin embargo, lo decía a propósito de un incidente particular. He aquí lo que pasó.

En el *New York Times* apareció un artículo que describía un suceso que tuvo lugar en Chicago. El Museo de la Ciencia de la ciudad, que es un lugar respetable, había organizado una exposición. La exposición consistía en una aldea vietnamita, una especie de diorama de una aldea vietnamita, y alrededor de ella se habían puesto ametralladoras y se esperaba que los

niños visitaran el museo y jugaran a disparar a la aldea con las ametralladoras. Ese era el juego. Y algunas mujeres protestaron, en grupo. Hubo una pequeña protesta fuera del museo en la que estas mujeres dijeron que no creían que eso estuviera bien. Y el artículo del *New York Times* criticaba a quienes protestaban por haberse atrevido a perturbar esa maravillosa actividad infantil. Fue entonces cuando lo dije: en ocasiones te preguntas si lo que necesitamos es disenso o desnazificación. Y sigo pensando que la pregunta era correcta: era lo que tenías que preguntar cuando el periódico más importante del mundo reprende a unas mujeres por oponerse a un maravilloso juego en el que los niños disparan contra una aldea en un momento en que eso es efectivamente lo que está ocurriendo al otro lado del planeta. Quiero decir: ya sería bastante malo si estuviéramos hablando de algo ocurrido hace centenares de años, pero entonces se trataba de algo que prácticamente estaba teniendo lugar ante nuestros ojos. Eso en verdad es sorprendente. Insisto: no solo es que no haya protestas, sino que se censura a quien se atreve a protestar.

Voy a mencionar otro caso, uno relevante para Japón. Hacia mediados de la década de 1960, la Corporación Rand, una organización de investigación muy grande vinculada al Departamento de Defensa, tradujo y publicó unos documentos de contrainsurgencia japoneses sobre Manchuria y el norte de China. Yo los leí y escribí un artículo en el que los comparaba con los documentos de contrainsurgencia estadounidenses en Vietnam. Eran bastante similares, la misma pretensión de superioridad moral, las mismas justificaciones, los mismos procedimientos, etc.

No fue un artículo muy popular, pero la única vez que se lo

citó, hasta donde sé, fue en un artículo académico sobre las atrocidades cometidas por los japoneses en Manchuria y el norte de China. En una nota al pie se mencionaba que existía un interesante artículo que intentaba justificar esas atrocidades, a saber, el mío. ¿Cómo las justificaba? Pues bien, yo comparaba lo que los japoneses habían hecho con lo que los estadounidenses estaban haciendo en esa época. Y dado que lo que los estadounidenses hacen es por definición bueno y justo, la comparación debía de ser un intento de justificar las atrocidades cometidas por los japoneses.

Al autor no se le ocurrió que tal vez mi intención era la opuesta. Eso era inconcebible porque implicaba aceptar la posibilidad de que lo que estábamos haciendo fuera malo.

Usted lleva muchos, muchísimos años señalando discrepancias de este tipo. ¿Podría explicarnos un poco cómo se convirtió en un activista?

En realidad, estas opiniones se remontan hasta mi infancia. Escribí mi primer artículo (sé exactamente cuándo lo escribí porque recuerdo el suceso) en febrero de 1939, después de la caída de Barcelona. Era un artículo sobre la propagación del fascismo en Europa. Tenía diez años, no era un activista. Pero estas preocupaciones han sido una parte importante de mi vida desde entonces.

Hubo un período de calma a finales de la década de 1950 cuando todo el país estaba tranquilo. Pero tan pronto la situación empezó a caldearse de nuevo a comienzos de los

años sesenta, volví a las andadas, con cierto pesar e inquietud, he de decir, porque sabía muy bien que esto no es algo a lo que puedas dedicarte a tiempo parcial. Una vez empiezas, tienes que dedicarte de lleno, y yo estaba muy contento haciendo montones de cosas y no quería renunciar a ellas.

Pero tomó esa decisión…

De algún modo.

¿Por qué sentía que era su obligación?

Bueno, para la época en que empezaron los preparativos para la guerra de Vietnam, sencillamente era imposible no involucrarse.

Y durante esos primeros años, ¿cuál fue la respuesta al trabajo que estaba haciendo?

En gran parte, de total incomprensión. Para Estados Unidos la guerra de Vietnam empezó en realidad en 1950, y desde 1954 hasta 1960, Estados Unidos impuso en el país una especie de régimen del terror al estilo latinoamericano. Y no es ninguna broma: mataron a sesenta o setenta mil personas. Pero no hubo protestas. Ninguna.

Cuando Kennedy llegó al poder, todo eso se intensificó, y muy pronto se convirtió en un ataque militar directo por parte de Estados Unidos. Pero seguía sin haber protestas. A lo largo de los primeros años de la década de 1960, no podías encontrar a nadie que te firmara una petición. Nadie asistía a las reuniones. Eso es algo que recuerdo. Intentábamos organizar encuentros sobre Vietnam con algunos estudiantes y otras cuantas personas que estaban interesadas. Pero teníamos que juntar media docena de temas, por ejemplo, Irán, Venezuela, Vietnam, seis temas distintos, para lograr reunir a más asistentes que organizadores.

Para 1965 o 1966, Vietnam ya había empezado a ser un tema importante. Pero las protestas se recibieron con una hostilidad extrema. Aquí mismo, en Boston, por ejemplo. Esta es una ciudad bastante liberal, pero no podíamos protestar públicamente contra la guerra. La gente reventaba las manifestaciones de forma violenta. Cientos de policías estatales tenían que proteger a los oradores para que no los mataran. Y los medios de comunicación liberales aplaudían los ataques contra los manifestantes.

Sufrimos ataques durante reuniones celebradas en iglesias. La iglesia de la calle Arlington, en el centro de la ciudad, fue atacada. También allí fue la policía la que impidió que entraran y mataran a todo el mundo. Esa era la situación. Los atacantes pintarrajearon la iglesia, y todos pensaron que eso era lo correcto. Se consideraba que eso era lo que había que hacer.

Recuerdo que mi esposa y nuestras hijas (en esa época eran dos niñas pequeñas) acudieron a una manifestación de mujeres. Ya sabéis como son estas cosas: sin violencia, sin

arrojar piedras, solo mujeres y niños dando vueltas. Y esta en particular era en Concord, un barrio residencial tranquilo, un suburbio de profesionales de clase media alta. Pero incluso allí las atacaron arrojándoles latas, tomates, etc. Se consideraba que estaba bien hacerlo.

No fue hasta finales de 1966 cuando se produjo un cambio real y por primera vez podías ver una oposición pública sustancial. Cinco años después del comienzo de la guerra. Para entonces, había cientos de miles de soldados estadounidenses arrasando con todo en Vietnam del Sur. Y la guerra, por supuesto, se había extendido al resto de Indochina. Ni siquiera sabemos cuántas personas murieron porque nadie se molestó en contar.

Ese es otro hecho interesante acerca de la guerra de Vietnam: no tenemos ni idea de cuáles fueron los costos para los vietnamitas. Quiero decir, en el caso de Estado Unidos, conocemos hasta a la última persona que perdió la vida en el conflicto; y el gran problema de la posguerra era hallar los restos de los pilotos estadounidenses. Pero nadie tiene ni la más remota idea de cuántos vietnamitas murieron o, peor aún, cuántos siguen muriendo. Los cálculos difieren literalmente en millones de víctimas. Y eso es así porque a nadie le importa. No te ocupas de ello cuando eres tú el que masacra a otro pueblo.

Hace apenas un par de semanas, todos los periódicos tenían la misma noticia en portada: algunos científicos habían descubierto que era posible construir lo que llamaban «bombas sucias» (bombas que producirían mucha radiación, pero no un gran impacto destructivo) y ponerlas en cualquier lugar de Nueva York. Calcularon los efectos y concluyeron

que no habría muchos muertos, solo una pequeña cantidad, pero sí, probablemente, muchos enfermos, y que eso sin duda causaría pánico. En resumen, una historia horrible, noticia de portada.

Ese mismo día hubo un congreso en Hanoi, en el que participaron destacados científicos estadounidenses que habían estudiado la dioxina, el principal ingrediente venenoso del Agente Naranja. El congreso abordó los efectos de la guerra química implementada por Estados Unidos en Vietnam del Sur (el Norte se salvó de este horror). Uno de los científicos americanos asistentes había medido los niveles de dioxina en varias partes del país.

Por supuesto, quienes sufrieron la destrucción de los cultivos y otros usos del Agente Naranja tenían niveles de contaminación altísimos; de hecho, centenares de veces más altos de lo que se considera permisible en Estados Unidos. Pero también había casos recientes. Muchas de las muestras habían sido tomadas en los últimos años, en niños. Los científicos intentaron calcular los efectos, que se presumen colosales, probablemente en el orden de los cientos de miles de víctimas. Esa noticia difícilmente se mencionó en la prensa.

Le pedí a un amigo que realizara una búsqueda en bases de datos. Hubo un par de menciones aquí y allá, nada más. Por tanto, mientras que un informe sobre cómo nuestro uso de armas químicas posiblemente ha matado a cientos de miles de personas ni siquiera se menciona, un informe sobre la *posibilidad* de que ocurriera algo en Nueva York que *podría* causar la muerte de unas pocas personas es noticia de primera plana.

Esa es la diferencia. Esa es la diferencia entre quien importa y quien no importa.

¿Cómo explica eso? A los periodistas les gusta pensar en sí mismos como defensores de las personas, investigadores que revelan cómo funcionan las cosas en realidad, que sacan los trapos sucios al sol, etc. Y pese a ello, no informan de cosas como las que usted cuenta. ¿Qué sucede?

En parte se trata sencillamente de una internalización de los valores. Quiero decir: la gente no suele pensar que lo que hace a otras personas sea importante. No es una cuestión solo de los periodistas. También ocurre en la academia, por ejemplo. Es una realidad del mundo intelectual en general.

Por ejemplo, si realiza una encuesta entre los intelectuales estadounidenses, encontrará que el apoyo al bombardeo de Afganistán es sencillamente abrumador. Pero, ¿cuántos de ellos piensan que debería bombardearse Washington por las guerras que Estados Unidos ha llevado a cabo contra, por decir algo, Nicaragua, o Cuba o Turquía o cualquier otro país? Si alguien sugiriera esa posibilidad, se le consideraría un chalado. Pero, ¿por qué? Es decir, si un bombardeo es correcto, ¿por qué iba a ser malo el otro?

Y si intenta que alguno de esos intelectuales se pronuncie acerca de esa pregunta, se topará con que ni siquiera pueden entenderla. No pueden comprender que deberíamos aplicarnos a nosotros mismos las normas que aplicamos a los demás. Eso les resulta incomprensible. Es imposible que

exista un principio moral más básico. Todo lo que tiene que hacer es leer al filósofo favorito de George Bush [Jesús]. En los Evangelios hay una famosa definición del hipócrita, y el hipócrita es la persona que se niega a aplicarse a sí mismo las normas que aplica a los demás.

De acuerdo con ese criterio, todo lo que se ha dicho y discutido sobre la llamada «guerra contra el terrorismo» es pura hipocresía, prácticamente sin excepción. ¿Son capaces de entenderlo? No, ninguno es capaz de hacerlo.

Y a quienes dicen: «Esperad un momento, pensemos esto desde una perspectiva más amplia», se les pone el listón más alto que al resto, ¿no es así?

No es solo que el listón se ponga más alto, sino que a quien intenta hacer algo así se le acusa de inmediato de ser un defensor de Osama bin Laden. La respuesta es sencillamente la histeria y la irracionalidad totales. Pero eso no es tan inusual. Apostaría que si usted pudiera volver al Japón de las décadas de 1930 y 1940 e hiciera una encuesta sobre la guerra entre los intelectuales, probablemente encontraría la misma clase de respuestas. Sé que fue así en Alemania y en Francia y en otras partes. Es sencillamente lo normal. Es horrible, pero es lo normal.

Viniendo de Tokio, me sorprendió llegar aquí y leer los análisis que están apareciendo sobre la posible guerra contra

Irak, me hicieron pensar que es casi como si la estuvieran anotando en una agenda.

La guerra se aborda como una cuestión técnica. ¿Cuánto costará? ¿Tendremos problemas?

Al respecto, Afganistán es un caso interesante. Es imposible hacer encuestas en Afganistán, pero sí es posible conocer las opiniones expresadas por los afganos.

Por ejemplo, la organización femenina más importante del país, la Asociación Revolucionaria de Mujeres de Afganistán, un grupo con una gran reputación y muy valiente, que ha luchado durante años por los derechos de las mujeres, tiene una página web. Se han pronunciado. Han hablado con claridad. Se oponen enérgicamente a los bombardeos.

Estados Unidos organizó una reunión en Pakistán a finales de octubre de 2001 a la que asistieron un millar de líderes afganos, algunos llegaron caminando desde Afganistán, otros estaban ya en Pakistán. Todos asistieron bajo los auspicios de Estados Unidos. Y estaban en desacuerdo acerca de toda clase de cosas, pero de forma unánime se opusieron a los bombardeos. No solo se opusieron en términos generales, sino que dijeron que perjudicaban sus esfuerzos para derrocar a los talibanes desde dentro, algo que según pensaban estaba a su alcance.

Lo mismo puede decirse de la persona en la que Estados Unidos tenía puestas la mayor parte de sus esperanzas, Abdul Haq, un famoso disidente afgano que estuvo viviendo en Pakistán. La Fundación Carnegie para la Paz Internacional, no precisamente una organización oscura, le entrevistó; la

entrevista no se publicó aquí, pero sí en Europa. Más o menos por la misma época, Haq condenó los bombardeos. Dijo lo mismo que los demás: los bombardeos perjudican nuestros esfuerzos de derrocar a los talibanes, algo que podemos hacer. Y entonces añadió que la única razón por la que los estadounidenses estaban bombardeando el país era porque querían hacer una demostración de fuerza. Lo que pasara con Afganistán o los afganos no les importaba. Del mismo modo que les tenía sin cuidado en la década de 1980, les tiene sin cuidado ahora.

Esta es la opinión pública afgana. ¿Le prestó alguien atención? Difícilmente hubo una mención. ¿A quién le importa lo que piensen los afganos? Haremos lo que nos dé la gana.

Pasemos ahora a Palestina e Israel, ¿podría decirse lo mismo a propósito de estos treinta y cinco años de ocupación que han pasado sin que apenas alguien se haya enterado de que se trata de una ocupación?

De hecho, no es solo una ocupación. Es una ocupación muy brutal, como lo son todas las ocupaciones militares. Las ocupaciones no son una cosa agradable. Y esta en particular fue especialmente violenta porque la verdadera intención era desmoralizar y, de ser posible, expulsar a la población. Es una situación que no hubiera podido prolongarse sin el apoyo de Estados Unidos, que ha estado bloqueando cualquier acuerdo diplomático por cerca de treinta años. Estados Unidos, por

supuesto, también proporciona apoyo militar y económico a Israel. Así que cuando los asentamientos israelíes se extienden por la región como un modo de incorporar al Estado judío las partes deseadas de los territorios ocupados, es a costa de los contribuyentes estadounidenses. Si, como se calcula, cincuenta mil personas han sido torturadas, ha sido a costa de los contribuyentes estadounidenses. Pero nada de eso se tiene en cuenta. Cuando Israel invadió el Líbano y mató a veinte mil personas, Estados Unidos no solo le proporcionó los medios, sino que vetó las resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que intentaban detener la matanza, etc. Pero eso carece de importancia. Nada de eso constituye una atrocidad. Solo son atrocidades las que se cometen contra Israel.

De lo único que se habla ahora es de los atentados suicidas. ¿Y cuándo empezaron los atentados suicidas? A gran escala, el año pasado. Se trata de crímenes, crímenes terribles, sin duda. Un año de crímenes palestinos contra Israel después de treinta y cuatro años de calma. Israel era casi inmune. Es decir, había ataques terroristas contra Israel, pero no desde los territorios ocupados. Los territorios ocupados eran de una pasividad extraordinaria, y así era como se suponía que tenían que ser. Como Europa y sus colonias. Pero cuando la violencia se ejerce en dirección contraria, entonces se trata de atrocidades espantosas.

Y de hecho, en este mismo momento, Estados Unidos está fomentando la escalada de la violencia. En diciembre de 2001, el Consejo de Seguridad, a instancias de la Unión Europea, intentó aprobar una resolución solicitando el envío de observadores internacionales, solo para reducir el nivel de

violencia, que es el efecto que tienen esas misiones. Es decir, si hay observadores internacionales alrededor, la violencia tiende a reducirse. Estados Unidos vetó la resolución.

Una semana antes de eso, se celebró en Ginebra una importante reunión de las altas partes contratantes de la IV Convención de Ginebra. Creo que un total de ciento catorce países asistieron, entre ellos todos los miembros de la Unión Europea, incluido el Reino Unido. Y reafirmaron lo que internacionalmente se ha afirmado una y otra vez, en ocasiones también con el apoyo de Estados Unidos, a saber, que la IV Convención se aplica a los territorios ocupados.

Y a continuación señalaron, con acierto, que eso significa que prácticamente todo lo que Israel está haciendo, esto es, todo lo que Israel y Estados Unidos están haciendo, es ilegal, de hecho, es un crimen de guerra. Y buena parte de eso que están haciendo cae dentro de lo que los Convenios definen como «infracciones graves», es decir, como crímenes de guerra serios. Eso significa que los dirigentes estadounidenses e israelíes deberían ser llevados ante los tribunales. Más aún, como alta parte contratante, Estados Unidos está obligado a procesar a quienes cometan infracciones graves de los Convenios de Ginebra, incluidos sus propios gobernantes.

Estados Unidos no asistió a la reunión, lo que básicamente la anula. Y aquí apenas se informó de ella. Eso fomenta las atrocidades. Eso supone legitimar las infracciones graves de los Convenios de Ginebra, los crímenes de guerra serios, el tipo de cosas por las que se juzgó a los japoneses y alemanes en Tokio y Núremberg. Y, por tanto, esas infracciones prosiguen. Podríamos continuar indefinidamente, pero la cuestión es que Estados Unidos ha bloqueado de forma

unilateral cualquier acuerdo al respecto y seguirá haciéndolo.

Se habla mucho acerca del plan de paz saudí. Estados Unidos, por supuesto, no lo acepta, pero es un «maravilloso paso adelante». Algo similar al plan de paz saudí ha estado sobre la mesa durante veinticinco años. Se propuso en el Consejo de Seguridad en 1976. Estados Unidos lo vetó. Todos los países y organismos relevantes del mundo lo apoyaban, incluidos los Estados árabes más importantes y la OLP. Y desde entonces siempre ha sido así.

¿Sabe cuántas personas en el mundo académico están enteradas de esto? Probablemente una decena. Es como si fuera algo oculto. Estados Unidos está llevando a cabo algo denominado «proceso de paz». Un proceso de paz, por definición, es cualquier cosa que Estados Unidos haga. Durante los últimos treinta años, el proceso de paz de Estados Unidos ha consistido en socavar cualquier iniciativa de paz. ¿Lo sabe la gente? No. Quiero decir, si intentara hablar de ello con un público educado, un público académico, nadie entendería siquiera de qué estoy hablando. No puede ser. ¿Cómo es posible que Estados Unidos socave la paz?

¿Por qué razón Estados Unidos e Israel se oponen con tanta frecuencia al resto del mundo en las resoluciones de Naciones Unidas?

Lo que suele suceder es que Estados Unidos se opone solo al resto del mundo, pues Israel no vota en el Consejo de Seguridad. Y con ello quiero decir que se opone en toda clase

de cuestiones sin relación alguna con Oriente Próximo. Aquí topamos de nuevo con una creencia normal en Occidente, a saber, que hasta la caída del comunismo, eran los rusos los que bloqueaban las acciones de Naciones Unidas. Esa es la creencia estándar. De hecho, cuando la Unión Soviética se derrumbó, se comentó en el *New York Times* que por fin Naciones Unidas iba a poder actuar sin verse obstaculizada por el veto de Rusia.

En este sentido examinar el historial de los vetos es muy revelador. Y ese historial no tiene nada de polémico, es un registro simple, factual. Es muy cierto que a finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950, los rusos vetaron muchas cosas. Y la razón es sencilla: Estados Unidos era tan poderoso que podía utilizar las Naciones Unidas como un instrumento de su política exterior. De modo que, por supuesto, los rusos vetaban ciertas resoluciones.

Hacia la década de 1950, eso empezó a cambiar. La descolonización se extendió. La ONU se convirtió en un organismo más representativo del mundo. Los demás países industrializados revivieron. Para la década de 1960, Estados Unidos ya no tenía el control de la ONU. Desde ese momento hasta la actualidad, Estados Unidos es, con diferencia, el país que más resoluciones ha vetado. El Reino Unido ocupa el segundo lugar; Francia, a cierta distancia, el tercero; y los rusos, el cuarto. Eso es exactamente lo opuesto de lo que nos pinta la creencia estándar. Y esto no es cierto solo en las cuestiones que atañen a Oriente Próximo, es cierto en todo tipo de cuestiones.

La razón es muy sencilla. El Estado más poderoso del mundo no acepta la autoridad internacional. Y tampoco la

aceptaría ningún otro Estado si pudiera salirse con la suya. Si Andorra pudiera, haría lo que le viniera en gana. Pero en el mundo real, los únicos que pueden hacer lo que quieran son los Estados más poderosos.

Pareciera que Estados Unidos ignora la opinión de los europeos.

Siempre lo ha hecho.

¿Incluso ahora?

Estados Unidos ignora incluso la opinión de los propios estadounidenses. Tomemos de nuevo el ejemplo de Oriente Próximo. La mayoría de la población de Estados Unidos, una mayoría considerable, es partidaria del plan saudí. Estados Unidos, sin embargo, se opone a él. Ahora bien, si usted le dijera a la gente: mirad, es vuestro gobierno el que bloquea lo que vosotros respaldáis, nadie sabría de qué se les está hablando, porque nadie está enterado. Para estar enterado es necesario investigar.

De modo que sí, también la opinión nacional se ignora. Y no solo ahora: siempre ha sido así. Y esto no es algo exclusivo de Estados Unidos, todo el que puede salirse con la suya actúa igual.

¿Qué posibilidades existen de que eso cambie alguna vez?

Ha cambiado. La situación es mejor de lo que era hace treinta o cuarenta años. Por ejemplo, ahora el gobierno de Estados Unidos tiene que someterse a los requisitos que, para envíos de armas y demás, el Congreso le impone en materia de derechos humanos. Por lo general, encuentra una forma de evadirlos, pero, no obstante, las limitaciones están ahí. ¿Por qué están ahí? Eso, de nuevo, es una consecuencia de la década de 1960.

La población del país es mucho más civilizada de lo que era hace cuarenta años, y lo será cada vez más. Esto impone límites a la violencia que ejerce el Estado. No existe otro camino. Quiero decir, no existe fuerza externa capaz de limitar la violencia que ejerce el Estado más poderoso, sea Estados Unidos o cualquier otro. Pero sí pueden surgir límites desde dentro.

En Palo Alto usted habló acerca de la militarización del espacio y destacó las discrepancias entre el país más poderoso del mundo y los demás países. Esa discrepancia, esa brecha, continúa creciendo más y más. ¿Tendrá ello un impacto significativo en la evolución de la situación mundial?

Ya lo está teniendo. De hecho, el actual gobierno de Estados Unidos es extremista al respecto. Está comprometido de forma bastante franca y abierta con el uso de la violencia

para controlar el mundo, y no teme decirlo.

Por ejemplo, hace un par de semanas, el príncipe Abdalá de Arabia Saudita estuvo aquí intentando convencer a los dirigentes estadounidenses de que moderaran su apoyo a la violencia israelí. Y lo que Abdalá les dijo fue que iba a producirse un levantamiento en el mundo árabe que sería peligroso para sus propios intereses, como el control del petróleo. La reacción del gobierno fue reveladora. Aunque, como es obvio, no se prestó atención a las advertencias del príncipe, la reacción fue interesante por lo que se le dijo (la noticia se publicó en el *New York Times*, así que puede leerla) y lo que se le dijo fue: Mirad, basta ver lo que hicimos con Irak durante la operación Tormenta del Desierto. Ahora somos diez veces más fuertes. Si queréis saber qué tan fuertes somos, echad un vistazo a lo que acabamos de hacer en Afganistán. Por eso lo hicimos, para mostraros lo que podría ocurriros si levantáis la cabeza. Si no hacéis lo que os decimos, os pulverizaremos. Nos tiene sin cuidado lo que penséis o lo que digáis.

Esa es su actitud. Y lo dicen, y es evidente en sus acciones. Eso no es precisamente bueno para el mundo y tampoco lo es para el pueblo estadounidense.

Con todo, parecería que en cierto sentido no estamos ya en condiciones de montar una guerra como la de Vietnam, una guerra prolongada, sostenida.

Porque no cuenta con respaldo popular.

Pero, por otro lado, la demonización de personajes como Saddam Hussein y los talibanes otorga carta blanca al gobierno.

Esa es una decisión de las clases intelectuales. Tomemos, por ejemplo, el caso de Saddam Hussein. Cada vez que Blair o Bush o Clinton o Madeleine Albright o algún otro dice que hay que hacer una guerra en Irak, plantea el problema de la misma forma. Dice: este es el peor monstruo que ha conocido la historia. ¿Cómo podemos permitir que exista? Incluso fue capaz de cometer el más atroz de los crímenes: usar gas «contra su propio pueblo». ¿Cómo puede existir una persona semejante?

Todo lo cual es correcto, salvo que está lejos de ser la verdad completa. Saddam efectivamente usó gas «contra su propio pueblo» (aunque, en realidad, los kurdos difícilmente son su propio pueblo) *con nuestro apoyo*. Saddam llevó a cabo la operación Anfal, en la que murieron quizás cien mil kurdos, con nuestro apoyo. Estaba desarrollando armas de destrucción masiva en un momento en el que era alguien de verdad peligroso, y nosotros le proporcionamos la ayuda y el apoyo necesarios para conseguirlo. Y éramos perfectamente conscientes de lo que hacíamos: Saddam era un amigo y un aliado, y continuó siéndolo.

Intente ahora encontrar a alguien capaz de añadir eso a sus comentarios. Saddam es un monstruo, sí, pero hizo lo que hizo con nuestro apoyo, porque nos tenía sin cuidado. Casi

nadie señaló eso. Así que, sí, podemos demonizar a Saddam Hussein, pero debemos ocultar el hecho de que cometió los que son, con diferencia, sus peores crímenes con el respaldo de Estados Unidos y Reino Unido. Y eso no es solo demonizarlo, es demonizarlo de forma muy selectiva.

Lo máximo que llegará a leer es que no prestamos suficiente atención a sus crímenes. Pero no es que no prestáramos atención, es que nos tenía sin cuidado. A nuestros líderes les tenía sin cuidado. No importa lo espantoso que fuera, Saddam nos estaba prestando un servicio valioso. De hecho, Irak es el único país del mundo, aparte de Israel, que ha salido impune tras atacar un buque estadounidense, una embarcación de la marina de Estados Unidos, y matar a unos treinta y cinco marineros. La mayoría de los países no podrían librarse de algo así. Israel, en cambio, lo hizo en 1967, e Irak lo hizo en 1988.

Ocurrió en el Golfo: un destructor estadounidense fue alcanzado por misiles iraquíes, murieron, creo, treinta y siete marineros. No nos importó. Irak era un amigo y un aliado. Hussein era nuestro hombre, así que tenía que haber sido un error. Ningún otro hubiera podido salir impune de esa. Tienes que estar muy alto en la lista de amigos para que se te otorgue semejante privilegio. Y el incidente ocurrió cuando estaba cometiendo sus peores atrocidades.

Solo brevemente, y a propósito de ese tipo de alianzas, ¿podría hablarnos de la implicación de Japón en Indonesia y el problema de Timor Oriental? Japón proporcionó una gran

cantidad de ayuda al desarrollo.

Fue mucho más que ayuda. Esto en parte fue algo que conocí de primera mano. Nunca he hablado del tema, pero si quiere saber, en 1978, probablemente, testifiqué en la ONU acerca de lo ocurrido en Timor Oriental. Los grupos religiosos y otras voces habían conseguido que la ONU escuchara algunos testimonios críticos.

Recuerdo haber pasado todo un día en el edificio de la ONU esperando a que se me llamara para testificar, pero nadie lo hacía, pues tras bambalinas se estaban produciendo maniobras burocráticas para intentar impedir el testimonio. En un principio pensé que el responsable era Estados Unidos, pero no era así. Era Japón. Japón protegía tanto a Indonesia que no quería permitir en la ONU ningún testimonio que criticara la invasión de Timor, y eso en un momento en que las atrocidades estaban en pleno apogeo.

Los japoneses no eran los únicos. De hecho, el mundo entero tiene un historial horrible en este drama. Hoy nadie habla de eso, pero en el momento álgido de las atrocidades, Estados Unidos era el país que proporcionaba la mayoría de las armas. El Reino Unido intervino a lo largo de 1978. Entonces el gobierno era laborista, Thatcher no había llegado al poder. Pues bien, 1978 fue el año en que las atrocidades llegaron al máximo, cuando el total de timorenses asesinados llegó a doscientos mil. El Reino Unido vio entonces una gran oportunidad para vender armas. Se convirtió en el principal proveedor de armas y siguió siéndolo hasta 1999. Francia también participó en ello; y un par de años después, intervino Suecia; y luego Holanda. Todo el que pudo ganar algo de

dinero u obtener algún privilegio contribuyendo a la matanza de los timorenses lo hizo encantado. Ahora todos aplaudimos la nueva nación que con nuestra generosidad contribuimos a engendrar, etc. Todo lo demás ha desaparecido. No es historia antigua precisamente, pero ha desaparecido.

Una pregunta que con frecuencia se hace la gente es acerca de la relación entre su trabajo en lingüística y su compromiso político.

En realidad no hay relación directa. Podría igualmente dedicarme a la topología algebraica y hacer las mismas cosas. Quizás haya una relación remota. Las personas se interesan por la lingüística por toda clase de razones, pero para mí desde el comienzo, y a lo largo de estos cincuenta años, la lingüística ha sido una forma de explorar algunos aspectos de las facultades mentales elevadas del ser humano y, en última instancia, de la naturaleza humana, algo que debería manifestarse en todos los ámbitos. La lengua es una de las pocas áreas en las que puedes estudiar el núcleo esencial de las capacidades humanas, las capacidades humanas únicas y fundamentales, de forma muy intensa y lograr resultados que vayan más allá de una comprensión superficial. En la mayoría de campos, esto es muy difícil de conseguir, pero la lingüística es un área en la que puedes hacerlo.

Durante siglos se ha reconocido que un aspecto central de esta capacidad para el lenguaje es lo que en ocasiones se denomina creatividad, la habilidad, la libertad para hacer lo

que estamos haciendo usted y yo: expresar nuestros pensamientos sin limitaciones, dentro de ciertas normas, pero sin límites, en formas novedosas, etc. Esa habilidad es de algún modo un aspecto fundamental de la naturaleza humana. Constituye el núcleo de la filosofía cartesiana, por ejemplo. Y es posible aprender algo al respecto, no acerca de cómo lo hacemos (eso excede los límites de la investigación lingüística) pero al menos sí acerca de los mecanismos que entran en juego.

Pues bien, preguntas similares surgen a propósito de cada aspecto de las capacidades humanas. E insisto, esto es una preocupación tradicional. David Hume, hace doscientos cincuenta años, sostuvo que el cimiento de la moral debía ser lo que en la actualidad llamamos una gramática generativa (él no usó ese término), un conjunto de principios que podemos aplicar a situaciones novedosas, una y otra vez, sin límite. Y señaló que estos principios tenían que formar parte de nuestra naturaleza, ya que es imposible adquirirlos a través de la experiencia. Hume no llegó a anotarlo, pero de esto también se sigue que deben ser uniformes. De hecho, él no hubiera dicho algo así porque en esa época no se pensaba que los seres humanos fueran uniformes, pero hoy sabemos que los seres humanos son prácticamente intercambiables. Existe muy poca variación genética en nuestra especie, una variación casi minúscula. Probablemente todos los seres humanos descendemos de un único grupo reproductor, un grupo pequeño que habría vivido no hace tanto tiempo, de modo que básicamente somos la misma criatura, lo que significa que esos principios tienen que ser uniformes también.

Asimismo, en teoría, es posible aprender algo acerca de

estos aspectos de la naturaleza humana en el ámbito de los asuntos humanos, incluida la política, pero también la vida personal o cualquier otro dominio. Cualquier persona que adopte una posición de cualquier tipo, digamos, a favor de dejar las cosas como están, o de alguna reforma menor, o de la revolución, de lo que sea, si esa persona es seria al respecto, estará actuando en tanto agente moral y pensará que sus actos deben satisfacer ciertos estándares morales mínimos, considerará que adopta esa posición porque piensa que es buena para la gente, que de alguna manera creará y ampliará y ofrecerá posibilidades para que su naturaleza fundamental se exprese.

Pues bien, en ese punto, existe cierta relación teórica, aunque muy abstracta, porque cuando nos ocupamos de algo tan complejo como los seres humanos, siempre estamos en la superficie. De hecho, ni siquiera podemos responder preguntas de este tipo acerca de los insectos. Pasará muchísimo tiempo antes de que podamos tener algo que se asemeje a una comprensión científica de esta clase de problemas, si es que alguna vez lo conseguimos. De modo que hay una especie de relación en espíritu, pero no vínculos deductivos.

Pero hay un vínculo en el sentido de que usted apela a principios fundamentales en el ámbito político y ético…

Es similar. Hay una especie de semejanza de familia. Pero no tenemos aún un conocimiento suficiente como para

pensar en establecer vínculos más estrechos.

SEGUNDA PARTE

ESTADOS UNIDOS: ARMAS, DERECHOS HUMANOS Y SALUD SOCIAL

Charla patrocinada por la Escuela de Medicina Albert Einstein, la Asociación de Estudiantes Musulmanes y otras organizaciones, y celebrada en el Centro Médico Montefiore, Bronx, Nueva York, el 25 de mayo de 2002, seguida por un fragmento de la sesión de preguntas y respuestas con el público.

Lo que quisiera discutir con vosotros es el papel de Estados Unidos en el mundo: cuál es ese papel hoy, cuál es probable que sea mañana. Las razones para concentrarnos en Estados Unidos deberían ser demasiado obvias para tener que mencionarlas, pero voy a hacerlo. La razón más obvia es que Estados Unidos es la potencia más importante del mundo. Posee una fuerza militar abrumadora así como otras formas de poder. Ejerce un impacto decisivo en todo lo que sucede en la historia del mundo contemporáneo.

La segunda razón es, por supuesto, que estamos aquí. Los estadounidenses disfrutamos de un grado inusual de libertad y, en la mayoría de los casos, tenemos muchos privilegios. Eso nos confiere una enorme responsabilidad sobre nuestras

acciones y nuestra influencia política. Incluso si este no fuera, con diferencia, el país más poderoso del mundo, esa responsabilidad es, o debería ser, una preocupación primordial para todos.

Pido disculpas por mencionar esto. Es un hecho tan evidente que ni siquiera debería mencionarse, y si lo hago es únicamente porque cuando alguien intenta seguir este camino obvio y transparente y repetir los truismos morales y políticos más elementales, suscita las reacciones más intrigantes. No me ocuparé de ello ahora, pero vale la pena pensar al respecto.

Una forma de medir el papel de Estados Unidos en el mundo (hay muchas) es mirar la ayuda, en particular la ayuda militar, que ofrece. No se trata de un tema muy atractivo porque, como es bien sabido, en términos de ayuda externa Estados Unidos es, de lejos, el más tacaño de todos los grandes países industrializados. Y si descontamos lo que destina a un país rico y a un país de nivel intermedio (por su relación con el país rico), a saber, Israel y Egipto, no queda casi nada. Sin embargo, si contamos todo, la ayuda externa de Estados Unidos sigue siendo grotescamente marginal, y está reduciéndose.

Con todo, hay alguna ayuda y, de hecho, una buena cantidad de ayuda militar. Y vale la pena prestar atención a ello porque nos proporciona cierto indicio de lo que Estados Unidos está haciendo en el mundo; mejor aún, no nos proporciona cualquier indicio, sino uno muy bueno. El vínculo entre la ayuda externa y la política exterior de Estados Unidos ha sido incluso materia de algunos trabajos académicos.

Un estudio muy conocido, elaborado por Lars Schoultz, de la Universidad de Carolina del Norte, el mayor especialista académico en el tema de los derechos humanos en Latinoamérica, examinó la ayuda externa de Estados Unidos precisamente en esa región. Hace unos veinte años, Schoultz escribió un artículo en el que señalaba que había una correlación muy estrecha entre la ayuda externa de Estados Unidos y los abusos contra los derechos humanos en Latinoamérica. Para citar sus palabras: «la ayuda estadounidense fluye de forma desproporcionada hacia gobiernos latinoamericanos que torturan a sus ciudadanos … hacia quienes cometen violaciones atroces de los derechos humanos fundamentales en el hemisferio». Eso era hace veinte años.

Más o menos por la misma época, Edward Herman, un economista de la Escuela de Negocios Wharton de la Universidad de Pensilvania con quien he coescrito varios libros, realizó un estudio mundial sobre ese tema específico: la relación entre la ayuda externa estadounidense y la tortura. Resultó que había una correlación sorprendente y desagradablemente alta entre la ayuda externa de Estados Unidos y la tortura. Echad un vistazo a los informes de Amnistía Internacional sobre tortura y ayuda externa estadounidense y encontraréis que existe una relación muy estrecha.

Ahora bien, como es sabido, una correlación estadística no implica que exista una relación causal. Y es improbable que el gobierno estadounidense tenga un interés específico en las torturas cometidas. Por tanto, Herman realizó otro estudio, uno mucho más importante. Estudió la correlación entre la

ayuda externa de Estados Unidos y otros factores, y halló que una de las mejores correlaciones se daba entre la ayuda estadounidense y el mejoramiento del clima de inversión: a medida que los países ofrecen mejores oportunidades para que los inversores exploten sus recursos, aumenta la ayuda externa que reciben.

Esta es una correlación muy natural, lógica desde todo punto de vista. Es lo que cualquiera esperaría que fuera la meta de la política de Estados Unidos, y esa es su meta. El hecho de que la ayuda se correlacione con un mejoramiento del clima de inversión no es sorprendente.

Pues bien, ¿cómo se mejora el clima de inversión en un país del tercer mundo? Una de las formas más eficaces es asesinar a los sindicalistas y los líderes campesinos, torturar a los sacerdotes, masacrar a los trabajadores del agro, socavar los programas sociales, etc. De ese modo sí que se logra mejorar el clima de inversión. Y eso tiene como resultado una correlación secundaria, la descubierta por Lars Schoultz, a saber, la que existe entre la ayuda externa de Estados Unidos y violaciones atroces de los derechos humanos.

Y esa probablemente es la explicación. No es que Estados Unidos tenga un interés particular en fomentar violaciones atroces de los derechos humanos. Es solo que estas son un corolario natural de los intereses que sí tiene y la forma en que consigue sus metas.

Eso era hace veinte años. Como recordaréis, por la época en que se publicaron estos estudios, Reagan llegó al poder anunciando alto y claro que la política exterior de Estados Unidos estaría centrada en la «guerra contra el terrorismo». La administración Reagan se concentró en particular en lo

que se llamó, en palabras del secretario de Estado George Shultz, «el maléfico azote del terrorismo», una plaga extendida por «los adversarios depravados de la civilización misma» en «un retorno a la barbarie en la era moderna».

Shultz, a quien se consideraba un moderado dentro de la administración Reagan, agregaría además que el terrorismo se combatía mediante la fuerza y la violencia, no a través de mecanismos legales utópicos como la mediación, las negociaciones y demás, todos los cuales no eran otra cosa que una señal de debilidad. El gobierno Reagan declaró que la lucha se concentraría en las dos áreas en que este crimen era más grave, a saber, Centroamérica y Oriente Próximo.

Veamos ahora los resultados. ¿Qué sucedió en Centroamérica y Oriente Próximo? Tened presente que todavía nos estamos preguntando por la correlación entre la ayuda externa de Estados Unidos y otros aspecto de la política. Por cierto, he de mencionar que el estudio de Lars Schoultz señalaba que la correlación entre violaciones atroces de los derechos humanos y la ayuda externa era válida específicamente para la ayuda militar. La ayuda era independiente de su grado de necesidad, algo que Schoultz comprobó. La situación se prolongó a lo largo de todo el período que Carter estuvo en el poder, hasta 1980, y continuó a pesar de la retórica sobre los derechos humanos.

Entonces, ¿qué ocurrió en Centroamérica y Oriente Próximo durante la «guerra contra el terrorismo» de la década de 1980? Centroamérica se convirtió en un cementerio. Cientos de miles de personas fueron masacradas (doscientas mil apro-ximadamente), más de un millón se convirtieron en refugiadas, miles de niños quedaron

huérfanos, se cometieron un sinnúmero de torturas. La región fue escenario de toda forma de barbarie concebible.

En el caso de Nicaragua, Estados Unidos básicamente tuvo que atacar el país, pues a diferencia de otros países de la región no contaba allí con un ejército que se encargara de aterrorizar a la población por él. El ataque de Estados Unidos contra Nicaragua fue bastante grave. Tuvo como consecuencia la muerte de decenas de miles de personas, y dejó el país prácticamente destruido. En la actualidad Nicaragua es el segundo país más pobre del hemisferio, y quizás nunca se recupere.

Dado que en este caso Estados Unidos estaba atacando un país y no solo a su población (como ocurrió en El Salvador, Guatemala y Honduras), Nicaragua podía recurrir a los medios que los Estados tienen a su disposición. Respondió a la agresión como un Estado respetuoso de la ley ha de responder al terrorismo internacional en gran escala: acudió a las instituciones internacionales. Primero, acudió al Tribunal Internacional, que condenó a Estados Unidos por terrorismo internacional, «uso ilícito de la fuerza», y violación de tratados internacionales, y ordenó al gobierno estadounidense que pusiera fin a los crímenes y que pagara reparaciones considerables.

Estados Unidos respondió con una escalada inmediata del conflicto (escalada que contó con el respaldo de ambos partidos). Por primera vez, se ordenó a los mandos militares atacar los que se conocen como «blancos fáciles»: hospitales, cooperativas agrícolas, etc. Esto continuó hasta que finalmente la población votó por el candidato de Estados Unidos y el terror llegó a su fin en 1990.

Después de que Estados Unidos rechazara la sentencia del Tribunal Internacional, Nicaragua acudió al Consejo de Seguridad de la ONU. Estados Unidos habría sido condenado por el Consejo de Seguridad, pero, por supuesto, Estados Unidos vetó la resolución en que se invitaba a todos los Estados a respetar las leyes internacionales. Por tanto, el líder actual de la «guerra contra el terrorismo» es el único Estado del mundo al que el Tribunal Internacional ha condenado por terrorismo internacional y que ha vetado una resolución en que se invitaba a todos los Estados a respetar las leyes internacionales, un hecho que quizás sea relevante para la actual situación. Tendréis que investigar muchísimo si queréis encontrar alguna mención en la prensa de todo esto de lo que estoy hablando, la primera fase de la «guerra contra el terrorismo», algo que por supuesto no es en absoluto irrelevante.

¿Qué ocurrió en los demás países de Centroamérica? Bueno, corrieron peor suerte que Nicaragua. En Nicaragua, la población tenía un ejército que la defendiera. En los demás países, la fuerza terrorista que atacó a la población fue *el* ejército. La situación de El Salvador y Guatemala en este período era incluso peor que la de Nicaragua.

De hecho, en este período El Salvador se convirtió en el principal destinatario de la ayuda militar de Estados Unidos (después de Israel y Egipto, que forman una categoría aparte). Fue allí donde se llevaron a cabo algunas de las atrocidades más espantosas. Y donde la «guerra antiterrorista» se consideró todo un éxito. Si queréis averiguar hasta qué punto fue un éxito, solo tenéis que echar un vistazo a los documentos elaborados por la tristemente célebre Escuela de

las Américas. Uno de sus eslóganes (o temas de discusión, según los llaman) es, cito, que el ejército de Estados Unidos «ayudó a derrotar a la teología de la liberación». Eso es bastante exacto. Uno de los principales objetivos de la «guerra contra el terrorismo» lanzada por Estados Unidos fue la Iglesia católica, que había cometido el grave error de virar hacia lo que denominaba «la opción preferencial por los pobres» y tenía que ser castigada por ello.

El Salvador es un ejemplo dramático. La década de 1980 empezó con el asesinato de un arzobispo. Terminó con el asesinato de seis destacados intelectuales jesuitas. Y el ejército de Estados Unidos derrotó a la teología de la liberación.

Un hecho interesante de nuestra cultura intelectual es que nadie sabe nada de esto. Si seis destacados intelectuales checos y un arzobispo hubieran muerto a manos de fuerzas respaldadas, armadas y adiestradas por los rusos, lo sabríamos. Sabríamos sus nombres y habríamos leído sus libros. Pero podríamos hacer un pequeño experimento y averiguar cuántas de las personas que conocemos, gente educada, puede siquiera decirnos los nombres de los intelectuales jesuitas (los destacados intelectuales latinoamericanos asesinados por las fuerzas de élite que los estadounidenses armamos y adiestramos) o del arzobispo, o de cualquiera de los setenta mil salvadoreños asesinados, la mayoría de los cuales eran, como de costumbre, campesinos.

Sabemos la respuesta sin necesidad de hacer ninguna consulta, y eso nos dice algo interesante acerca de nosotros mismos, algo que vale la pena saber.

Pues bien, ese fue el éxito de la «guerra contra el terrorismo» en Centroamérica, su primer foco.

¿Qué pasó en Oriente Próximo, el segundo foco de la guerra contra el terrorismo? Lo cierto es que en esa época se cometieron en Oriente Próximo abundantes atrocidades terroristas con patrocinio estatal. La peor de todas, y por un margen amplísimo, fue la invasión del Líbano por Israel en 1982, que terminaría causando la muerte a unas veinte mil personas.

Esa invasión fue un acto de terrorismo internacional. Pudo llevarse a cabo porque Estados Unidos dio luz verde a Israel y le proporcionó las armas y el apoyo diplomático necesario al vetar varias resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU que intentaron poner fin al conflicto y obligar a las tropas a retirarse. Y fue también un enorme triunfo. El jefe del Estado Mayor del ejército israelí, el teniente general Rafael Eitan, señaló de inmediato que la operación había sido un éxito. Eliminó a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) como interlocutor en las negociaciones sobre los territorios ocupados.

Ese, no cabe duda, era el objetivo de la guerra; esta no tenía ninguna relación con el Líbano. De hecho, en Israel se la llamó abiertamente «una guerra por los territorios ocupados». La OLP se estaba volviendo en extremo pesada con su insistencia en negociar un acuerdo que pusiera fin al conflicto. Israel no quería eso, y su logro fue destruir a la OLP, expulsarla de la región, lo que fue un gran éxito.

Este es un ejemplo de manual de lo que es el terrorismo internacional. Si tomamos la definición oficial de terrorismo del gobierno de Estados Unidos, a saber, la amenaza o el uso de la violencia para la consecución de fines políticos, religiosos o de otro tipo, a través de la intimidación, el

amedrentamiento, etc., de la población civil, la invasión del Líbano por Israel es un ejemplo de manual. Difícilmente podríamos encontrar un ejemplo más claro. Y es terrorismo internacional debido al papel decisivo que desempeñó Estados Unidos.

Adviértase, de paso, que estoy dando a Estados Unidos el beneficio de la duda. Podría argumentarse que la invasión fue mucho peor que un acto de terrorismo internacional, que fue una agresión abierta, indiscutible. De hecho, así es cómo deberíamos llamarla. Ahora bien, si la invasión del Líbano fue una agresión abierta, entonces es necesario un juicio de Núremberg para los dirigentes estadounidenses e israelíes. Sin embargo, para darles el beneficio de la duda, vamos a decir que fue solo terrorismo internacional. Un caso claro de terrorismo internacional, con diferencia el peor de la década.

Por cierto, en Estados Unidos se ha mentido durante veinte años acerca de las razones para la guerra. Pero hay que dar el crédito a quien se lo merece: el 24 de enero de 2002 el *New York Times* por fin enmendó el error. Si leéis con atención, encontraréis una frase de James Bennet, sepultada en un artículo sobre otro tema, que dice la verdad.[2]

Por primera vez en Estados Unidos, que yo sepa, alguien describe lo que en Israel ha sido cosa sabida desde hace veinte años y lo que vosotros podríais haber leído en la literatura disidente, basada en fuentes israelíes, de los últimos veinte años, esto es, que la guerra estuvo motivada únicamente por razones políticas. La guerra del Líbano fue una guerra por Cisjordania. La idea era eliminar la amenaza que suponían las negociaciones planteadas por los palestinos.

Eso es cierto. Con excepción de la opinión pública

estadounidense, lo ha sabido todo el mundo desde hace veinte años. Hoy, sin embargo, tenemos una frase que dice la verdad, de modo que ahora podemos citar las palabras del *New York Times* sobre el tema, lo que la convierte en verdad oficial. Dado que la documentación al respecto es sencillamente abrumadora, y que lo fue desde los primeros días de la invasión, imagino que esto supone una mejoría. Si esperas el tiempo suficiente, ocurren cosas buenas.

Y bien, ese fue el peor acto terrorista en Oriente Próximo. Pero hubo otros. El terrorismo en Oriente Próximo llegó a su apogeo en 1985. Fue en 1985 cuando la encuesta que cada año organiza la Associated Press entre los directores de periódico eligió el terrorismo en Oriente Próximo como la noticia más importante del año. Coinciden con ellos los estudios académicos sobre el terrorismo, que también consideran 1985 el año clave. Tiene sentido. Hubo gran cantidad de actos terroristas en 1985, no fue un año tan horrible como 1982, pero sí lo bastante horrible.

¿Cuáles fueron los peores actos terroristas en Oriente Próximo en ese año, 1985? Hay tres candidatos al primer lugar. Ningún otro consigue siquiera acercárseles. Un candidato fue un carro bomba en Beirut, que se dejó frente a una mezquita y se programó para que estallara cuando los fieles estuvieran saliendo con el fin de matar al máximo número de personas posible. Así fue. La bomba mató a ochenta personas e hirió a otras doscientas cincuenta. Fue una bomba potentísima que mató a bebés que dormían en sus cunas calle abajo.

La mayoría de las víctimas mortales fueron mujeres y niñas que salían de la mezquita. El objetivo de la bomba era un

jeque musulmán, que logró escapar con vida. Se responsabilizó del atentado a la CIA y los servicios de inteligencia británicos, una acusación que no ha sido refutada de forma particular. Ese es uno de los candidatos al premio al peor atentado terrorista en Oriente Próximo en 1985, el año de su apogeo.

El segundo candidato es el bombardeo de Túnez por parte de Israel un par de meses después. El ataque se realizó con bombas inteligentes. La gente voló en pedazos, etc. El ataque mató a cerca de setenta y cinco personas, tunecinos y palestinos. Las víctimas eran civiles. Un importante periodista israelí lo describió de forma bastante gráfica en un periódico hebreo publicado en Israel, pero aquí, en Estados Unidos, no fue precisamente una noticia destacada. Este ataque fue, de nuevo, un acto de terrorismo internacional, en el que Estados Unidos estuvo profundamente involucrado. Para empezar, porque la 6ª Flota, que se encuentra en la región, no informó a los tunecinos (Túnez es nuestro aliado) de que estaban a punto de ser bombardeados a pesar de saberlo.

El secretario de Estado George Shultz respondió al bombardeo llamando de inmediato al ministro de Exteriores israelí para felicitar a Israel y expresarle la simpatía de Estados Unidos por el ataque terrorista. Shultz retiraría este elogio declarado de la masacre luego, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó por unanimidad una resolución que condenaba a Israel por un acto de agresión armada. Estados Unidos se abstuvo en esa votación y de algún modo se echó atrás.

No obstante, demos de nuevo el beneficio de la duda a Estados Unidos e Israel y limitémonos a calificar el

bombardeo de terrorismo internacional en lugar de considerarlo, como hizo el resto del mundo, un acto de agresión armada. Este es nuestro segundo candidato. Nadie intentó disfrazarlo como un acto de legítima defensa, como tampoco se intentó con la guerra del Líbano.

El único otro candidato que se me ocurre es la operación Puño de Hierro, ordenada por el primer ministro Shimon Peres y llevada a cabo en marzo de 1985 en el sur del Líbano. El ejército israelí atacó lo que el alto mando llamó «lugareños terroristas» y el resultado fueron masacres y atrocidades en masa. Montones de personas murieron a manos del ejército israelí o sus fuerzas mercenarias en el sur del país. Montones de personas fueron secuestradas y llevadas a Israel para ser interrogadas, es decir, para ser torturadas y encarceladas.

Nadie conoce con certeza la escala de las atrocidades cometidas, pues un principio de la investigación periodística y académica es que no debes preocuparte de investigar tus propias atrocidades. Sabemos con exactitud cuántas personas fueron asesinadas en las atrocidades que podemos atribuir a otros. Pero cuando se trata de nuestras propias atrocidades, ni siquiera tenemos una pista.

Por ejemplo, si hablamos de la guerra de Vietnam, es evidente que en ella murieron millones de personas, pero las cifras conocidas no están en el orden de los millones. ¿Quién iba a preocuparse de contar? ¿Y quién iba a preocuparse de contar cuántos cientos de miles de personas murieron luego como consecuencia de los efectos de la guerra química implementada por Estados Unidos en Vietnam del Sur? Fuera de Estados Unidos, se han hecho algunos cálculos aproximados, pero aquí esto sencillamente no es un

problema. No nos importan estas cosas. Así es la vida.

Por tanto, no sabemos en realidad cuántas vidas se cobró el terrorismo internacional de Estados Unidos e Israel o la operación Puño de Hierro en el sur del Líbano. Estos ataques fueron llevados a cabo por el «partido pacifista» de izquierda que en ese momento estaba en el poder.

Estos son los únicos tres candidatos a la categoría de peor atentado terrorista de 1985 en los que puedo pensar, y todos probablemente tienen las mismas dimensiones. Ningún otro acto de terrorismo internacional en la región se les asemeja. Por tanto, constituyen una buena muestra de la forma en que la «guerra contra el terrorismo» se llevó a cabo en Oriente Próximo, la segunda gran área en que se libró.

Como es evidente, la «guerra contra el terrorismo» también se libró en otras partes. Por ejemplo, en África meridional, donde se calcula que cerca de un millón y medio de personas murieron víctimas de los expolios de Sudáfrica en los países de los alrededores (olvidémonos por un momento de lo que estaba ocurriendo dentro de Sudáfrica). En Mozambique y Angola, se asesinó a un millón y medio de personas y se causaron daños por más de sesenta mil millones de dólares, y eso solo en los años en que Reagan estuvo en el poder, de 1980 a 1988.

Esos fueron los años de lo que se denominó el «compromiso constructivo», una época en la que Sudáfrica era un valioso aliado y en la que el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela era considerado uno de los «peores grupos terroristas» del mundo. En 1988, insisto, Sudáfrica era todavía un valioso aliado después de las acciones que había realizado en los ocho años precedentes. (Y

sigo dejando de lado lo que entonces estaba pasando dentro de Sudáfrica). Y podemos seguir dando la vuelta al mundo.

Con todo, antes de continuar, podemos sacar algunas conclusiones. La primera es que la correlación entre la ayuda externa de Estados Unidos y los abusos extraordinarios contra los derechos humanos se hizo tan estrecha que ni siquiera vale la pena estudiarla. En las décadas de 1960 y 1970 podía estudiarse, pero en la década de 1980 la relación fue casi de uno a uno.

Y no hablo de salud social porque es superfluo. Cuando le haces esto a una población, no tienes que ocuparte de las consecuencias en términos de salud. Una segunda conclusión importante tiene que ver con la continuidad. Esto no solo es una continuación de lo que estaba pasando antes. Prestemos atención a quienes dirigen la actual «guerra contra el terrorismo», ¿qué estaban haciendo entonces?

Pues bien, el componente militar de la actual «guerra contra el terrorismo» se encuentra bajo la dirección de Donald Rumsfeld, que fue el enviado especial para Oriente Próximo de Reagan, de modo que comparte la responsabilidad por la «guerra contra el terrorismo» que estoy describiendo. El componente diplomático de la actual «guerra contra el terrorismo» lo encabeza John Negroponte, a quien se nombró embajador ante la ONU para dirigirla. En esos años, Negroponte era el embajador de Estados Unidos en Honduras, el país que sirvió de base para las operaciones terroristas de Estados Unidos en la región y, de forma específica, para la preparación y supervisión de la guerra contra Nicaragua.

Por tanto, tenemos aquí a dos destacadas personalidades de

la actual «guerra contra el terrorismo» que desempeñaron un papel muy significativo en la primera «guerra contra el terrorismo». Pero no son las únicas, lo que nos sugiere algo. Las mismas personas, las mismas instituciones, las mismas políticas. Y, es de esperar, los mismos resultados, en caso de que os estéis preguntando cómo será la segunda fase de la actual «guerra contra el terrorismo».

Esto se discute en la academia. Para poner un ejemplo específico, el número de diciembre de 2002 de *Current History* (una publicación académica seria) está dedicado al terrorismo y los problemas relacionados con este. Los autores, que son estudiosos y analistas destacados, identifican los años ochenta como la década del terrorismo de Estado, lo que es correcto: fue la década del terrorismo de Estado.

Y describen cómo Estados Unidos combatió de forma eficaz el terrorismo de Estado en ese período adoptando lo que se conoce como «medidas preventivas». Por tanto, las acciones que acabo de reseñar fueron medidas preventivas para defendernos del terrorismo. Asimismo, se sugiere que la guerra contra Nicaragua, por la que el Tribunal Internacional condenó a Estados Unidos, es un buen modelo para futuras acciones contra el terrorismo. De manera específica, dos autores señalan que la guerra librada en Nicaragua a través de la «contra» es un buen modelo para el respaldo que Estados Unidos ofrece a la Alianza del Norte en Afganistán.

La publicación también menciona lo ocurrido en Oriente Próximo en 1985, que identifica como el año en que el terrorismo alcanzó su apogeo, y ofrece un par de ejemplos, aunque, por supuesto, no los que he mencionado antes. Esos ejemplos no pueden mencionarse. Los que sí se mencionan

para ilustrar por qué 1985 fue el año en que el terrorismo llegó a su apogeo son dos incidentes en cada uno de los cuales hubo una víctima mortal, un estadounidense. Uno es un secuestro en el que un mando militar estadounidense fue asesinado. El otro, el más famoso de los dos, es el secuestro del *Achille Lauro*, en el que murió asesinada otra persona, Leon Klinghoffer, un paralítico estadounidense.

Estos incidentes son, sin lugar a dudas, actos terroristas. En cada caso, una persona fue asesinada. No son comparables a los actos que he mencionado antes, por supuesto, pero son actos terroristas. El asesinato de Leon Klinghoffer, que es muy famoso, es comparable, por ejemplo, a un incidente que se produjo en Yenín hace solo un par de semanas, en el que un tanque israelí aplastó e hizo pedazos a un hombre en silla de ruedas que intentaba quitarse de en medio. O a uno ocurrido hace apenas dos días, en el que a una mujer que necesitaba ir a un hospital para recibir su tratamiento de diálisis se le impidió llegar allí; la joven, que también iba en silla de ruedas, murió. Y existen varios otros incidentes comparables. Podríamos seguir mencionándolos, solo para mostrar su continuidad, pero, por supuesto, nada de esto cuenta como terrorismo.

El incidente del *Achille Lauro* sin duda fue terrorismo. Y no puede justificarse por el hecho de que fuera llevado a cabo en represalia por el ataque terrorista que había sufrido Túnez una semana antes. El terrorismo no puede justificarse como represalia. Aunque, como es obvio, esa observación supone una generalización, así que dejaré que saquéis vuestras propias conclusiones. Eso, dando por sentado, como es natural, que aceptamos ciertos principios morales básicos y

que pensamos distinto del 100 por 100 de quienes han discutido este tema, entonces sí podremos sacar conclusiones.

La interpretación no acaba ahí. Si leéis el número de *Current History* del que estamos hablando, encontraréis que el especialista en terrorismo más importante con el que cuenta nuestra academia, un profesor de la Universidad de California en Los Ángeles, rastrea a fondo los orígenes de Osama bin Laden, y no solo hasta el islam. El profesor se remonta a la guerra de Vietnam y sostiene que: «el terrorismo del Vietcong contra el Goliat estadounidense … abrigaba la esperanza de que el corazón de Occidente también fuera vulnerable». Así es, el corazón de Estados Unidos ya era vulnerable en Vietnam del Sur, cuando los vietnamitas llevaban a cabo actos terroristas contra nosotros.

Otro ejercicio de lectura sería explorar, por ejemplo, los archivos nazis y ver si es posible hallar en ellos algo similar a este análisis. Intentadlo. El hecho es que aquí esto no suscitó ningún comentario, otro interesante ejemplo de la naturaleza de la cultura moral e intelectual en la que vivimos. Esto, creo, es algo que nos concierne o debería hacerlo.

Continuemos. Los actos terroristas en Centroamérica, Oriente Próximo, Sudáfrica, etc., que estoy comentando no cuentan como terrorismo. No figuran en los anales del terror en la literatura académica. Figuran en ella, sí, pero como «antiterrorismo» o «guerra justa». Y el principio en que esto se sostiene es muy simple: los actos terroristas que se cometen contra nosotros o nuestros aliados son terrorismo, pero los actos terroristas, quizás mucho peores, que cometemos nosotros o nuestros aliados no son terrorismo sino contraterrorismo o guerra justa.

Ahora bien, hasta donde sé, ese principio es casi universal. No es algo que afecte solo a Estados Unidos. Podéis explorar la enorme literatura que existe sobre este tema para verificar si hay alguna excepción, pero hasta donde sé, es universal. Hasta donde he estudiado (y he estudiado un montón de países diferentes), la conclusión ha sido la misma, y eso es exactamente lo que hallaréis. Durante toda la historia del imperialismo europeo, por ejemplo, ese principio fue la norma: si cometemos atrocidades contra ellos, entonces se trata de antiterrorismo o guerra justa, de llevar la civilización a los bárbaros o algo de ese estilo. Si cometemos atrocidades en sus propios países (porque, recuérdese, hasta el 11 de septiembre Occidente había sido en gran medida invulnerable) a una escala muchísimo peor, no es terrorismo. Es misión civilizadora o cualquier otra grandilocuencia.

Esto es cierto incluso para los peores asesinos de la historia. Las técnicas empleadas han sido siempre las mismas. Tomemos, por ejemplo, el caso de los nazis. Si leéis la literatura nazi a propósito de la Europa ocupada, encontraréis que afirmaban que su objetivo era defender a la población y los gobiernos legítimos de las acciones terroristas de los partisanos, que actuaban dirigidos desde el exterior. Y como en toda propaganda, incluso la más vulgar, había algo de verdad en ello.

Los partisanos efectivamente llevaron a cabo acciones terroristas y es indudable que se los dirigía desde Londres, de modo que, sí, cometían actos terroristas dirigidos desde el exterior. Y dado que el gobierno de Vichy era tan legítimo como la mayoría de los gobiernos que Estados Unidos u otras potencias imperiales han instalado por todo el mundo a lo

largo de la historia, existe cierta justificación marginal para esta grotesca propaganda nazi, que se parece mucho a la nuestra.

Lo mismo puede decirse de los japoneses en Manchuria y el norte de China. Su misión era llevar al pueblo el paraíso terrenal, defender el gobierno nacionalista de Manchuria de los bandidos chinos, etc. Igual que nosotros.

En cualquier caso, hasta donde sé, este es un principio universal. Lo que hacemos nosotros es antiterrorismo, guerra justa y demás. Lo que hacen ellos es terrorismo. Las dimensiones no importan. Nada importa.

Pues bien, eso fue lo que ocurrió en la década de 1980. Pasemos ahora a los años noventa y al presente y veamos qué ha ocurrido desde entonces centrándonos en la ayuda militar. Dejando a un lado a los dos principales receptores de la ayuda estadounidense, Israel y Egipto, que, insisto, forman una categoría aparte, tenemos que el primer beneficiario en la década de 1980 era El Salvador, cuyo gobierno había lanzado una devastadora campaña terrorista contra el pueblo salvadoreño. Sin embargo, una vez que el ejército de Estados Unidos logró derrotar a la teología de la liberación, El Salvador dejó de ser importante y el primer lugar pasó a ocuparlo Turquía. Turquía mantuvo esa posición hasta 1999, cuando la reemplazó Colombia.

Una observación personal: acabo de regresar de esos dos países. La semana pasada visité el sur de Colombia, que ha sido el escenario de algunas de las peores atrocidades terroristas de la década de 1990, y un par de semanas antes estuve en el suroriente de Turquía.

¿Por qué Turquía? Turquía, por supuesto, ha sido siempre uno de los mayores receptores de la ayuda militar de Estados Unidos. Es un país estratégico, situado cerca de la Unión Soviética, de Oriente Próximo, etc. De modo que a lo largo de la Guerra Fría recibió un volumen considerable de ayuda militar de forma constante. Eso cambió en 1984, cuando la ayuda militar se disparó. Solo en los años en los que Clinton estuvo en el poder, la ayuda militar que recibió Turquía fue cuatro veces superior a la que había recibido durante toda la Guerra Fría hasta 1984. Y en 1997, el año que la ayuda llegó a su máximo, Turquía recibió más ayuda que la que había recibido durante toda la Guerra Fría hasta 1984. Eso es un volumen enorme. La ayuda estadounidense proporcionaba a las fuerzas armadas turcas el 80 por 100 de su armamento. Y no estamos hablando de pistolas sino de reactores, tanques, asesores militares, etc. ¿Por qué razón? Porque durante esos años el gobierno turco emprendió una campaña de terrorismo de Estado, en especial contra los kurdos (una cuarta parte de la población del país, aproximadamente), que alcanzó su punto álgido durante los años noventa, en tiempos de Clinton. En esa época, Turquía libró una guerra a gran escala contra ellos. Esa fue la región que visité.

La expresión «terrorismo de Estado» no es mía, proviene de varias fuentes. Una es Ismail Besikci, un famoso sociólogo turco que en 1991 escribió un libro titulado *Terrorismo de Estado en Oriente Próximo*. El volumen incluía un capítulo sobre el terrorismo del Estado turco en las zonas kurdas del país y su autor fue encarcelado de inmediato. Antes había pasado ya quince años en prisión por informar de la represión que sufría la población kurda, a la que Turquía ha reprimido

de forma despiadada durante décadas.

La Fundación Estadounidense por la Libertad de Expresión otorgó a Besikci un premió de diez mil dólares, pero el escritor lo rechazó. Estados Unidos apoyaba el terrorismo de Estado en Turquía y él no podía aceptar un premio de un país que al mismo tiempo era cómplice de las atrocidades que se cometían en el suyo. Su segundo encarcelamiento motivó protestas enérgicas de escritores, académicos y parlamentarios en el Reino Unido, pero no en Estados Unidos. La razón para ello es que los estadounidenses no creemos que lo que hace Turquía sea terrorismo, pues somos responsables de lo que ocurre allí. Los hechos que Besikci describe no son terrorismo, no pueden serlo, y por tanto no tenemos motivos para protestar.

Una vez más estamos ante una participación importante de Estados Unidos en el terrorismo internacional. Y Besikci no es el único que utiliza el término. En 1994, el mismísimo ministro turco de Derechos Humanos describió la campaña terrorista que su gobierno estaba llevando a cabo como terrorismo de Estado. Para entonces, dijo, dos millones de personas habían sido expulsadas de sus hogares; se habían cometido toda clase de atrocidades bárbaras; y decenas de miles habían sido asesinados.

En la actualidad la situación es mucho peor. Hace unas semanas, cuando estuve en el país, Osman Baydemir, el presidente de la comisión kurda de derechos humanos, un político respetadísimo (respetadísimo incluso por la embajada estadounidense en Turquía), calculó que los refugiados eran tres millones y las víctimas mortales, unas cincuenta mil. Muchos de los refugiados, como pude comprobar, viven en

cuevas fuera de las murallas de la ciudad de Diyarbakir, que fue donde me quedé, y en otros lugares similares.

Poco después de mi visita, Osman Baydemir fue detenido y procesado por los tribunales de seguridad del Estado: había cometido un delito. A saber, al escribir sobre la fiesta de año nuevo que se celebra en toda la región había utilizado la forma kurda de escribir el nombre de la ocasión en lugar de la for-ma turca. La diferencia es que una contiene una *W* y la otra, en cambio, una *V*. Así que ahora está acusado, no sabemos con qué consecuencias.[3]

Si unos niños llevan ropas cuyos colores, al estar juntos, coinciden con los de la bandera kurda, es posible que eso se considere una amenaza grave o un delito. Mientras estuve allí, un periodista fue detenido por tocar una canción kurda en la radio. Su emisora fue clausurada. De hecho, yo estaba allí para asistir a un juicio político. Un editor había sido llevado a juicio por haber publicado una colección de ensayos míos que incluía tres frases, extraídas de informes estándares sobre derechos humanos, acerca de la represión de los kurdos en Turquía. Gracias a que el caso generó bastante atención internacional, el editor fue liberado. Pero en este momento se le está juzgando por otros seis delitos similares. Sus problemas están lejos de haber acabado.

Mientras estuve en Diyarbakir, fui testigo de un acto de una valentía extraordinaria al final de una charla que pronuncié allí. Ante un público numeroso y delante de las cámaras tanto de la televisión como de la policía, tres estudiantes se acercaron y me regalaron un diccionario bilingüe kurdo-inglés, lo que constituye un acto increíblemente osado. No podéis ni imaginar cuánto: tenéis

que conocer la situación para saber lo que algo así significa. Quién sabe cómo habían conseguido introducir el diccionario en Turquía. No sé qué pudo pasarles; es difícil de averiguar.

Por cierto: los estudiantes y las demás personas que protestan contra la severidad de las leyes y la violencia del gobierno cuentan con mucho apoyo. Estambul no es Estados Unidos. Existe una gran cantidad de escritores, periodistas y académicos que mantiene una lucha constante contra esas leyes draconianas y la represión, y corren un riesgo serio por hacerlo. Van a la cárcel; y las cárceles turcas no tienen nada de divertido. Les pasa todo el tiempo.

Mientras estaba allí, presentaron al fiscal del Estado un libro coeditado que reunía textos prohibidos, incluidos escritos de autores encarcelados, y exigieron que se los procesara. Debido a la atención internacional que habían despertado no ocurrió nada, pero fue un acto valiente. Ese es el tipo de cosas que la gente está dispuesta a hacer cuando realmente se la reprime, algo muy distinto de lo que ocurre aquí, donde existen personas privilegiadas que pretenden ser víctimas de un régimen represivo. Ese es el tipo de cosas que los intelectuales hacen allí donde las libertades civiles y los derechos humanos se toman en serio. Esas personas necesitan de forma desesperada apoyo de todo tipo, y principalmente de nosotros.

Ahora bien, ¿cómo respondió Estados Unidos al terrorismo de Estado turco? Elogiándolo. Por ejemplo, en 2000, después de que la campaña terrorista hubiera logrado su cometido, por decirlo de algún modo, Turquía figuraba de forma destacada en el informe sobre terrorismo que cada año publica el Departamento de Estado por lo que el documento

llamaba «experiencias positivas» en la lucha contra el terrorismo. Junto a Turquía, el informe destacaba la labor de Argelia y España. De Argelia no hace falta que hable. En el caso de España, supongo que el informe aludía a los funcionarios españoles que todavía no están en prisión por atrocidades antiterroristas. Esos eran los tres países cuyas experiencias positivas en la lucha contra el terrorismo había que distinguir.

El actual embajador de Estados Unidos en Turquía acaba de escribir en una revista académica que Estados Unidos no podría tener un mejor amigo y aliado que Turquía, como quedó demostrado en su campaña antiterrorista, a saber, la que acabo de describir. Y el gobierno turco está muy agradecido por nuestra colaboración. El primer ministro turco fue el primero en ofrecer a Estados Unidos tropas de tierra para la «guerra contra el terrorismo» en Afganistán, y explicó por qué lo hacía. Era un gesto de gratitud por la ayuda que Estados Unidos había prestado al Estado turco para combatir el terrorismo de la forma que acabo de referir.

En la actualidad, el ejército turco está protegiendo Kabul de los terroristas financiados por Estados Unidos. Esto significa que los soldados que cometieron algunas de las peores atrocidades terroristas de la década de 1990 participan hoy en la nueva «guerra contra el terrorismo», en ambos casos financiados por Estados Unidos, uno de los mayores Estados terroristas del mundo, como sin duda todos reconocemos. Y esto no suscita ningún comentario. Ni uno solo. Podéis comprobarlo. Eso, una vez más, nos dice algo sobre nosotros mismos. No se trata de que se minimice, sino de que ni siquiera se menciona. No sé qué hubiera podido hacer Orwell

con esto, pero nosotros podemos hacer lo que queramos.

En 1999, Colombia reemplazó a Turquía como principal receptor de la ayuda militar estadounidense. La razón fue que mientras las atrocidades turcas habían logrado con éxito reprimir a la población, las atrocidades colombianas no habían tenido éxito aún. Y ello a pesar de ser significativas.

En la década de 1990, Colombia poseía, con diferencia, el peor historial en materia de derechos humanos del hemisferio, y en consonancia con la correlación estándar que hemos mencionado, recibía más ayuda estadounidense, incluida ayuda militar, que el resto del hemisferio en su conjunto. Esa es la relación normal. La correlación se mantiene.

Las atrocidades cometidas en Colombia son espantosas. Hay una que el Estado colombiano realmente investigó, una masacre con motosierra. El ejército colombiano llegó a una zo-na, descuartizó a los pobladores con motosierras y arrojó los cadáveres en fosas. Hubo castigos reales por eso. El oficial responsable fue despojado del mando, así que no se puede decir que haya impunidad.

Colombia ostenta hoy el récord mundial de ser el país dónde matan más líderes sindicales y periodistas. Estuve allí hace un par de años en una misión de Amnistía Internacional, como parte de una campaña para proteger a los defensores de los derechos humanos de varios países. Se escogió Colombia como primer destino porque el país tenía, con diferencia, el peor historial de asesinatos de abogados y defensores de los derechos humanos.

En la actualidad, al parecer, los asesinatos políticos han

aumentado de diez diarios a veinte. Hay diez mil nuevos desplazados cada mes, que se suman a los dos millones de desplazados que ya existían. Esa población se ve empujada a vivir en tugurios miserables, sin atención sanitaria, sin educación, sin nada. Las atrocidades se han investigado. Nadie discute su realidad. El 80 por 100 se atribuyen ya sea a los militares o a los paramilitares, que tienen vínculos estrechos con los primeros.

Si examináis lo ocurrido en el último decenio, encontraréis que dentro de ese 80 o 75 por 100, el porcentaje atribuido a los militares ha descendido a la par que el porcentaje atribuido a los paramilitares ha aumentado. Hay una buena razón para ello, una razón de relaciones públicas. El ejército colombiano entiende tan bien como cualquiera que la mejor forma de llevar a cabo una campaña terrorista es privatizarla, encomendarla a los grupos paramilitares, como hicieron los indonesios en Timor Oriental o los serbios en Bosnia, para citar solo dos ejemplos. Es un procedimiento bastante normal, pues así puedes decir que estás limpio. A menos, por supuesto, que eches un vistazo a los análisis académicos y los informes de las organizaciones defensoras de los derechos humanos como Human Rights Watch, que sencillamente se refieren a los paramilitares como la sexta división del ejército colombiano, una adición a las cinco divisiones oficiales. Los paramilitares son la división a la que se atribuye la responsabilidad de las atrocidades más espantosas y así el ejército puede ofrecer lo que se conoce como «desmentidos verosímiles».

Colombia también ha recibido elogios. Clinton, por ejemplo, elogió su historial de derechos humanos, su

democracia y sus reformas económicas. De esos tres elogios, el tercero es correcto. Es posible que Colombia tenga el récord mundial de privatización, esto es, la entrega de sus recursos a los inversores extranjeros. El país es una mina de oro para los inversores. Y como he mencionado, parte de la privatización consistió en privatizar el terrorismo.

De hecho, Estados Unidos también está privatizando su propia contribución al terrorismo internacional, así que en la actualidad hay abundantes asesores estadounidenses en Colombia. No obstante, es probable que haya el doble de oficiales militares estadounidenses, si bien técnicamente estos se encuentran incorporados dentro de compañías privadas como DynCorp y MPRI (Military Professional Resources Inc.). El propósito es el mismo: poder desmentir lo que está ocurriendo y que resulte verosímil. La privatización del terrorismo internacional significa que las asesorías y las armas dejan de estar sometidas a la supervisión del Congreso. La razón para ello es que existen leyes que condicionan la ayuda externa al cumplimiento de ciertos requisitos en materia de derechos humanos. La forma habitual de satisfacer esas condiciones era mediante una dispensa. Eso fue lo que hizo Clinton: «Bueno, no vamos a prestar atención a eso». Sin embargo, el Congreso añadió requisitos más severos. Ahora no basta con una dispensa. Así que hace un par de semanas, a comienzos de mayo de 2002, Colin Powell determinó que Colombia cumplía con los estándares de derechos humanos de Washington, lo que por desgracia es exacto. Si queréis ver en qué sentido lo es, Human Rights Watch y Amnistía Internacional tienen un detallado informe sobre la cuestión. Si podéis encontrarlo, entenderéis muchas cosas.

¿Cuál es el resultado? Lo cierto es que tuve oportunidad de verlo en el sur de Colombia. Estuve un par de días en el departamento del Cauca, que el año pasado tuvo el peor historial de violaciones de los derechos humanos del país. La situación es terrible. La población del departamento está conformada principalmente por indígenas, campesinos y afrodescendientes. Los caucanos consiguieron organizar lo que denominan un «bloque social» y llevar a cabo reformas educativas, sociales, sanitarias y de otro tipo.

Incluso consiguieron, para sorpresa de todo el país, elegir a su propio gobernador, un indígena orgulloso e imponente. Esta es una de las pocas ocasiones en la historia del hemisferio que un indígena ha sido elegido popularmente para ocupar un alto cargo. Lo conocí y me pareció una persona admirable. Las consecuencias de estos logros fueron las usuales. Llegaron los paramilitares y ahora proliferan por la región. Las atrocidades se dispararon. Pocas personas creen que el gobernador pueda sobrevivir a su mandato.

Estuve un par de horas escuchando testimonios de campesinos pobres sobre el terror al que están sometidos. Pero la peor forma de terrorismo que han padecido, al menos en los testimonios que oí, proviene directamente de Estados Unidos, a saber, las fumigaciones. Las fumigaciones han destruido por completo sus vidas. Acaban con sus cosechas, matan a sus animales. Los niños se están muriendo; puedes verlos, con sus cuerpos cubiertos de costras y llagas.

Estos campesinos son en su mayoría sembradores de café pobres. El cultivo de café es una actividad difícil; los precios son bajos. Pero los caucanos consiguieron hacerse un nicho en los mercados internacionales cultivando café orgánico de

alta calidad y vendiéndolo en Alemania y otros países. Eso terminó. Las fumigaciones destruyeron las plantas de café, envenenaron la tierra y acabaron con todo. La tierra quedó envenenada para siempre.

Las fumigaciones no solo destruyeron vidas y cosechas sino también la biodiversidad de la zona y, algo importantísimo, la tradición agrícola de los campesinos locales. Estas tradiciones son muy ricas en todas partes del mundo. Son un depósito de conocimiento y sabiduría popular. Y es por ello que las cosechas campesinas son tan buenas. Pero cuando una tradición se pierde, es imposible de recuperar.

Las fumigaciones se justifican oficialmente como parte de la «guerra contra las drogas», un argumento que difícilmente puede tomarse en serio salvo como fachada de un programa de contrainsurgencia y como una nueva etapa en la larga historia de los campesinos expulsados de sus tierras para beneficio de las élites acaudaladas y los inversores extranjeros interesados en la extracción de recursos.[4]

La consecuencia es que si esta zona alguna vez regresa a la agricultura, lo hará con un monocultivo para la agroexportación mediante semillas producidas en laboratorio por Monsanto. No existe ninguna otra alternativa real. Lo importante, sin embargo, es que una vez la guerra química y la destrucción de los cultivos consiguen expulsar a los campesinos, la zona puede ofrecerse a las grandes multinacionales para el desarrollo de minas a cielo abierto (al parecer hay ricos yacimientos carboníferos en la región), la construcción de represas para la generación de energía eléctrica, etc. De ese modo, todo el proceso parece un éxito.

En cuanto a la gente y las culturas y las comunidades,

olvidaos. Son, para citar a un filósofo famoso, «meras cosas, cuyas vidas carecen de valor». Eso es lo que decía Hegel a propósito de los africanos. Y nuestra actitud es la misma. Los campesinos pobres son meras cosas cuyas vidas carecen de valor, de modo que podemos continuar adelante con absoluta ecuanimidad, y total impunidad, y teniendo solo elogios para nuestros grandes logros.

Esa es nuestra actitud. Los campesinos del Cauca son como los kurdos en el suroriente de Turquía o los palestinos. Para citar al director de la revista *New Republic* a propósito de su tema favorito: «Los palestinos terminarán convirtiéndose en nada más que otra nación subyugada, como los kurdos o los afganos» y el problema palestino, «que empieza a ser aburrido», habrá quedado resuelto.

Esta opinión fue reiterada en mayo de 2002 por el líder de la mayoría de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, Dick Armey, que ofreció su solución para el conflicto palestino-israelí, a saber, «los palestinos deberían [todos] marcharse». A fin de cuentas, hay muchos otros lugares en el mundo, así que por qué no se largan y problema resuelto. Esa es la manera correcta de lidiar con las «meras cosas» y esa es, de hecho, nuestra actitud hacia las meras cosas. Es fácil de demostrar. Y también nos ayuda a explicar esa asombrosa correlación entre la ayuda militar estadounidense y las horribles atrocidades, incluidas las consecuencias sanitarias, que se cometen en los países a los que ayudamos.

Podría continuar describiendo esta clase de terrorismo durante mucho tiempo, pero quiero ocuparme ahora de otra categoría de terrorismo: la guerra económica como arma para subyugar a los pueblos. Siguiendo dentro del hemisferio

occidental, hay en la actualidad dos países a los que Estados Unidos somete a un bloqueo económico. Por cierto, da la casua-lidad que esos países fueron en su momento dos de los principales destinos de los esclavos traídos de África, a saber, Cuba y Haití.

En el caso de Cuba, el bloqueo lleva ya cuarenta años, y forma parte de una campaña de guerra contra la isla mucho más amplia. Estados Unidos, como sabéis, acaba de etiquetar a Cuba como uno de los principales Estados terroristas del mundo. La razón, supongo, es que Cuba ha sido, durante los últimos cuarenta años, el principal blanco del terrorismo internacional, acaso más que el resto del mundo en su conjunto. Aunque, bueno, quizás el Líbano esté en el mismo nivel.

La guerra contra Cuba se inició en 1959 y ha continuado sin interrupciones. El pretexto hasta 1989 fue que teníamos que defendernos de este tentáculo del Imperio ruso, que estaba a punto de estrangularnos; no nos quedaba otra salida que apoyar el terrorismo y la guerra económica. En 1989, ese pretexto perdió validez, así que de manera instantánea, y sin pestañear, lo cambiamos por otro. Olvidado el primer pretexto, el bloqueo se endureció debido a nuestro amor por la democracia.

A partir de entonces hemos estado librando una guerra económica contra Cuba y apoyando el terrorismo en la isla debido a nuestro amor por la democracia, algo que ha quedado demostrado en países como, por ejemplo, Colombia. De hecho, hace más de una década Colombia permitió el surgimiento de un partido independiente, desligado de los dos partidos tradicionales, e incluso lo dejó concurrir a las

elecciones, lo que resultó algo problemático porque en apenas unos pocos años, los escuadrones de la muerte, vinculados a los militares respaldados por Estados Unidos, asesinaron a tres mil de sus miembros más destacados, incluidos candidatos presidenciales, alcaldes y demás. Con todo, Colombia sigue siendo una gran democracia en comparación con, por decir algo, Cuba. No voy a seguir con este tema.

El bloqueo contra Cuba es inusualmente severo, de hecho, es del todo excepcional, pues prohíbe incluso el envío de alimentos y medicinas, lo que supone una violación de todas las leyes humanitarias imaginables, algo que el mundo entero ha condenado. El cambio de pretexto se produjo sin que nadie se diera cuenta. Pasamos de defendernos de Cuba como avanzada del Imperio ruso a aplicarle nuestro amor por la democracia de un día para otro. Podéis echar un vistazo a la prensa de la época y verificar cuántas personas se pronunciaron al respecto.

Y eso es lógico porque el miedo al comunismo fue siempre un completo fraude. Lo sabemos hoy y lo supimos durante años, como se desprende de los documentos desclasificados de la administración Kennedy. Supongo que es por esa razón por lo que nunca se los cita. El historiador Arthur Schlesinger presentó a Kennedy informes secretos que analizaban la situación y son bastante reveladores. (He escrito sobre ello en mi libro *El beneficio es lo que cuenta*.)

Según la opinión habitual aquí, repetida hace apenas un par de semanas por el ex presidente Carter, el bloqueo económico ayudó a Castro a mantenerse en el poder, pero, por supuesto, no afectó a los cubanos. Las únicas víctimas del bloqueo son los norteamericanos, los granjeros y las empresas

del sector agrícola que quisieran exportar sus productos a la isla; en Cuba el bloqueo no ha tenido otro efecto que ayudar a Castro.

Sin embargo, hay otras personas que han examinado la situación, como la Asociación Estadounidense para la Salud Mundial, que en marzo de 1997 realizó un estudio detallado. La organización publicó trescientas páginas de documentación y concluyó que el bloqueo había afectado la salud y nutrición de los cubanos y causado un incremento significativo del sufrimiento y las defunciones. El bloqueo, dijeron, habría creado una catástrofe humana de no ser por la intervención del sistema sanitario cubano, que es asombroso, si bien obligó a invertir en salud recursos destinados a satisfacer otras necesidades, lo que tuvo consecuencias obvias.

Por tanto, el bloqueo ha sido un éxito, como lo fue la derrota de la teología de la liberación por parte del ejército estadounidense. Pues bien, ese es uno de los dos bloqueos. El otro, el de Haití, es quizás más grotesco todavía. Haití ha sido blanco de intervenciones militares y de otro tipo a lo largo del último siglo. En la actualidad es el país más pobre del hemisferio. Es posible que no sobreviva una o dos generaciones más, otra correlación sobre la que acaso queráis pensar.

Woodrow Wilson invadió Haití en lo que se ha denominado, si estudiáis relaciones internacionales, «un ejercicio de idealismo wilsoniano». Los marines invadieron el país en 1915, destruyeron el sistema parlamentario, restablecieron la esclavitud, mataron a nadie sabe cuántas personas (los haitianos dicen que a quince mil), convirtieron el país en una plantación para inversores estadounidenses e

instituyeron la guardia nacional, la fuerza brutal y asesina que ha dirigido Haití prácticamente desde entonces, con el respaldo de Estados Unidos.

No voy a contaros toda la historia, pero esto continuó hasta mediados de la década de 1990, y tanto Bush como Clinton respaldaron directamente a la junta militar que detentaba el poder, justo cuando peores atrocidades terroristas estaba cometiendo. Eso fue algo que también tuve oportunidad de ver en persona durante un par de días. En este momento, no muy lejos de aquí, en Queens, Estados Unidos tiene escondido a uno de los principales criminales de este período, Emmanuel Constant, condenado en Haití por crímenes terroristas. Constant fue el jefe del grupo paramilitar responsable de la muerte de entre cuatro mil y cinco mil personas a comienzos de los años noventa, cuando Bush y Clinton respaldaron la junta golpista.

Haití ha intentado conseguir la extradición de Constant, pero, por supuesto, Estados Unidos ni siquiera se ha molestado en responder, y la prensa tampoco tiene nada que decir al respecto. ¿Por qué deberíamos extraditar a un importante asesino que apenas ha estado involucrado en la muerte de unos cuantos miles de personas, en especial cuando es probable que al regresar a su país se vaya de la lengua y hable de la relación directa de Estados Unidos con las actividades terroristas de la época? Una vez más, nada de eso suscita ningún comentario.

Pero sí hay, al menos, comentarios médicos sobre la situación, principalmente de Paul Farmer, que hace poco escribió un artículo sobre el tema. Hacia 1995, después de que la junta militar por fin abandonara el poder, el Banco

Interamericano de Desarrollo (BID) y otras organizaciones iniciaron proyectos para reconstruir lo que quedaba del maltrecho sistema de salud pública. Su objetivo era invertir la tendencia descendente de la esperanza de vida, el único caso de semejante fenómeno en el hemisferio.

Sin embargo, el bloqueo puso fin a ese esfuerzo. El bloqueo impidió la llegada de ayuda por valor de quinientos millones de dólares enviada por el BID y otras fuentes, acabó con los proyectos de esta organización y, como es obvio, exacerbó las ya de por sí espantosas condiciones. Al igual que muchos otros países pobres, Haití solo recibe ayuda de Cuba, lo que incluye asistencia directa de personal médico cubano, pero eso no puede compensar las pérdidas.

Por cierto, para empeorar aún más la catástrofe, Haití está pagando actualmente intereses por los préstamos bloqueados que no ha recibido. Y ese es el segundo bloqueo. Consecuencia también de nuestro amor por la democracia, como Powell y otros nos han explicado.

En fin, podemos dejarlo aquí. Para terminar quisiera mencionar un interesante género literario que ha florecido recientemente en Estados Unidos, con libros superventas y montones de artículos, y que se ocupa de un extraño defecto de nuestro carácter, a saber, ¿por qué no respondemos de forma apropiada a los crímenes de otros? Existen libros importantes sobre este tema, que es sin duda interesante y quizás merecería una nota al pie en un estudio sobre nuestra actitud hacia los derechos humanos, una nota al pie que, por supuesto, debería tener un tema diferente: ¿Por qué no dejamos de participar de forma crucial en violaciones gravísimas de los derechos humanos, atrocidades incluso?

Pero, claro, esa es una pregunta que resulta imposible plantear. Podemos preguntarnos por qué no respondemos de forma adecuada a los crímenes de otros. Pero no podemos preguntar sobre nada de lo que he estado hablando, sobre nuestras propias matanzas, porque eso sería conceder que tales crímenes existen y eso es inconcebible. ¿Cómo es posible? Intentar plantear esta cuestión te pone fuera del espectro, te margina.

De forma similar, en estos días han aparecido muchas columnas de opinión serias que se preguntan qué deberíamos hacer para combatir la peste del terrorismo, que es un problema muy grave. Existen peligrosas amenazas terroristas por todas partes. No obstante, en realidad hay una forma muy sen-cilla en que Estados Unidos podría reducir de manera considerable la cantidad de actos terroristas que se cometen en el mundo, y es esta: renunciar a apoyarlos y dejar de participar en ellos. Eso tendría un efecto enorme y lo tendría de inmediato. Quiero decir: no resolvería el problema por completo, pero sí una gran parte de él. Sin embargo, en vano buscaréis alguien dispuesto a discutir un argumento tan elemental como este.

Pues bien, hasta que este tipo de preguntas empiecen a formar parte de nuestras prioridades, de hecho, hasta que se conviertan en centro de atención, la discusión de asuntos de esta naturaleza no podrá tomarse en realidad en serio, y las personas que sufren en todo el mundo sencillamente se hundirán más y más en la miseria.

[*El siguiente es un fragmento de la sesión de preguntas y respuestas que tuvo lugar tras la charla de Chomsky.*]

Pregunta: *Creo, y espero que esté usted de acuerdo conmigo, que entre lo que los nazis hicieron y lo que nosotros hicimos en Vietnam hay una diferencia de intención radical. Los nazis pretendían exterminar a la población judía de Europa. Nuestra intención en Vietnam no era el genocidio.*

Chomsky: Nunca me he referido a lo que ocurrió en Vietnam como un genocidio. Ese no es el término correcto. Estoy de acuerdo, fue algo completamente diferente. Y no puedo recordar a nadie que haya sugerido lo contrario. De hecho, es diferente en toda clase de aspectos. Los nazis son realmente excepcionales desde un punto de vista histórico. La historia de la humanidad ha conocido montones de atrocidades, pero el exterminio industrializado llevado a cabo por los nazis era algo absolutamente inédito. No hay nada comparable. Los judíos y los romaníes, el pueblo al que nosotros llamamos gitanos, recibieron un trato similar, y algunos otros grupos también. Fue algo único.

Sin embargo, en el mundo se cometen abundantes atrocidades, y en muchas de ellas estamos en su origen. Y son montones las que ni siquiera se cuentan. Permítame darle un ejemplo. Recordaréis, estoy seguro, un libro que apareció en inglés hace algo más de un año y que fue un superventas, *El libro negro del comunismo*. Hubo reseñas destacadas en el *New York Times* y por todas partes. Era la traducción de un

libro francés que calculaba que el comunismo había matado a unos cien millones de personas. Bien, digamos que la cifra es correcta, no voy a ser quisquilloso.

El mayor componente de esos cien millones proviene de una hambruna en China que, se calcula, mató a cerca de veinticinco millones de personas entre 1958 y 1960. La razón por la que se lo consideró un crimen político (un crimen ideológico), una razón válida en mi opinión, la expone con gran detalle Amartya Sen, como parte del trabajo que le hizo merecedor del premio Nobel. Sen es un economista que considera esta hambruna un crimen ideológico por buenas razones. No fue, dice, una cuestión de intención; los chinos no tenían la intención de matar a nadie. Fue, sencillamente, una consecuencia de las instituciones ideológicas. China era un Estado totalitario en el que el centro nunca estaba al tanto de lo que estaba ocurriendo. No se adoptó ninguna medida porque eso es lo que pasa en un Estado totalitario. Lo ocurrido fue un reflejo de las instituciones totalitarias: una enorme masacre que no fue deliberada. Nunca hubo la intención de matar a veinticinco millones de personas, pero ello no hace que deje de ser una masacre terrible, y es correcto describirla como una de las mayores atrocidades del siglo XX y el peor crimen del comunismo considerado individualmente. Eso es correcto.

Esto responde en parte a su pregunta sobre la intención. Pero esta es solo la mitad de la historia. Si examina el trabajo de Amartya Sen, el trabajo que le valió el premio Nobel y por el que es famoso en el ámbito académico, encontrará que estudia las hambrunas y las condiciones que conducen a ellas. Y una parte importante de ello consistió en comparar lo

ocurrido en China con lo ocurrido en la India. La India, como es sabido, sufrió terribles hambrunas mientras estaba bajo el dominio británico, todo el tiempo, con decenas de millones de víctimas mortales. Sin embargo, nadie cuenta esto entre los crímenes del imperialismo británico porque, una vez más, cuando los responsables somos nosotros, estas cosas no son un crimen.

Ahora bien, como señala Sen, desde la independencia, ha habido en la India mucha hambre, pero el país no ha sufrido hambrunas de semejantes proporciones. Desde 1947 hasta aproximadamente 1980, la época en que realizó el estudio que le hizo merecedor del premio Nobel, no hubo hambrunas considerables. Compara esto con China, que sí sufrió esa gran hambruna, y atribuye la causa a la diferencia de las instituciones de ambos países. En la India, un país democrático, si llegaban noticias de que había hambre en algún lugar, las autoridades centrales podían hacer algo al respecto, lo que evitó grandes hambrunas.

Eso es una parte de lo que Sen escribió. La parte más conocida. Pero no todo. He aquí el resto, está en los mismos artículos y los mismos libros que lo han hecho famoso, pero no se conoce. A continuación, Sen se dijo: Muy bien, comparemos ahora las tasas de mortalidad en China y la India desde 1947 en adelante. En 1947 las tasas eran aproximadamente iguales, ambos países eran similares, etc. Luego la tasa de mortalidad empezó a reducirse en China de forma bastante brusca, mientras que en la India siguió siendo muy alta. Y en su opinión, esto también fue un crimen ideológico.

La diferencia, dice, fue que China construyó hospitales en

las zonas rurales e instituyó campañas de medicina preventiva para los pobres, entre otros programas, y esto se tradujo en una mejora significativa de los estándares sanitarios del país, de allí la reducción de la tasa de mortalidad. La India no hizo nada de esto. Era un país democrático capitalista en el que no se hacía nada por los pobres. Y a continuación Sen señala que si se observa la diferencia entre esas curvas, permitidme citarlo, «cada ocho años la India parece arreglárselas para meter en su armario más esqueletos que los que China puso en el suyo en sus años de vergüenza [1958-1961]».

Eso asciende a unos cien millones de personas solo en la India entre 1947 y 1980. Pero nosotros no nos referimos a ello como un crimen del capitalismo democrático. Y si hiciéramos el mismo cálculo en todo el mundo… Ni siquiera voy a hablar de ello. Pero Sen tiene razón: tales muertes no son premeditadas, como no fue premeditada la gran hambruna china. Sin embargo, sí son crímenes ideológicos y crímenes institucionales, y la democracia capitalista y sus defensores son responsables de ellos en cualquiera que sea el sentido en que los defensores del llamado comunismo son responsables de la hambruna china. No tenemos toda la responsabilidad, pero sin duda sí una buena parte de ella.

De modo que, efectivamente, cuando se cuentan los crímenes, nuestro historial es desastroso, pero los únicos crímenes que contabilizamos son los crímenes del enemigo. Son esos los que deploramos y los que nos atormentan. Nuestros propios crímenes quizás sean monstruosamente peores, pero no entran dentro de nuestro campo de visión. No los estudiamos, no nos informamos sobre ellos, no pensamos en ellos, nadie los menciona. Sencillamente no se

nos permite pensar al respecto y, si estamos de acuerdo con que así sea, es nuestra decisión.

TERCERA PARTE

CHARLAS Y CONVERSACIONES

«¿POR QUÉ NOS ODIAN SI SOMOS TAN BUENOS?»

Fragmento de «Asomarse al abismo del futuro», charla a beneficio del Centro de Paz y Justicia Península pronunciada en Rickey's Hyatt House, Palo Alto, California, el 22 de marzo de 2002.

Después del 11 de septiembre, parte de la prensa, en particular el *Wall Street Journal*, hizo lo que debía: empezó a indagar la opinión en la región [Oriente Próximo]. Su propósito era intentar hallar una respuesta a la lastimera pregunta de George W. Bush: «¿Por qué nos odian si somos tan buenos?». ¿Cómo es posible?

En realidad, incluso antes de que él planteara la pregunta, el *Wall Street Journal* le había ofrecido parte de la respuesta. El periódico hizo su sondeo de opinión en la región circunscribiéndolo a las personas que le importaban, los «musulmanes adinerados», según los llamó, banqueros, abogados, gerentes locales de multinacionales estadounidenses, esa clase de personas. Personas que pertenecen al sistema estadounidense y que, por supuesto, desprecian a Osama bin Laden, así solo sea porque son su

principal blanco: él va a por ellos, de modo que no lo encuentran simpático.

Y bien, ¿cuál es la opinión de ese grupo acerca de Estados Unidos? Pues bien, resulta que estas personas ven con mucha hostilidad la política estadounidense. No las políticas claves de las que ellos mismos son partícipes, como las políticas económicas internacionales. No, lo que critican es el hecho de que Estados Unidos se haya opuesto de forma sistemática a la democracia y el desarrollo autónomo y apoye regímenes corruptos y brutales. Como es natural, se oponen de forma enérgica el respaldo unilateral de la ocupación militar israelí, que es muy cruel y brutal, y dura ya treinta y cinco años. Se oponen también de forma enérgica a las sanciones contra Irak, que entienden perfectamente y que, como sabéis, están siendo devastadoras para la población civil, pero fortalecen a Saddam Hussein.

Y recuerdan algo que a nosotros nos gusta olvidar, esto es, que Estados Unidos y el Reino Unido respaldaron a Saddam Hussein mientras cometía sus peores atrocidades, le ayudaron a desarrollar armas de destrucción masiva, no hicieron nada para impedir que gaseara a los kurdos, etc. Aunque nosotros prefiramos esconder todo eso bajo la alfombra, ellos sí se acuerdan. Y por razones como esa, dicen que sienten mucho odio hacia las políticas estadounidenses, a pesar de estar plenamente integrados dentro del sistema estadounidense. Pues bien, esa es una respuesta a la pregunta de George W. Bush. Aunque no es la clase de respuesta que leemos habitualmente en la prensa y en la mayoría de publicaciones intelectuales. Allí lo que encontramos son respuestas sofisticadas acerca de cómo los pueblos de la región tienen

«malas culturas», o han quedado fuera de la globalización, o no soportan nuestras libertades y nuestra magnificencia, etc., etc.

Cualquiera que esté interesado seriamente en estas cuestiones, y sin duda todos los expertos en relaciones internacionales o en Oriente Próximo, saben que no hay nada nuevo en estas respuestas. Podéis remontaros todo lo que queráis y buscarlas. Una de las ventajas de vivir en Estados Unidos es que este país se ha convertido, a lo largo de los años, en un país muy libre. No por un regalo de los dioses, sino como resultado de muchas luchas populares, se ha convertido en un país con una inusual libertad, excepcional en muchos sentidos. Que yo sepa, tenemos más información sobre los planes políticos de nuestros máximos dirigentes que cualquier otra nación del mundo, y eso incluye toneladas de material desclasificado que muestra cómo se implementan esas políticas y en qué piensa el gobierno.

En este sentido, si queremos averiguar algo más acerca de esto, el lugar más evidente para buscarlo son los archivos de 1958. Mil novecientos cincuenta y ocho fue un año crítico para las relaciones internacionales estadounidenses por muchísimas razones, en particular en relación a Oriente Próximo. Fue un año crítico porque fue el primer año en que cierto país, a saber, Irak, había conseguido romper el condominio anglo-americano sobre los recursos energéticos del mundo. Un régimen nacionalista conservador había intentado hacerlo antes en Irán, pero un golpe militar patrocinado por Estados Unidos y Reino Unido lo impidió. Irak, en cambio, consiguió hacerlo, y eso fue un suceso enorme que causó gran frenesí y obligó a la movilización de

las fuerzas militares, al punto de que llegó a considerarse el uso de armas nucleares. Fue un acontecimiento trascendental. Por tanto, si queréis saber lo que Estados Unidos pensaba al respecto, podéis mirar los archivos.

Si lo hacéis, encontraréis que en una discusión interna el presidente Eisenhower dijo a su equipo, y estas fueron sus palabras, que había «una campaña de odio contra nosotros» en el mundo árabe, una campaña animada «no por los gobiernos sino por el pueblo». Y hubo una discusión acerca de esto. El Consejo de Seguridad Nacional, el organismo más importante en materia de planificación, ofreció su análisis. Dijeron que la razón para ello es que en la región existía la percepción de que Estados Unidos apoyaba regímenes crueles, brutales y corruptos, bloqueaba la democratización y el desarrollo, y que lo hacía por estar interesado en controlar las reservas de petróleo de la región. Y dijeron que era difícil contrarrestar esa percepción porque era exacta. Era exacta y debía serlo. Dijeron que era natural que respaldáramos el statu quo, a saber, el tipo de gobiernos que acabo de describir, e impidiéramos la democracia y el desarrollo en la región porque queríamos mantener el control de sus recursos energéticos.

Por tanto, la población promovía una campaña de odio contra nosotros, y la razón era esa. Básicamente la misma que el *Wall Street Journal* volvería a descubrir el 14 de septiembre de 2001, y que todo el mundo ya conocía. La única diferencia es que, por supuesto, algunas medidas específicas, como las sanciones contra Irak, son nuevas (aunque las políticas generales siguen siendo las mismas), y que entre la población hay un resentimiento mucho más profundo porque la gente

no ve ninguna razón por la que la riqueza de la región deba fluir hacia Occidente y los musulmanes adinerados, que cooperan con Occidente, y no hacia ella. Eso refleja cierto atraso cultural, según se lee en los comentarios publicados en Estados Unidos. Por alguna razón la gente no se había hecho a la idea y sigue sin hacerlo. Por tanto, existe una campaña de odio todavía más arraigada entre aquellos sectores de la población que no forman parte de los musulmanes adinerados integrados en el sistema estadounidense.

En definitiva, si estás dispuesto a salir del cascarón y oír lo que se dice fuera, no te resultará tan difícil, y podrás saber por qué hay una campaña de odio contra nosotros, ya sea hoy o en 1958, en buena parte del resto del mundo, donde la gente sencillamente no disfruta sintiéndose pisoteada por una bota extranjera. No les gusta y eso engendra odio. Si lo prefieres, puedes regodearte en fantasías, pero esa es tu elección. Pero ciertamente no estás obligado.

VISITAR CISJORDANIA CON AZMI BISHARA

Fragmento de una charla a beneficio de la defensa legal de Azmi Bishara, un árabe israelí amigo de Chomsky durante muchos años, que entonces era miembro de la Knésset, el parlamento de Israel.[5] *La charla tuvo lugar en el Hunter College de Nueva York, el 25 de mayo de 2002.*

El motivo por el que estamos aquí está noche es que Azmi Bishara ha sido despojado de su inmunidad, así que es conveniente empezar mencionando los cargos por los que será juzgado: su afirmación de que el pueblo del Líbano tenía derecho a resistirse a la ocupación extranjera y expulsar al ejército ocupante fuera de su país; su llamado a apoyar la actual intifada como una alternativa frente a las demás opciones posibles, a saber, la sumisión total o la guerra; y su participación en esfuerzos para reunificar a las familias de los refugiados.

La posición de Azmi al respecto, que él ha manifestado de forma clara y directa, es que la gente no debe considerar su caso como un problema de libertad de expresión, aunque, por supuesto, lo es. En lugar de ello, lo que pide es que quienes le

apoyan digan abierta y francamente que lo que él dijo es correcto: no solo que tiene el derecho de decir lo que dijo, sino que lo que dijo es cierto. Y tiene razones de peso para ello.

Además añade otro argumento. Dice que el problema no es lo que dijo, sino que fuera él quien lo dijo. La acusación de Azmi es un ataque contra el derecho de los israelíes de origen árabe de adoptar una posición política independiente. Un hecho que respalda esta conclusión es la reacción a los ataques físicos contra Azmi que tuvieron lugar en octubre de 2000 (recuérdese: esto ocurrió durante el gobierno de Barak, del que formaba parte el «bando de la paz»). En esa época, en octubre, trescientas personas atacaron su casa y Azmi resultó herido por el fuego de la policía. Durante ese mismo período trece israelíes de origen árabe fueron asesinados, varios de ellos a manos de la policía. Todo esto ocurrió con absoluta impunidad. El bando de la paz israelí, del que forman parte intelectuales de renombre a los que se considera (si no en Israel, al menos aquí) la consciencia del país, se negó a respaldarle.

Después de estos acontecimientos, el portavoz de la Knésset, cuya responsabilidad es defender la Knésset, no dijo una palabra. Nunca hubo una reacción. Y, como escribió Azmi, esto creó una barrera moral bien definida entre, por un lado, quienes le apoyan en Israel (que son muchos), los palestinos y él y, por otro, quienes se autoproclaman el bando de la paz. Y creo que también tiene razón en esto.

Azmi siempre ha manifestado el gran respeto que siente por la democracia israelí, que es única en la región, y por los logros culturales y sociales que forman parte de lo que él

denomina «la construcción de la nación hebrea». Pero esa democracia y esos logros son para los israelíes judíos. Los ciudadanos israelíes de origen árabe son, en el mejor de los casos, una población tolerada. No es necesario que repasemos la historia de esta situación, que además está lejos de mejorar.

Permítanme solo añadir una observación personal acerca de la visita que realicé a Cisjordania en 1988. Menciono esto en parte porque Azmi me acompañó y en parte porque, creo, tiene una relación significativa con lo que sucede en la actualidad. En su momento escribí acerca de este viaje, primero en la prensa hebrea en Israel y después en Estados Unidos. Parte de mi testimonio se incluye en la última edición de mi libro *El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina*, que apareció hace algunos años.

En esa época, no dije quién fue mi acompañante: fue Azmi. No lo dije por las razones habituales: en aquellos países que sufren una represión severa, no se mencionan los nombres de personas vulnerables. Pero supongo que después de tantos años y tras lo que ha ocurrido está bien hacerlo. Así que lo haré.

Me encontré por primera vez con Azmi a las seis de la mañana, un día de abril de 1988. Había una manifestación fuera de la prisión de Dahariya, a la que la gente conocía como «el matadero». El centro era una escala hacia la prisión de Ketziot, en el desierto del Néguev, una cámara de torturas horrible a la que usualmente se conoce como Ansar III. Ansar I fue otra cámara de torturas, enorme y espantosa, en el sur del Líbano. De esto también se informó en la época, pero su naturaleza quedó al descubierto desde que las fuerzas israelíes abandonaron el país. Y hubo asimismo una Ansar II en Gaza.

Ansar III es el lugar al que te llevaban después de haber pasado por el matadero de Dahariya.

En esa época la ciudad cercana estaba sitiada. Los manifestantes eran israelíes y visitantes extranjeros que asistían a un congreso académico al que, por casualidad, yo también asistía. Ocurrieron cosas interesantes allí, pero no voy a detenerme en ellas.

Después de la manifestación, nos metimos en el coche de Azmi y fuimos a Cisjordania, donde pasamos el resto del día. Empezamos en Naplusa, donde visitamos la ciudad vieja y hablamos con activistas en la alcazaba. Para cualquiera que haya estado en ese lugar las imágenes de lo ocurrido recientemente son todavía más dolorosas. Era imposible circular en coche por esas calles, mucho menos con tanques.

Los informes sobre Naplusa son todavía más deprimentes que los informes sobre Yenín: las dimensiones terribles de la destrucción, la cantidad de muertos y todos los horrores habituales sobre los que habéis leído. En el caso de Naplusa, esto significa, además de los horrores padecidos por la población, la destrucción de tesoros históricos que se remontan a tiempos de los romanos.

En cualquier caso, en 1988, después de Naplusa, recorrimos algunas aldeas de Cisjordania, muchas de las cuales estaban siendo atacadas. De algunas tuvimos que marcharnos cuando el ejército se aproximaba, pues los lugareños querían que nos fuéramos. Les preocupaba lo que podía pasarles si los militares encontraban extranjeros allí, ya antes habían tenido experiencias desagradables por ese motivo.

De todas las aldeas que visitamos, el caso más dramático

fue el de una aldea que un par de días después se haría famosa, a saber, Beita. Beita es una aldea tradicionalista, conservadora, enclavada en las colinas, no muy lejos de Ramala. No creo que muchas personas supieran siquiera de su existencia. Es claro que había sido un lugar muy bonito, con casas antiguas, centenarias.

Inmediatamente después del comienzo de la primera intifada, Beita se declaró liberada. Eso le valió ser atacada por las fuerzas de ocupación israelíes. Cuando llegamos allí, la aldea estaba sitiada por los militares, pero con la ayuda de abogados de la organización Al-Haq (Ley al servicio del hombre) de Ramala, nos fue posible llegar por carreteras secundarias y subir las montañas con la colaboración de los vecinos. Pasamos un par de horas allí antes de las siete de la noche, la hora del toque de queda, cuando tenías que marcharte si no querías que tu vida corriera peligro. De modo que nos fuimos por donde habíamos llegado.

En esa época, como algunos recordaréis, Beita fue atacada, y en parte destruida, por las fuerzas israelíes. La razón (y la razón para el asedio militar al que estaba sometida) era que un grupo de excursionistas israelíes, procedentes de un asentamiento cercano, Elon Moreh, habían entrado en los campos de Beita. Al frente de ellos iba un hombre llamado Romam Aldubi, que era un extremista criminal (de hecho, el único judío al que las autoridades militares han prohibido el ingreso a las zonas árabes). Los excursionistas encontraron a un pastor en el campo y lo mataron. Luego, entraron en la aldea y mataron a un par de personas más.

Después de eso, la madre de una de las víctimas lanzó una piedra contra Aldubi, que disparó su arma y mató a una chica

israelí, Tirza Porat, que formaba parte del grupo de excursionistas. Eso causó una reacción histérica en Israel, donde se llegó incluso a pedir la destrucción del pueblo y la expulsión de toda la población. El ejército israelí sabía qué era lo que había ocurrido con exactitud, y lo dijo. Pero por cualquiera que fuera la razón, acaso para evitar una reacción todavía peor entre los colonos, el ejército entró al pueblo y lo destruyó.

La historia oficial fue que se destruyeron quince viviendas después de haber advertido con sobrada anticipación a los lugareños de que debían marcharse. Todo era mentira. El número de hogares destruidos, como pudimos ver, ascendía al doble, y era evidente que a nadie se le había dado tiempo para marcharse. Cuando estuvimos, la gente todavía rebuscaba sus posesiones entre los escombros.

Varios habitantes de la localidad estaban en la cárcel, incluidas la madre y la hermana embarazada de uno de los hombres asesinados. Más tarde, media docena de personas fueron expulsadas del país; otros de los detenidos siguieron en prisión. Aunque era bien sabido que Aldubi fue quien mató tanto a los palestinos como a la chica israelí, nunca se le castigó, si bien llegó a ir a juicio. Las autoridades determinaron que los trágicos acontecimientos que habían tenido lugar ya habían sido castigo suficiente para él. De modo que las únicas personas que merecían ser castigadas eran los habitantes de la aldea, como efectivamente lo fueron.

Eso es con frecuencia lo normal en muchos casos similares; al respecto, nada ha cambiado. Cuando estuvimos allí (era un día muy frío y lluvioso, típico de esa época del año), los palestinos cuyas casas habían sido demolidas vivían al raso,

tenían que cocinar al aire libre, etc. La escena era terrible y dolorosa. Con todo, su actitud me sorprendió. No estaban resignados. Estaban tranquilos y decididos. Les preguntamos si estarían dispuestos a aceptar la ayuda de judíos israelíes para reconstruir lo que había sido destruido, y nos dijeron que sí, bajo ciertas condiciones. Si la ayuda era honesta, la aceptarían. En cambio, si era un esfuerzo por contribuir a la imagen de lo que se conoce como «el hermoso Israel», entonces no querían saber nada de ella. Por sorprendente que pueda parecer, nadie pedía venganza o represalias. La gente solo estaba ahí, serena, decidida a persistir.

Tuve la oportunidad de ver esa misma actitud un día o dos después, en Ramala. Para llegar allí tuvimos de nuevo que usar carreteras secundarias: Ramala también estaba sitiada. Iba en compañía de un israelí y un amigo árabe, y cuando llegamos, la ciudad estaba inusualmente silenciosa. Caminamos hasta el hospital y entramos. En el lugar no había personal sanitario de ningún tipo, ni enfermeras ni médicos ni encargados, pero estaba lleno de gente. La razón, descubrimos, era que había habido algún trastorno fuera, con considerable presencia del ejército, y se había advertido al personal que se mantuviera lejos. Las camas estaban ocupadas en su totalidad. Una típica escena hospitalaria: brazos con vías y demás. Había viejos, había niños. Los pacientes nos explicaron lo que les había ocurrido. Habían sido víctimas de las atrocidades con que Israel reprimió la intifada, pero su actitud era la misma. Una determinación serena. Ni una palabra acerca de tomar represalias o vengarse.

Todo esto revela un hecho extraordinario acerca de la ocupación militar. Se ha prolongado durante treinta y cuatro

años y desde el principio ha sido cruel, brutal y represiva, y ha recurrido al robo de la tierra y los recursos de los palestinos. Y sin embargo no hubo represalias, no desde los territorios ocupados. Israel era inmune a cualquier ataque desde los territorios ocupados. Hubo sí ataques realizados desde el exterior, incluidos algunos atroces, aunque tales atrocidades apenas constituyen una fracción de las atrocidades cometidas por Israel. Y cuando hablo de Israel me refiero a Estados Unidos e Israel, porque todo lo que Israel hace, lo hace en la medida en que cuenta con el respaldo y autorización de Estados Unidos. Por tanto, se trata de las atrocidades de Estados Unidos e Israel.

Esa es la razón por la que los acontecimientos del último año resultan tan impresionantes. Estados Unidos e Israel han perdido el monopolio absoluto de la violencia. Siguen teniendo una preponderancia abrumadora, pero ya no tienen el monopolio. Eso es escandaloso. El 11 de septiembre tuvo el mismo efecto, pero a escala mundial. El 11 de septiembre fue una atrocidad espantosa, pero no fue una novedad. Hay abundantes atrocidades similares. La única diferencia es que ocurrían en otros lugares.

SESGO INFORMATIVO Y PALESTINA

Fragmento de la conversación que se dio después de la charla de Chomsky en Palo Alto, California, el 22 de marzo de 2002.

PREGUNTA: *¿Le preocupa que la CNN y la MSNBC se estén convirtiendo en portavoces del ejército de Estados Unidos?*

CHOMSKY: Lo son mucho menos de lo que lo fueron en el pasado. Así que no se están convirtiendo, siempre lo han sido, y hoy lo son menos que antes. Es el caso de la MSNBC. Desde el 11 de septiembre, los medios de comunicación, al menos los medios de comunicación comerciales, no tanto la NPR [National Public Radio] y el PBS [Public Broadcasting Service], sino los medios de comunicación comerciales, se han abierto de algún modo. Por ejemplo, en noviembre de 2001 estuve en la MSNBC para participar en un programa de discusión por primera vez en mi vida, y lo mismo pueden decir otras personas. Mike Albert estuvo durante una hora. Howard Zinn también ha sido invitado. Esto es algo que antes

nunca ocurría. Es un reflejo de que la preocupación de la opinión pública está forzando a los medios a abrirse un poco.

Espero que tenga razón. Yo tiendo a ser un poco escéptico.

Y hay que serlo. Se está produciendo una concentración de los medios de comunicación, es cierto, pero existen otras presiones que considero más importantes.

¿Por qué? ¿Cuál es el mecanismo mediante el cual el gobierno influye en los medios?

No lo hace. El gobierno prácticamente no tiene influencia sobre los medios.

Y, entonces, ¿qué pasa? ¿Cuál es el mecanismo subyacente?

Eso es un poco como preguntarnos: ¿qué hace el gobierno para convencer a General Motors de que intente aumentar sus beneficios? Es absurdo. Los medios son corporaciones gigantescas que comparten los intereses del sector empresarial que domina el gobierno. El gobierno no puede decirle a los medios qué hacer porque no tiene el poder para hacerlo en este país. En ese sentido, Estados Unidos es un país inusualmente libre. En Inglaterra, por ejemplo, el gobierno

puede registrar las oficinas de la BBC e impedir que haga ciertas cosas. Aquí no.

Muy bien, tenemos, nos hemos ganado, un tipo de libertad que los ingleses no tienen. Por tanto, el gobierno prácticamente no tiene influencia en los medios. Si los medios deciden hacer algo, es su propia decisión.

Entonces, ¿qué es lo que impide que asuntos como lo ocurrido en Timor Oriental reciban atención? ¿Por qué no hay más disenso en los medios? ¿Es que la gente simplemente no quiere oír hablar del tema y, por tanto, los medios no ganarían dinero ocupándose de él?

¿Por qué debería una gran corporación tener interés en denunciar el hecho de que está involucrada en un genocidio?

Pero no lo está. Es el gobierno de Estados Unidos el que está involucrado.

Las grandes corporaciones forman parte del sistema que controla al gobierno de Estados Unidos. Comparten el interés de contar en Indonesia con una gran fuente de recursos para su explotación, y de ser una fuerza poderosa con dominio en la región. Eso es lo mismo que quiere Washington. Por tanto, ¿por qué deberían denunciarlo? Y, en particular, ¿por qué deberían denunciar el hecho de que ellas mismas comparten la responsabilidad por la matanza de cientos de miles de

personas? Por esa misma razón no se dijo nada sobre Turquía hace un par de años. No les interesa.

Permítame darle un ejemplo sencillo. La intifada actual en los territorios ocupados empezó el 29 de septiembre de 2000. El 1 de octubre, apenas dos días después, Israel empezó a usar helicópteros estadounidenses (no existen los helicópteros israelíes) para atacar blancos civiles, bloques de pisos, etc., lo que causó docenas de muertos y heridos. Eso se prolongó durante dos días. No hubo disparos por parte de los palestinos, solo chicos tirando piedras. El 3 de octubre, dos días después de esto, Clinton celebró el contrato más grande de la década para enviar helicópteros militares a Israel. Aquí los medios de comunicación se negaron a mencionar el tema. Hasta hoy, no han publicado un solo artículo al respecto.

Esa fue una decisión de los directores. Resulta que conozco a algunos de los redactores del *Boston Globe*. Llevo viviendo allí más de cuarenta y cinco años, así que los conozco. De modo que junto a un grupo de personas fui y hablé con ellos y sencillamente nos dijeron que no iban a publicar nada al respecto. Y esa fue la misma decisión que tomaron todos los periódicos de Estados Unidos, todos, literalmente. Alguien realizó una búsqueda en bases de datos. La única referencia que halló en todo el país fue una carta al director en Raleigh, Carolina del Norte.

Ahora bien, ¿les dijo el gobierno que no publicaran esta noticia? No. Si lo hubiera hecho, probablemente se habrían sentido indignados y entonces sí la habrían publicado. Lo que ocurrió sencillamente fue que entendieron que no les convenía decir que tan pronto una base militar estadounidense (que es en gran medida lo que Israel ha

elegido ser) empezó a usar helicópteros estadounidenses para asesinar civiles, decidimos enviarles más helicópteros. Eso no beneficia los intereses de las casas editoriales, así que no se publica.

Este es un ejemplo inusualmente preciso y fácil de identificar, pero la conclusión es generalizable.

Usted dijo que Estados Unidos intenta bloquear la paz en Oriente Próximo. ¿Por qué dice eso? Clinton parecía estar intentando realizar cierto progreso.

Estaba intentando realizar cierto progreso y casi alcanzó el nivel de Sudáfrica hace cuarenta años.

¿Cuál es el motivo para ello?

El motivo es que Israel es una base militar de Estados Unidos. Y es fuerte. Es uno de los Estados que, como Turquía, controla Oriente Próximo militarmente de acuerdo con los intereses de Estados Unidos. Los palestinos, en cambio, no tienen nada que ofrecer. No tienen poder, no tienen riquezas, de modo que tampoco tienen derechos.

Pero, con todo, ¿no es mejor tener una paz que todo esto?

Eso depende del tipo de paz del que se trate. En última instancia, Estados Unidos podría aceptar lo que Sudáfrica aceptaba hace cuarenta años. Sudáfrica no solo aceptaba, sino que inició la creación de Estados negros, los bantustanes. Y es posible imaginar que tarde o temprano Estados Unidos se eleve al nivel de Sudáfrica en los días más oscuros del *apartheid* y permita un bantustán palestino en los territorios ocupados. Eso no me sorprendería. Creo que, desde su punto de vista, sería una solución inteligente.

¿Significaría eso algo?

No mucho. Significaría más o menos lo que significó Transkei [el primer bantustán]. Pero, ¿permitiría Estados Unidos la creación de un Estado de verdad independiente? Probablemente no, porque eso interferiría con su propio poder. Israel es una base exterior del poder estadounidense. Si deja de serlo, Estados Unidos se desentendería de los israelíes junto con todos los demás. Pero mientras sigan siendo una base para la extensión de su poder, pueden hacer lo que quieran.

De modo que lo que Clinton hizo fue una farsa.

No fue una farsa. ¿Vio alguna vez un mapa del plan Clinton? Hay una buena razón para que nunca lo haya visto. La prensa estadounidense, toda ella, nunca lo publicó. La

razón es que apenas le echas un ojo al mapa, entiendes en realidad qué estaba pasando. El plan de Clinton consistía en dividir Cisjordania en cuatro cantones separados, muy separados uno de otro. Jerusalén oriental, que es el centro de la vida palestina, era uno de los cantones y debía quedar separado de todos los demás. Todo ello separado de la Franja de Gaza, que también está dividida en cantones. Eso ni siquiera llegaba al nivel de Sudáfrica en la época de los bantustanes. Esa es la razón por la que nunca se publicó ningún mapa.

¿En qué sentido Israel beneficia los intereses de Estados Unidos?

Esto tiene una larga historia. Pero remontémonos a 1958, el año que mencioné en mi charla, en ese año los servicios de inteligencia de Estados Unidos dijeron que respaldar a Israel como base del poderío estadounidense era un «corolario lógico» de su oposición al nacionalismo árabe independiente porque Israel podía llegar a ser una fuerza como Turquía, como Irán bajo el shah, que controlara y reprimiera las fuerzas independientes en los países árabes. Estado Unidos no hizo nada al respecto entonces.

En 1967, Israel prestó un importante servicio, aplastó el nacionalismo árabe, destruyó a Nasser, que era una figura central del movimiento nacionalista secular, el cual suponía una amenaza real para el dominio de la élite saudita. Fue entonces cuando se concretó la alianza con Estados Unidos, y

fue precisamente entonces cuando Israel se convirtió en la niña consentida de los intelectuales liberales estadounidenses. Antes de ello, no era que Israel les preocupara mucho.

¿No ha cambiado nada desde entonces?

Sí, la situación empeoró en 1970, durante el Septiembre Negro. Recuerde que por un momento pareció que Siria podía tomar medidas para proteger a los palestinos que estaban siendo masacrados en Jordania. Estados Unidos no quería que lo hiciera, pero el gobierno se encontraba atascado en Camboya (el país entero volaba por los aires) y no estaba en condiciones de enviar fuerzas militares para evitarlo. De modo que se pidió a Israel que interviniera movilizando a la fuerza aérea, es decir, al apéndice local de la fuerza aérea de Estados Unidos, para impedir que Siria hiciera cualquier movimiento. Y así fue: Siria retrocedió, los palestinos fueron masacrados y la ayuda de Estados Unidos a Israel se cuadruplicó. Esto continuó a lo largo de toda la década de 1970.

En 1979 cayó el shah, uno de los pilares del poder de Estados Unidos en la región, y el papel de Israel pasó a ser más importante. Esto continúa hasta la actualidad. Hace poco el periódico más importante de Egipto publicó un artículo titulado «El eje del mal», en el que se sostenía que realmente existía un «eje del mal»: Estados Unidos, Israel y Turquía. Es un eje del mal dirigido contra los países árabes, y lo ha sido durante años, una alianza estrecha que realiza maniobras

militares conjuntas por toda la región. Israel es la base más fiable y más fuerte. En la actualidad, se encuentra tan integrada en la economía militar estadounidense que es casi indistinguible.

Por tanto, tiene un valor inmenso. En contraste con los palestinos, que no tienen ningún valor. Los palestinos tienen tanto valor para el gobierno estadounidense como la población de Ruanda.

¿No cree que eso estropea las relaciones con algunos Estados árabes que de no ser así tendrían vínculos más estrechos con Estados Unidos?

Esa es la razón exacta por la que Washington ordenó a Sharon, de forma muy educada, que retirara los tanques y los soldados de las ciudades palestinas, pues ello estaba interfiriendo con la misión de Dick Cheney. Y así fue, cuando el amo habla, el siervo obedece. En cuestión de minutos el ejército se había retirado. Sin embargo, no hay que olvidar que los dirigentes de los Estados árabes son hasta cierto punto proisraelíes, pues son conscientes de que Israel forma parte del sistema que los protege de su propio pueblo.

Y les gustaría tener una excusa para respaldar aún más la política de Estados Unidos, solo con que Israel los dejara.

Les gustaría moderarla. Que no se matara a tantísima

gente. En última instancia, en la región todo gira alrededor del petróleo.

¿CÓMO DEBEMOS RESPONDER?

Esta sección contiene varios intercambios acerca de las tácticas de resistencia provenientes de las sesiones de preguntas y respuestas que siguieron a la charla de Palo Alto y a una charla en beneficio de la Alianza para los Niños de Oriente Próximo, en el Teatro Comunitario de Berkeley, el 21 de marzo de 2002.

PREGUNTA: *Gracias de nuevo, profesor Chomsky, por esta charla. Mi pregunta está relacionada con algo a lo que usted aludió antes, cuando habló acerca de Haití. Este verano tuve la oportunidad de escuchar un discurso del general Roméo Dallaire, que estuvo al mando de la misión de la ONU en Ruanda, en el que decía cuán frustrado se sintió viendo que un genocidio estaba teniendo lugar a su alrededor sin que a nadie pareciera importarle y sin que ninguna de las grandes potencias del mundo pareciera estar haciendo nada. Y su conclusión básica era que, en su opinión, el mundo es inherentemente racista y por eso se permite que estas cosas ocurran. Me gustaría saber si tiene algo que comentar sobre esta conclusión tan pesimista, si coincide con ella o si considera*

que debería matizarse en algún sentido.

CHOMSKY: Para empezar, no creo que lo que ocurrió fuera consecuencia del racismo en particular. Fue consecuencia sencillamente de que a nadie le importaba. Recuerde que él está hablando de lo que ocurrió en Ruanda en 1994, pero esto es algo que ha estado pasando en Burundi y Ruanda desde hace años. Ed Herman y yo escribimos un libro hace más de veintitrés años en el que discutíamos las atrocidades de los hutus y los tutsis en Burundi y Ruanda, donde cientos de miles de personas han sido asesinadas. A nadie le importó entonces y a nadie le importa ahora. Lo mismo ocurre en el Congo, donde en los últimos dos o tres años probablemente han muerto varios millones de personas, y eso en realidad no importa, no es una cuestión que afecte negativamente los intereses occidentales, así que nadie intenta hacer nada al respecto.

Pero eso es independiente del color de las víctimas o su religión, nada de eso importa. La cuestión es: ¿afecta los intereses de Estados Unidos? Si echas un vistazo a los kurdos sobre los que hablé, resulta que son arios, si es que a alguien le importa ese detalle. Si estuvieran caminando por ahí, veríamos más arios, quizás con una piel ligeramente más oscura, pero no repararíamos en ellos. Pero si los masacran, no hay problema. No es lo que dice Dallaire. Él está hablando de algo desagradable, a saber, de nuestra falta de voluntad para impedir que se cometan atrocidades. Pero mucho peor que eso, incomparablemente peor, es nuestra voluntad de participar en las atrocidades. Habría sido mucho peor si en lugar de no hacer nada al respecto, hubiéramos continuado

poniendo armas en manos de los asesinos mientras cometían sus asesinatos.

Yo sería un poco más cauto. Sus declaraciones son correctas, pero son declaraciones que entran dentro de lo que resulta tolerable. Así, por ejemplo, si echa un vistazo a la *New York Review of Books* de esta semana, encontrará un artículo apasionado escrito por Samantha Power, la directora ejecutiva del Centro Carr de Políticas de Derechos Humanos de la Escuela de Gobierno Kennedy de la Universidad de Harvard, que discute nuestra trágica incapacidad para prestar atención a las atrocidades que otras personas están cometiendo y hacer algo al respecto. Se trata de un fallo profundo de nuestro carácter. Y estoy de acuerdo, es un problema. Pero hay un problema muchísimo más serio, varios órdenes de magnitud más serio, que no se menciona en el artículo y que sería incomprensible aunque se lo mencionara, a saber, el hecho de que prestamos una gran atención a ciertas atrocidades e intervenimos para incrementarlas y, con frecuencia, incluso las aplaudimos. El caso de Turquía no es un ejemplo único. Pero ningún ejemplo similar se menciona en el artículo, y es imposible que eso ocurriera. Si usted escribe un artículo sobre el tema, no conseguirá que se lo publiquen, y si lo consigue, nadie lo entenderá, al menos nadie con una buena educación. Y eso es lo importante.

Sí, está mal pasar por alto los crímenes que otros cometen y no hacer nada al respecto, pero es muchísimo más importante mirarnos al espejo, ver qué es lo que estamos haciendo y hacer algo al respecto. Por tanto, sí, en cierto sentido estoy de acuerdo con Dallaire. Me parece que es un problema grave,

pero pequeño en términos de responsabilidad moral o consecuencias humanas.

Dijo usted que como ciudadanos no debemos decirle la verdad al poder sino, por el contrario, decírsela a la gente. ¿No deberíamos hacer ambas cosas? ¿Podría decirnos algo más sobre este tema?

Eso fue una alusión al que quizás es mi único desacuerdo con mis amigos cuáqueros. Por lo general estoy de acuerdo con ellos en toda clase de cuestiones prácticas, pero en lo que respecta a su eslogan de decir la verdad al poder realmente no estoy de acuerdo. En primer lugar, porque el poder ya conoce la verdad. No necesita que se la digamos. En segundo lugar, porque es un desperdicio de tiempo. Además, el poder es la audiencia equivocada. A quien hay que decirle la verdad es a la gente, que tiene la capacidad de desmantelar y derrocar y limitar al poder. Por otro lado, no me gusta la expresión «decir la verdad». No conocemos la verdad. Al menos yo no.

Deberíamos reunirnos con quienes están dispuestos a comprometerse para cambiar el poder, y escucharlos. Con frecuencia saben mucho más que nosotros. Y unirnos a ellos para llevar a cabo las acciones adecuadas. ¿Deberíamos también decir la verdad al poder? Si os apetece, quizás, pero en realidad no le encuentro mucho sentido. No tengo ningún interés en decirle a la gente que rodea a Bush lo que ellos ya saben.

Estoy considerando no pagar mis impuestos para protestar por el hecho de que el gobierno los use para financiar sus acciones militares. ¿Qué piensa usted de eso?

Pues bien, como he dicho antes, nunca confío en mi juicio táctico. Solo para hablar de mi propia experiencia, en 1965, junto con un par de amigos, intenté de hecho organizar un movimiento nacional de desobediencia fiscal. No puedo afirmar que haya tenido un éxito abrumador, no lo tuvo, pero un buen número de nosotros no pagó sus impuestos durante algunos años, en mi caso, cerca de diez años. No sé si eso fue efectivo o no, sencillamente no puedo juzgarlo. Pero sé lo que le pasó a algunos de los participantes.

El gobierno respondió de forma aparentemente aleatoria. En algunos casos, fueron a por las personas. Les quitaron sus casas, sus bienes y demás. En mi caso personal, mi participación consistió sobre todo en enviar cartas apasionadas al Servicio de Recaudación Fiscal (IRS, por sus siglas en inglés), que algún ordenador leía y luego me remitía una carta modelo que no recuerdo qué decía. Dado que yo no tengo en realidad forma de dejar de pagar mis impuestos, pues el fisco puede ir directamente a la fuente de mi salario y cobrarse, eso fue lo que pasó: se cobraron sus impuestos, más una multa. No hicieron nada más. Pero en otros casos, sí.

Qué efecto tuvo eso en la política y qué pasaría si hubie-ra de verdad un movimiento masivo de desobediencia fiscal (algo que nosotros fuimos incapaces de conseguir) son cosas que sencillamente no sé. Es una cuestión táctica compleja, y

no tengo ninguna idea particular al respecto. No confío en mis propios consejos, así que no hay razón para que ustedes lo hagan.

Yo también quiero agradecerle el haber compartido con nosotros su instructiva información acerca de los muchos actos criminales que se han llevado a cabo en nombre de nuestro país. Parece ser que en esta sala hay muchísima gente preocupada por la acción, y a la luz de lo que usted ha dicho esta noche y a la luz de lo que sabemos que está ocurriendo en Afganistán, se me ocurre que una de las acciones que tenemos a nuestro alcance es quizás desinvertir en aquellas compañías que patrocinan la proliferación de armas, que contribuyen a crear y fomentar las tensiones étnicas y a cometer una atrocidad tras otra.

Por tanto, quisiera preguntarle si este tema de la desinversión o la acción en este ámbito se ha discutido en otras partes.

Sí, se discute, se ha discutido y debe discutirse. Es una cuestión de táctica, y no quiero decir con esto que sea una cuestión de menor importancia: es una cuestión enormemente significativa. Son las cuestiones tácticas las que tienen consecuencias humanas. Pero se trata de juicios delicados. Tienes que intentar imaginar cuáles son las consecuencias de llevar a cabo cierta acción en las actuales circunstancias, a quiénes llegarás y cómo te entenderán, si

puede ser la base de un esfuerzo organizativo que vaya más lejos, etc.

Campañas semejantes han tenido éxito en otras ocasiones. En el caso de Sudáfrica, hubo campañas similares, y tuvieron efecto en la política de Estados Unidos. ¿Recordáis cuál era esa política? Esa es una de esas cosas que se esconden bajo la alfombra, así que voy a recordároslo. En 1988, no hace tanto, el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela estaba catalogado oficialmente como una organización terrorista. De hecho, era algo todavía peor. El Departamento de Estado lo consideraba uno de los «grupos terroristas de peor reputación». Por esa misma época, Sudáfrica era considerada un aliado privilegiado. Solo en los años de la administración Reagan, la década de 1980, Sudáfrica asesinó a cerca de un millón y medio de personas en los países vecinos, no en su territorio, y causó daños por cerca de sesenta mil millones de dólares con acciones respaldadas por Estados Unidos y el Reino Unido.

Eso era en 1988. De hecho, en diciembre de 1987 las Naciones Unidas aprobaron una resolución importantísima que condenaba el terrorismo en todas sus formas e invitaba a todos los países del mundo a hacer cuanto estuviera en su poder para erradicar esta terrible plaga. Sin embargo, no se aprobó por unanimidad. Un país se abstuvo, a saber, Honduras, y otros dos votaron en contra, a saber, Estados Unidos e Israel. Cuando Estados Unidos vota en contra de una resolución, esta no aparece en la prensa y desaparece de la historia, que es lo que ocurrió con la principal resolución contra el terrorismo de la ONU.

Y los dos países que votaron negativamente explicaron por

qué lo hicieron. Había un párrafo de la resolución que decía que «nada en la presente resolución puede de ningún modo perjudicar el derecho a la autodeterminación, la libertad y la independencia, según se deriva de la Carta de las Naciones Unidas, de los pueblos privados por la fuerza de ese derecho … en particular los pueblos sometidos a regímenes coloniales y racistas y a la ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial, ni … el derecho de estos pueblos a luchar con este fin y a buscar y recibir apoyo». Tanto Estados Unidos como Israel votaron en contra de eso. Ambos entendieron que la frase «regímenes coloniales y racistas» se refería a Sudáfrica, que era un valioso aliado, mientras que el Congreso Nacional Africano era uno de los «grupos terroristas de peor reputación» del mundo y por tanto, como es obvio, no tenía ningún derecho a luchar contra el *apartheid*. Además, lo de «ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial» se aplicaba a la ocupación militar de Cisjordania y Gaza por parte de Israel, que se mantenía entonces precisamente por la misma razón que se mantiene hoy, la intervención unilateral de Estados Unidos.

Estados Unidos ha estado bloqueando una solución diplomática de la ocupación israelí durante más de treinta y cinco años. El proceso de impedir una solución diplomática tiene un nombre. Se llama «proceso de paz». Proceso de paz es cualquier cosa que Estados Unidos esté haciendo, con mucha frecuencia impedir un acuerdo político, como en este caso. Y en este caso, de forma unilateral. La ocupación israelí no es un régimen agradable, es cruel y brutal; lo ha sido desde el principio y sigue siéndolo. Y por ende Estados Unidos e Israel tenían que votar en contra de lo que estipulaba la

resolución.

Pues bien, esa era la situación en 1988. Al cabo de unos cuantos años, Estados Unidos se vio obligado a cambiar su posición respecto de Sudáfrica. Se vio obligado a ello por acciones populares, incluidas campañas de desinversión; esas campañas en realidad no afectaron demasiado a las empresas, pero tuvieron un enorme efecto simbólico y socavaron las acciones de Estados Unidos. En teoría había un embargo, pero lo cierto es que durante el embargo el comercio entre Estados Unidos y Sudáfrica se incrementó porque nadie estaba prestando atención a lo que sucedía, por las razones que acabo de mencionar. Pero la campaña popular ayudó a cambiar la posición de Estados Unidos. En el otro caso, Israel, los esfuerzos populares todavía no han conseguido obrar ningún cambio, pero podrían hacerlo. Y, de hecho, existen propuestas para campañas de desinversión centradas en la ayuda a Israel y el armamento militar.

Ahora bien, tenéis que entender que, como es obvio, cuando hablamos de los fabricantes de armas, estamos hablando prácticamente de toda la economía de alta tecnología. No podemos separar a los fabricantes de armas del resto. De hecho, si examináis el gasto gubernamental, advertiréis que en los últimos dos o tres años ha aumentado con rapidez el gasto en áreas relacionadas con la biología. Hay una razón para ello. Todos los senadores y representantes del Congreso, no importa cuán de derechas sean (de hecho, los de derechas saben esto mejor que los demás), entienden que lo que se necesita para que la economía funcione es tener un sector público dinámico en el que el pueblo es el que asume los costos y los riesgos y, cuando algo resulta, meterlo en los

bolsillos de las corporaciones. Eso es lo que se denomina libertad de empresa en los cursos de economía. Así es cómo funciona. Y en el futuro la vanguardia de la economía muy probablemente estará en la industria basada en la biología, la biotecnología, la ingeniería genética y demás. Por tanto, cada vez se destina más dinero a la investigación en biología básica y sus aplicaciones con el pretexto de luchar contra el bioterrorismo.

Es importante prestar atención a algunas de las cosas que están sucediendo amparadas en ese pretexto. Por ejemplo, Estados Unidos acaba de destruir un esfuerzo internacional, un esfuerzo de seis años, para intentar establecer un procedimiento de verificación para un tratado contra el bioterrorismo. La administración Clinton se oponía a él, principalmente porque no protegía los intereses comerciales de Estados Unidos, esto es, los intereses de las farmacéuticas y las compañías de biotecnología estadounidenses, pues un sistema de verificación debería poder inspeccionar sus actividades.

Sin embargo, mientras que la administración Clinton se oponía a este esfuerzo, la administración Bush acabó con él. Punto final. Había varias razones para ello. Una es la que acabo de mencionar, pero había otras. Resulta que Estados Unidos puede estar violando los tratados ya existentes contra el bioterrorismo. Una de las formas en que se dice que está haciéndolo es mediante la ingeniería genética. Al parecer, existe un proyecto para crear mediante ingeniería genética cepas de ántrax resistentes a las vacunas. Los microbiólogos consideran eso un escenario de pesadilla: la creación de cepas resistentes a cualquier vacuna o tratamiento. Siempre se ha

dado por sentado que algo así está prohibido, pero al parecer Estados Unidos ha estado haciéndolo, y existen un par de proyectos de naturaleza similar. Y eso es lo que está ocurriendo con el pretexto de protegernos contra el bioterrorismo.

Pero lo que sin duda continuará es el desarrollo de investigaciones científicas y tecnológicas que permitan a Estados Unidos dominar la futura industria basada en la biología. Por tanto, cuando se habla de ir a por los fabricantes de armas, en realidad estamos hablando de una categoría muy amplia.

Quizás podríamos seleccionar unas cuantas compañías representativas, cuatro o cinco, de cada uno de los principales sectores.

Tiene razón. Quiero decir, es clave entender que estos son gestos simbólicos, lo que no los hace irrelevantes. Son gestos simbólicos, pero en extremo importantes. Y pueden ser importantísimos si se los usa como un mecanismo para educar y organizarse. Eso es muy importante. Por tanto, no debemos ilusionarnos con que vamos a obligar a los fabricantes de armas a echar el cierre, es obvio que no vamos a hacerlo ya que eso significaría echar el cierre a la economía. Pero este esfuerzo es muy importante, igual que en el caso de Sudáfrica, porque es una forma de organizar y educar, y eso puede tener grandes efectos. En apenas un par de años la gente consiguió cambiar la política de Estados Unidos en

relación a Sudáfrica.

ESTADOS UNIDOS EN EL MUNDO

Fragmentos de una sesión de preguntas y respuestas patrocinada por Estudiantes por la Justicia en Palestina y celebrada en la Universidad de California en Berkeley, el 19 de marzo de 2002.

PREGUNTA: *La siguiente pregunta es una muy popular: ¿Cómo explica el reciente giro de la política estadounidense en apoyo de Palestina y la creación de un Estado palestino?*

CHOMSKY: Lo explico de la misma forma que explico el giro de la política estadounidense para desmantelar su aparato militar y entregárselo a Andorra. Dado que nada de eso ha ocurrido, no hay nada que explicar. No ha habido ningún giro en la política en absoluto. Es una completa farsa. Lo que ocurre es que Dick Cheney está recorriendo Oriente Próximo intentando reunir apoyos para la guerra contra Irak que se avecina, lo que es muy difícil porque nadie quiere una guerra. De hecho, la mayoría detesta la idea.

Uno de los problemas son los tanques israelíes en Ramala.

Recordad: siempre que leáis sobre tanques israelíes y helicópteros israelíes, debéis traducir mentalmente «helicópteros estadounidenses, tanques estadounidenses y aviones estadounidenses, enviados a Israel con la certeza absoluta de para qué se los utilizará». Da la casualidad de que quienes vuelan esos helicópteros son pilotos israelíes, pero, insisto, se trata de nosotros; en el caso de los tanques porque subsidiamos su fabricación de forma sustancial, y en el caso de los helicópteros porque los fabricamos.

Estas son en realidad fuerzas militares estadounidenses. Israel es en este momento casi una base militar estadounidense en ultramar. Y las acciones que emprende son acciones que Estados Unidos autoriza o fomenta. Si los israelíes van un milímetro más allá de lo que Estados Unidos quiere, una voz suave desde Washington les dice «Ya está», y ellos retroceden. Fuimos testigos de ello hace apenas unos pocos días, cuando esa voz suave con sede en Washington dijo «Sacad los tanques y las fuerzas armadas de las ciudades palestinas, porque eso está fastidiando la misión de Dick Cheney». Y los israelíes de inmediato se retiraron. Al instante. Porque así es cómo funcionan las cosas en la mafia. Si el padrino da una orden, los subordinados obedecen sin ponerse a tontear.

Eso ha ocurrido una y otra vez. Por tanto, cuando se habla de atrocidades israelíes o atrocidades turcas, deberíamos decir atrocidades estadounidenses, porque es de Estados Unidos de donde provienen. Y lo mismo ocurre en Colombia.

Por tanto, el giro en la política estadounidense sobre Palestina consistió en pedir a Israel que suspendiera las peores atrocidades mientras Cheney estuviera de visita en

Oriente Próximo, pues eso estaba estropeando su misión. El hecho de que, por primera vez en veinticinco años, Estados Unidos patrocinara una resolución sobre Israel en el Consejo de Seguridad de la ONU ha causado gran entusiasmo. Sin embargo, no se ha prestado suficiente atención a lo que esa resolución dice.

Lo que la resolución dice es que el mundo concibe dos Estados en la región, Israel y cierto Estado palestino, quizás lejos, en Arabia Saudita, en alguna parte del desierto, y que esa es su visión para el futuro. Lo que eso significa es que la resolución no llega ni siquiera al nivel de Sudáfrica durante los peores días del *apartheid*.

Durante los peores días del *apartheid*, hace cuarenta años, Sudáfrica no solo tenía una «visión» de unos Estados negros, los estableció y, de hecho, invirtió recursos en ellos. Porque se tenía la esperanza de que se desarrollaran lo suficiente y el mundo los reconociera. Y eso en el peor período del *apartheid*, a comienzos de la década de 1960.

Pues bien, la visión para Palestina que Estados Unidos ofrece al mundo ni siquiera llega a ese nivel. No obstante, se espera que estemos entusiasmados por ella, pues lo que se espera de nosotros es que cantemos hosannas a nuestros líderes sin importar qué hagan. Eso, insisto, forma parte de la buena educación.

Sin embargo, lo que Estados Unidos ha estado haciendo en realidad es socavar un acuerdo diplomático. Estados Unidos sigue manteniendo una oposición unilateral a cualquier acuerdo diplomático, y lo ha estado haciendo durante veinticinco años. Uno tras otro, los presidentes estadounidenses han bloqueado en solitario un consenso

internacional muy amplio para una solución política que incluye a prácticamente todo el mundo. Y eso es lo que continúan haciendo hoy. Más aún, el gobierno estadounidense sigue negándose a permitir que se adopten las medidas más elementales para reducir el nivel de violencia en la zona.

Esta pregunta es de la Unión de Estudiantes Afganos: ¿cuáles son los objetivos de Estados Unidos en Afganistán a propósito de la selección y mantenimiento del nuevo gobierno?

Como todas las preguntas acerca de qué hará Estados Unidos, se trata de algo que nosotros tenemos que decidir. El nuevo gobierno, como la Unión de Estudiantes Afganos sin duda sabe, fue seleccionado por Estados Unidos. Quizás fue una buena elección, quizás no. Pero Hamid Karzai era el candidato de Estados Unidos y, de hecho, fue el candidato que se le impuso a todos los afganos les gustara o no.

En mi opinión, Estados Unidos y Rusia deberían hacer más: no deberían estar dando ayuda a Afganistán, deberían estar pagando reparaciones.

Fueron esos dos países los que destruyeron y arrasaron Afganistán en los últimos veinte años, y cuando un país hace eso, debe pagar reparaciones, no dar ayuda. Y se lleva a juicio a los responsables de los crímenes cometidos. Eso es lo que debería estar pasando. Pero, por supuesto, no pasará. Lo que podemos esperar, en el mejor de los casos, es que hagan algo para intentar reparar la devastación que causaron.

Por desgracia, hagan lo que hagan, lo harán animados por razones cínicas cada uno. A menos que podamos presionar al gobierno estadounidense, no ocurrirá nada más esperanzador. Hay sectores en Estados Unidos que piensan que el país ni siquiera debería hacer eso. Un ejemplo de ello es la revista *New Republic*, considerada la principal publicación del liberalismo estadounidense, que sostiene que Estados Unidos debería sencillamente aplastar Afganistán y dejar el país en ruinas, ya que debemos superar nuestra «obsesión por construir naciones» (5 de noviembre de 2001). Una vez Afganistán no sea ya un problema para nosotros, debemos dejarlo en ruinas e irnos a otra parte. Pues bien, esa es una de las voces de los intelectuales liberales. Por suerte, no todos se elevan tan alto y creen que deberíamos hacer algo.

Ahora bien, ¿qué hará Estados Unidos? Como todas las preguntas de este tipo, la respuesta depende de las presiones que haya en el interior del país. Ninguna de estas cuestiones está grabada en piedra. Depende de lo que haga la gente.

Un profesor visitante procedente de Hungría pregunta: ¿no cree usted que en gran medida simplifica todas las cuestiones al presentar a Estados Unidos como un país que actúa en todas partes como un imperio del mal?

¿Simplifico todas las cuestiones si digo que «Estados Unidos actúa en todas partes como un imperio del mal»? Sí, por supuesto, eso ciertamente es simplificar en exceso las cosas. Y es por ello que insisto en que Estados Unidos se

comporta como cualquier otra potencia. Ocurre solo que Estados Unidos es más poderoso, así que, como sería de esperar, es más violento. Pero, sí, todas las demás potencias son iguales. Y cuando los británicos eran los que dominaban el mundo, hacían las mismas cosas.

Tomemos el ejemplo de los kurdos. ¿Qué hicieron los británicos con los kurdos? He aquí una pequeña lección de historia que no se enseña en las escuelas inglesas, pero que conocemos gracias a documentos desclasificados. El Reino Unido había sido la potencia dominante del mundo, pero la primera guerra mundial debilitó su poderío. Cuando se examinan los documentos internos secretos, se descubre que después de la guerra los británicos estuvieron debatiendo cómo iban a continuar gobernando Asia ahora que no tenían fuerzas militares suficientes para ocuparla realmente.

La propuesta era optar por el poderío aéreo. La fuerza aérea era entonces algo incipiente, surgido a finales de la primera guerra mundial. Y la idea era usar la fuerza aérea para atacar a la población civil. Se les ocurrió que sería una buena forma de reducir costos de aplastar a los bárbaros. Winston Churchill, que entonces era ministro para las colonias, pensó que eso no era suficiente. Recibió una petición del mando de la fuerza aérea en El Cairo solicitándole autorización para usar gas venenoso, y aquí cito textualmente, «contra los árabes recalcitrantes». Los árabes recalcitrantes de los que estaban hablando eran en realidad kurdos y afganos, no árabes, pero, como sabéis, de acuerdo con las normas racistas, todo aquel al que se quiere matar es un árabe. Así que la cuestión era: ¿Debemos usar gas venenoso? Tened presente que estamos en tiempos de la primera guerra mundial: el gas venenoso era

entonces lo último en atrocidades. Era lo peor que alguien podía imaginar.

Pues bien, este documento circuló por el Imperio británico. El Ministerio de la India se oponía, pues consideraba que el uso de gas venenoso contra los kurdos y los afganos podía causar problemas en la India, donde ya tenían bastantes problemas. Habría levantamientos, la gente se pondría furiosa, etc. En Inglaterra no iba a importarle a nadie, por supuesto, pero en la India sí. Esto indignó a Churchill, que dijo:

> No entiendo estos escrúpulos respecto al uso de gas … estoy totalmente a favor del uso de gas venenoso contra las tribus incivilizadas … No hay necesidad de usar los gases más letales; pueden emplearse gases que causen grandes inconvenientes y propaguen un terror intenso sin causar efectos permanentes graves en la mayoría de los afectados … No podemos consentir bajo ninguna circunstancia que no se utilice cualquier arma disponible para conseguir terminar con rapidez el desorden que prevalece en la frontera.
>
> Eso salvará vidas británicas. Usaremos todos los medios que la ciencia ponga a nuestro alcance.

Pues bien, esa es la forma de lidiar con los kurdos y los afganos cuando eres británico. ¿Qué pasó después de eso? Pues lo cierto es que no lo sabemos con exactitud. Y la razón por la que no lo sabemos con exactitud es que hace diez años el gobierno británico instituyó lo que se denominó una política de «apertura gubernamental» para hacer más transparente su funcionamiento, ya sabéis, para fomentar la democracia y que la población sepa lo que hace su gobierno. Y el primer acto de esta política de apertura gubernamental fue sacar de los Archivos Nacionales (y, posiblemente, destruir) todos los documentos relacionados con el uso de la fuerza aérea y el gas venenoso contra los árabes recalcitrantes, es decir, contra los kurdos y los afganos. De modo que tenemos la fortuna de no tener que saber con exactitud cuál

fue el resultado de este pequeño ejercicio churchilliano.

Los británicos, en cualquier caso, se salieron con la suya. Hubo muchos tratados de desarme en esa época. En esos años, después de la primera guerra mundial, se hicieron muchos esfuerzos para reducir la guerra y demás. Los británicos consiguieron minar todo intento de prohibir el uso del poderío aéreo contra la población civil. Los grandes estadistas británicos estaban muy satisfechos con este éxito. En 1932, en un documento interno, ese famoso y honorable estadista que fue Lloyd George elogió al gobierno por haber logrado, una vez más, bloquear cualquier límite para el uso de la fuerza aérea: «insistimos en reservarnos el derecho de bombardear a los negratas», dijo. Sí, así se hace. Y ese es el Reino Unido, la otra gran democracia.

Y el resultado sería el mismo si nos ocupáramos de cualquier otro país. Por tanto, sin duda sería un error describir a Estados Unidos como el imperio del mal. Sencillamente da la casualidad que desde 1945 es la mayor potencia del mundo. E incluso antes de esa fecha, en las regiones a su alcance, no fue precisamente amable. A fin de cuentas es por esa razón que estamos hablando aquí, en California. Aquí vivían antes otras personas, muchísimas otras personas, que por alguna razón ya no están por aquí. Y no fue porque les diéramos caramelos. Eso lo sabéis muy bien. Y también sabéis por qué la frontera entre Estados Unidos y México está dónde está. Y sabéis también por qué un par de cientos de miles de filipinos murieron hace un siglo cuando «cristianizamos» y «civilizamos» las Filipinas. Y no voy a referirme a lo que estaba pasando entonces en el Caribe.

En fin, incluso antes de que Estados Unidos se convirtiera

en la mayor potencia del mundo, su historial era como el de cualquier otra potencia. E igualmente podríamos hablar de los belgas o los alemanes o los franceses. Los franceses, en palabras del ministro de Guerra, estaban comprometidos con «el exterminio de la población nativa» de Argelia. Eso formaba parte de su misión civilizadora y cristiana. Así funciona.

Por tanto, sí, sería un error llamar a Estados Unidos el imperio del mal, y esa es la razón por la que nunca lo hago.

¿Qué opina de la intervención estadounidense en la antigua Yugoslavia? ¿Fue otra forma de imperialismo o fue una intervención humanitaria y justificada?

Bueno, la historia de esa intervención es larga, y la política de Estados Unidos cambió por completo con el paso del tiempo. En un comienzo, Estados Unidos era el más firme partidario de la Yugoslavia unificada. Esa era su postura hace aproximadamente diez años. Cuando Eslovenia y Croacia abandonaron la federación yugoslava en 1991, Alemania las reconoció con rapidez para reafirmar sus propios intereses en la región, pero sin preocuparse en absoluto por los derechos de la minoría serbia, lo que era una garantía para el desastre. Estados Unidos, en cambio, se opuso a ello.

Finalmente, sin embargo, las grandes potencias hicieron sus distintas jugadas y Estados Unidos decidió que Bosnia era su ficha en el tablero. Bloqueó un acuerdo de paz que podría haber funcionado, el plan Vance-Owen, desarrollado por el ex

secretario de Estado estadounidense Cyrus Vance y David Owen por el Reino Unido. El plan tenía abundantes problemas, pero si lo miráis, veréis que no difiere demasiado de cómo terminaron las cosas después de años de matanzas.

Estados Unidos presionó al gobierno bosnio, que entonces era su peón, para que no aceptara el plan. Como era predecible, esto se tradujo en atrocidades espantosas durante los dos años siguientes. Por último, Estados Unidos intervino y, el resto de la historia ya lo conoce, impuso el acuerdo de Dayton en 1995. No veo cómo podemos llamar a todo esto intervención humanitaria. Podemos decidir si los movimientos particulares fueron acertados o equivocados. Pero el aspecto humanitario brillaba por su ausencia. Y en Kosovo fue todavía peor. Tenemos muchos documentos al respecto. Y la literatura sobre los bombardeos es muy abundante. Esta tiene algunas características muy interesantes. La primera es que es en extremo entusiasta: «una nueva era en la historia humana», una era de «intervención humanitaria», etc. Esa es una característica, montones de autobombo. Otra característica es que ignora con aplicación el riquísimo material procedente del Departamento de Estado, la Otan, los europeos, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, la Misión de Verificación de Kosovo, la ONU y los gobiernos involucrados. La documentación proporcionada por ellos, por Occidente, sobre lo que realmente estaba pasando es riquísima.

Esto se ignora por completo en la literatura. Echad un vistazo. Hasta donde sé, los únicos libros que se ocupan de esa documentación, que es riquísima, son mis propios libros, *El*

nuevo humanismo militar y *Una nueva generación dicta las reglas*. Y he aquí lo que dicen los documentos, dicen que la situación era bastante fea, sin discusión. No como Turquía, pero sí bastante fea. El miembro más belicoso de la coalición occidental era el Reino Unido. Los británicos eran realmente los más entusiasmados con la idea de los bombardeos.

Hacia enero de 1999, esto es, dos meses antes de los bombardeos, el gobierno británico atribuía la mayoría de las atrocidades a los guerrilleros del Ejército de Liberación de Kosovo (ELK), de los que decían, como lo hacía la documentación de la OTAN, que cruzaban la frontera para cometer atrocidades contra los serbios con el fin de provocar una respuesta desproporcionada de su parte, que pudieran usar para recabar apoyos en Occidente. Esa era la posición del gobierno británico.

Y esto, a propósito, era lo que se decía por la época de la masacre de Racak, que según la doctrina oficial fue la que cambió la opinión de Occidente. Los británicos seguían entonces diciendo que la mayoría de las atrocidades se atribuían al ELK, al que ellos consideraban, igual que los estadounidenses, una fuerza terrorista. Sabemos gracias al resto de la documentación que no hubo ningún cambio sustancial durante los siguientes dos meses. Mírese la documentación del Departamento de Estado y demás. Básicamente nada cambió en los siguientes dos meses. Hasta la época de la retirada de los observadores en preparación de los bombardeos.

Después de que comenzaron los bombardeos, las atrocidades aumentaron de forma espectacular. Si echáis un vistazo al juicio que actualmente está teniendo lugar en La

Haya, advertiréis que las atrocidades que están siendo juzgadas se cometieron después de los bombardeos. Una vez que los bombardeos empezaron y existía la amenaza de una invasión, entonces empezaron los desalojos y las atrocidades de toda clase. No antes: después. Decir que el regreso de los refugiados a sus hogares es un gran logro significa pasar por alto que las expulsiones se produjeron después de los bombardeos. Independientemente de lo que se piense acerca de su retorno, es difícil presentarlo como consecuencia de un esfuerzo humanitario.

Esos son los hechos, y no voy a ahondar en el tema. En cualquier caso, insisto, se piense lo que se piense al respecto, haya sido buena o mala, la intervención carecía de intención humanitaria. Nada. Su propósito era algún otro.

En los últimos meses, fuentes de información dominantes como la CNN, el San Francisco Chronicle, etc., han empezado a discutir la opresión en Israel y el genocidio que las sanciones están causando en Irak. ¿Cree que el 11-S ha empezado a abrir grietas en los medios de comunicación dominantes?

No veo la CNN, así que no puedo opinar al respecto. Ahora bien, tengo que reconocer que en noviembre de 2001 estuve sometido a la CNN durante un mes. Mi esposa y yo estábamos en la India, donde es muy difícil encontrar periódicos internacionales, así que tuvimos que ver la CNN, esa tortura, todas las noches. Pero no advertí nada de lo que me está diciendo. Dado que no suelo verla habitualmente, no

puedo decir si siempre es así, pero lo que vi me pareció patrioterismo tontorrón. Ahora bien, a juzgar por lo que leo, la prensa escrita, no advierto ningún cambio. No he visto ninguna discusión del efecto de las sanciones o de la política israelí, excepto cuando esto interfiere con la que Estados Unidos hace.

Así, por ejemplo, se objetaron ciertas acciones recientes que interferían con la misión de Cheney. Se plantearon objeciones, sí, pero entre tanto las atrocidades escalaron con el respaldo de Estados Unidos, que continúa proporcionando a Israel apoyo militar y diplomático. Continúa impidiendo un acuerdo diplomático, igual que había hecho durante la administración Clinton. Ya mencioné lo ocurrido con las resoluciones de la ONU, pero hay casos incluso peores.

Permitidme mencionar otro más. Como debéis saber, inmediatamente después de la segunda guerra mundial, se acordaron los Convenios de Ginebra para criminalizar de manera formal las atrocidades cometidas por los nazis. Eso son los Convenios de Ginebra. Los más solemnes tratados obligan a las altas partes contratantes, entre las que se encuentra Estados Unidos, a respetar el acuerdo. Esa es su responsabilidad. Si Estados Unidos no lo respeta, está cometiendo un crimen. La IV Convención de Ginebra se aplica a los territorios bajo ocupación militar. ¿Se aplica a los territorios ocupados por Israel? El mundo está dividido al respecto. El mundo entero dice que sí. Israel dice que no. Y Estados Unidos, desde Clinton, se abstiene. Antes de ello, el país adoptaba la que es la posición prácticamente unánime del mundo. Se abstiene porque no quiere manifestarse en contra de un principio clave del derecho internacional, en

particular dada la circunstancia en que se promulgó, a saber, para condenar los crímenes nazis. De modo que Estados Unidos se abstiene. Esa abstención manda la convención al traste, lo que significa que aquí no se informa al respecto. Es como si se hubiera desvanecido de la historia, pero sigue ahí.

Por ejemplo, en octubre de 2000, inmediatamente después del comienzo de la segunda intifada, el Consejo de Seguridad volvió a votar que los Convenios de Ginebra tienen aplicación en los territorios ocupados por Israel. La votación fue de catorce votos a favor y ninguno en contra. Estados Unidos se abstuvo. Eso la convierte en ley internacional. Los Convenios de Ginebra consideran ilegal prácticamente todo lo que hacen Estados Unidos e Israel en los territorios ocupados. Los asentamientos, las tropas, todo es ilegal. Esa es la política real. El cambio que la gente cree estar viendo es, en mi opinión, una ilusión. Lo que cuenta es la política real, y hasta que esa política no cambie, todo seguirá igual.

¿Cómo y por qué cree usted que los medios de comunicación representaron a los musulmanes como lo hicieron después de los ataques del 11 de septiembre?

En realidad, fue mejor de lo que esperaba. Hubo un intento, probablemente sincero, de distinguir las atrocidades de los musulmanes en general. Hay que darle el crédito a quien se lo merece. No estigmatizaron a los musulmanes de la forma en que habrían podido hacerlo. En Estados Unidos abunda el racismo contra los árabes y los musulmanes. Es

algo así como la última forma de racismo legítima, legítima en el sentido de que no tienes que negarla. Pero no creo que aumentara de manera notable después del 11 de septiembre. De hecho, hubo esfuerzos encaminados a aplacar las posibles interpretaciones racistas.

El presidente Bush recientemente señaló a Irán como uno de los países que forman el «eje del mal» y amenazó con tomar medidas militares. ¿Qué tan real es la posibilidad de un ataque contra Irán?

La expresión «eje del mal» es un invento de quienes le escriben los discursos a Bush. La elección de la palabra «mal» es obvia, si quieres asustar a la gente, entonces hablas del mal. La palabra «eje», por su parte, debería evocar el recuerdo de los nazis y demás. En realidad, es indudable que estos países no forman ningún eje. Irán e Irak han estado en guerra durante veinte años. Corea del Norte tiene menos relación con uno y otro que Francia. Así que no existe ningún eje. A Corea del Norte probablemente se la incluyó por una razón, porque es un blanco fácil. Si te apetece bombardearla, nadie va a oponerse. Además, no es un país musulmán, lo que te permite descartar la idea de que vas a por los musulmanes. De modo que vamos a dejar a un lado a Corea del Norte.

¿Qué podemos decir de Irán? Echemos un vistazo a la historia. A lo largo de los últimos cincuenta años, Irán ha sido en ocasiones «malo» y en ocasiones «bueno». Si presta atención a esa trayectoria, tendrá la respuesta a su pregunta.

En 1953, Irán era un país malo, la encarnación del mal. ¿Por qué? Porque tenía un gobierno electo, de carácter conservador y nacionalista, que estaba intentando hacerse con el control de sus propios recursos, hasta entonces gestionados por los británicos. Eso lo convertía en la encarnación del mal. Había que derrocar al gobierno, lo que se hizo mediante un golpe militar con el auspicio de Estados Unidos y el Reino Unido. Se reinstaló al shah.

Entonces, y durante veintiséis años, Irán fue un país bueno. El gobierno del shah acumuló uno de los peores historiales de violaciones de los derechos humanos del mundo. Si leéis los informes de Amnistía Internacional, veréis que se lo consideraba el peor de todos. Pero el shah favorecía los intereses de Estados Unidos. Capturó islas pertenecientes a Arabia Saudita, contribuyó al control de la región y apoyó a Estados Unidos en todo. Y era bueno. Si leéis la prensa de la época, no encontraréis ningún comentario sobre los crímenes cometidos por el gobierno iraní. El presidente Carter, en particular, era un admirador del shah. Justo un par de meses antes de que fuera derrocado, el presidente estadounidense manifestó cuán impresionado estaba por el «gobierno progresista» del shah.

En 1979, Irán volvió a ser malo. El país se sacó de encima el sistema imperial y desde entonces ha sido malo y no ha querido cumplir órdenes. De hecho, esta es una situación muy interesante, pues aquí tenemos un caso en el que un grupo de presión estadounidense realmente poderoso, el del petróleo y las compañías energéticas, quiere algo, a saber, reintegrar a Irán en el sistema mundial, que el gobierno no está dispuesto a permitir. El gobierno quiere que Irán sea un

enemigo.

Uno de los resultados de todo este discurso sobre el «eje del mal» fue que socavó la labor de los sectores reformistas de Irán, que cuentan con el respaldo de la mayoría de la población, y estimuló a los sectores religiosos más reaccionarios. Sin embargo, todo eso se consideró positivo y tenemos que preguntarnos por qué.

Mi sospecha (esto es especulación, pues no tenemos las pruebas documentales) es que la razón es la habitual. Se denomina «reafirmar la credibilidad». Cualquier capo de la mafia lo sabe muy bien. Si alguien traspasa la línea, tiene que ser castigado. Hay que enseñar a los demás que su comportamiento es intolerable. Esa fue la principal razón oficial para el bombardeo de Serbia y Kosovo, «reafirmar la credibilidad de la OTAN». No puedes traspasar la línea. Obedeces o lo pagas.

Mi sospecha es que ese es el principal motivo para la política actual. No creo que Estados Unidos vaya a atacar a Irán. Sería demasiado peligroso y costoso, pero mientras los sectores religiosos más reaccionarios mantengan el poder, Irán no podrá integrarse en el sistema internacional.

En cambio, es de suponer que se ataque a Irak, una operación muy complicada de planear. Las razones para invadir Irak, podéis estar absolutamente seguros, no tienen ninguna relación con las declaraciones oficiales. Eso ni siquiera está en discusión. No decir una palabra al respecto es otro servicio que las clases educadas prestan al gobierno. Por supuesto, todos ellos lo saben.

Cuando uno lee a George Bush, Tony Blair, Bill Clinton y

el resto, descubre que todos dicen lo mismo: «Tenemos que ir a por Saddam Hussein, este tío es un monstruo tan malvado que incluso fue capaz de usar armas químicas contra su propio pueblo. ¿Cómo podemos dejar que alguien así se salga con la suya?».

Y eso es cierto. Saddam Hussein utilizó armas químicas contra su propio pueblo, pero hay algo que falta en la frase: «con la ayuda y el respaldo de papá Bush», que consideró que no había problema. Bush continuó proporcionando ayuda y apoyo al monstruo, y lo mismo hizo el Reino Unido. Mucho después de que Saddam hubiera cometido sus peores atrocidades, incluido el gasear a los kurdos, Estados Unidos y el Reino Unido seguían encantados de poder proporcionarle ayuda y apoyo, incluida la ayuda que le permitiera desarrollar armas de destrucción masiva, algo que sabían perfectamente.

En esa época Saddam era muchísimo más peligroso de lo que es hoy. Irak era entonces un Estado mucho más poderoso. Y no se pensaba que hubiera ningún problema con ello. De hecho, a comienzos de la década de 1990, un par de meses antes de la invasión de Kuwait, el primer Bush envió a Irak una delegación de alto nivel del Senado, encabezada por Bob Dole, que más tarde sería candidato a la presidencia por el Partido Republicano, para transmitir sus felicitaciones a su amigo Saddam Hussein. Los senadores le dijeron cuánto apreciaba el presidente Bush sus grandes contribuciones y le pidieron pasar por alto los ocasionales comentarios críticos que aparecían en la prensa estadounidense.

Aquí tenemos esta cosa que se llama libertad de prensa y de vez en cuando alguien traspasa la línea, y quizás uno de cada cinco mil corresponsales tenía unos cuantos comentarios que

hacer acerca de los crímenes cometidos por Saddam Hussein, pero los senadores le informaron de que no debía prestarles atención. Asimismo, se le dijo que se despediría al comentarista crítico de la Voz de América [el servicio de radio y televisión internacional del gobierno estadounidense] para que no tuviera la desagradable experiencia de tener que oír hablar de las cosas malas que hacía. Y eso fue un par de meses antes de que se convirtiera en la «Bestia de Bagdad» y se lanzara a la conquista del mundo, etc., etc.

Sabemos que sus crímenes no son la razón para la invasión que actualmente se está planeando. Y tampoco lo es su desarrollo de armas de destrucción masiva.

Ahora bien, si esas no son las razones, ¿cuáles son? Bueno, las razones son bastante obvias. Irak posee las segundas reservas de petróleo más grandes del mundo después de Arabia Saudita. Todo este tiempo ha sido bastante obvio que de una u otra forma Estados Unidos terminaría haciendo algo para recuperar el control de esos recursos inmensos, mucho mayores que las reservas del mar Caspio. Y es indudable que Estados Unidos planea negar esos recursos a sus adversarios. En este momento, Francia y Rusia tienen una posición ventajosa para hacerse con ellos y Estados Unidos está buscando el modo de arrebatárselos.

La cuestión es cómo hacerlo. La operación, como he dicho, es muy complicada. Hay montones de problemas técnicos, empezando por el de cómo llevarla a cabo con exactitud. Eso es lo que se está discutiendo. Pero esos son problemas menores. El verdadero problema es que habrá que imponer un nuevo régimen y que ese nuevo régimen no puede ser en absoluto democrático.

Existe una razón para ello. Si el nuevo régimen incluye algún componente democrático, la población tendrá algo de voz en lo que está ocurriendo. En eso consiste la democracia. Dar a la población al menos un mínimo de voz. Pero el problema es que la mayoría de la población iraquí es chiita, lo que significa que si se le concede algo de voz, se manifestará a favor de entablar relaciones con Irán, que es lo último que el gobierno de Estados Unidos quiere. Podríamos examinar las razones para eso, pero es evidente que es algo que Estados Unidos no quiere. Además, los kurdos del norte del país, que constituyen otra parte importante de la población, están buscando cierto tipo de autonomía, y Turquía se pondrá como loca si eso ocurre, y Estados Unidos también.

Por tanto, se necesita imponer un cambio de régimen que recree con exactitud algunas características del de Saddam Hussein, un régimen suní, de corte militar, capaz de controlar a la población. Y esto, además, es algo completamente explícito. Como recordaréis, en marzo de 1991, inmediatamente después de la guerra del Golfo, cuando Estados Unidos tenía el control total de la zona, hubo una rebelión chiita en el sur, una gran rebelión, con la participación incluso de generales rebeldes. Los rebeldes no solicitaron ayuda a Estados Unidos. Lo máximo que pidieron fue que se les permitiera acceder a los equipos capturados al ejército iraquí. George Bush I tenía otra idea y autorizó a su amigo Saddam Hussein a utilizar su fuerza aérea para aplastar la resistencia chiita.

Más tarde el general Norman Schwarzkopf diría que los iraquíes le engañaron cuando los autorizó a usar su aviación. No se dio cuenta de que al autorizarlos a usar sus aviones

militares, los iraquíes iban a usarlos de verdad. Así que todo fue un engaño. Lo que demuestra realmente cuán horrible es Hussein. Te engaña todo el tiempo. Fue por eso que pudo utilizar sus aviones militares para aplastar a los chiitas en el sur y los kurdos en el norte.

En esa época, Thomas Friedman, que era el corresponsal diplomático del *New York Times* («corresponsal diplomático» quiere decir «portavoz del Departamento de Estado en el *New York Times*») y, por tanto, el encargado de defender la postura oficial, fue bastante franco al respecto. Dijo que el mejor de los mundos posibles para Estados Unidos sería «una junta militar con puño de hierro» que gobernara Irak de la misma forma que lo hacía Saddam Hussein, pero con un nombre distinto, porque Saddam Hussein se había convertido para entonces en una vergüenza. Y si no podemos conseguir eso, entonces tendremos que contentarnos con la segunda mejor opción. Pero ese era el mejor de los mundos posibles, y ese es el mundo que ahora se está intentando conseguir. Es por eso que la CIA y el Departamento de Estado están buscando reunirse con los generales iraquíes que desertaron en la década de 1990.

Eso no va a ser sencillo de organizar, pero es probable que sea lo que se está planeando.

CUARTA PARTE

LA ERA OBAMA

LAS ELECCIONES ESTADOUNIDENSES E IRAK[6]

En marzo de 2008 Stephen Shalom entrevistó a Noam Chomsky acerca del futuro de la política estadounidense en Oriente Próximo bajo un nuevo gobierno.

SHALOM: *Los ocho largos años del gobierno de George W. Bush están llegando a su fin. El próximo presidente de Estados Unidos podría muy bien ser un demócrata. ¿En qué se diferenciaría la política para Oriente Próximo de Estados Unidos bajo una administración demócrata?*

CHOMSKY: La respuesta breve es que en realidad no lo sabemos y solo podemos especular al respecto. Esto se debe a la forma en que las elecciones están diseñadas, un tema que abordo en mi libro *Estados peligrosos*. Ciertas cuestiones se marginan, un reflejo del desagrado que la democracia inspira a la elite en general y el temor que esta tiene a sus consecuencias. Esta inquietud se ve subrayada por el hecho de que en una buena cantidad de cuestiones importantes, ambos partidos se encuentran a la derecha del electorado, que tiende

a tener posiciones consistentes y coherentes a lo largo del tiempo.[7]

Las campañas electorales actuales siguen la pauta usual, y por tanto no permiten tener claridad sobre la posición de los candidatos acerca de temas cruciales. Ha habido una avalancha de retórica en gran medida vacua cuyos términos favoritos son «cambio», «esperanza», «unidad», «experiencia» y unos pocos más. Es posible investigar las páginas web de los candidatos, donde hay ciertas declaraciones acerca de sus planes. Pero lo habitual es que no sean muy específicas, y su relevancia es discutible. Lo que más importa es lo que los candidatos y los gerentes de campaña subrayen de forma prominente y con insistencia, no unas palabras puestas en Internet que pueden ser interpretadas de diversas maneras e ignoradas a voluntad. Además, no es inusual que una vez elegidos los candidatos lleguen incluso a abandonar promesas explícitas que tuvieron un lugar destacado durante la campaña. Clinton, por ejemplo, «puso la necesidad de una asistencia sanitaria universal en el centro de su campaña», nos recuerda Vicente Navarro. «Pero una vez llegó a la presidencia, su cercanía con Wall Street y su dependencia intelectual de Robert Rubin, una figura ligada a Wall Street que se convertiría en su primer secretario del Tesoro, le hicieron recelar de enfrentarse a la industria de los seguros», de modo que renunció a un programa que durante mucho tiempo ha gozado del favor de una gran mayoría de la población.[8]

El pasado 5 de febrero, que fue un «súper martes», día en que se celebran muchas primarias cruciales, el *Wall Street Journal* publicó una noticia importante con el siguiente

titular: «Los problema pasan a un segundo plano en las elecciones de 2008: los votantes se concentran en la personalidad; los candidatos imponen su estilo y evitan las grandes ideas; "la gente está cansada de la parálisis partidista"». La noticia es en gran medida correcta, pero no en su totalidad. En primer lugar, los problemas difícilmente pueden pasar a un segundo plano cuando, para empezar, nunca han estado en un primer plano. En segundo lugar, aunque puede ser que «los votantes se concentran en la personalidad», lo cierto es que apenas tienen opción cuando «los candidatos imponen su estilo y evitan las grandes ideas». Y si bien es indudable que «la gente» está irritada porque el gobierno no atiende a sus intereses (como los sondeos de opinión muestran con regularidad), eso difícilmente indica que haya renunciado a esos intereses.[9]

Las desviaciones ocasionales de esta pauta revelan mucho acerca de la «democracia realmente existente» y, asimismo, nos ofrecen algún indicio de qué podría redundar en un cambio en la política sobre Oriente Próximo. El cambio más espectacular de 2004 a 2008 ha estado relacionado con la asistencia sanitaria, que durante mucho tiempo ha sido una de las principales preocupaciones de los estadounidenses. No es nada sorprendente: el gasto per cápita es el doble que en otras sociedades industrializadas, y los resultados sanitarios se encuentran entre los peores del mundo desarrollado, en ciertos aspectos apenas por encima de los estándares del Tercer Mundo. Cuarenta y siete millones de personas no tienen cobertura médica más allá de las salas de urgencias, la forma más cruel (y costosa) de asistencia sanitaria garantizada. Muchos otros tienen una cobertura insuficiente,

lo que es una de las principales causas de bancarrota para las familias. Navarro observa que «casi el 40 por 100 de la población de Estados Unidos que padece enfermedades terminales está *preocupado acerca del pago de la asistencia*, por cómo van a pagar sus familias las facturas médicas, tanto ahora como cuando hayan muerto. Ningún otro país desarrollado se acerca siquiera a semejante nivel de insensibilidad e inhumanidad».[10]

La opinión pública durante mucho tiempo ha sido partidaria de un sistema de asistencia sanitaria gubernamental que sortee los problemas del sistema privado: costos administrativos y publicitarios ingentes, intromisión en la relación médico-paciente, preocupación por los beneficios, etc. Como expongo en *Estados peligrosos*, durante la campaña de 2004 Kerry no pudo mencionar la posibilidad de que el gobierno ofreciera asistencia sanitaria porque, según informaba la prensa, era «políticamente imposible» y tenía «poquísimo apoyo político», a saber, solo el apoyo de la mayoría de la población estadounidense, como en años anteriores. En 2008, en cambio, la implicación del gobierno en el problema de la asistencia sanitaria sí cuenta con «apoyo político». Empezando con John Edwards, los candidatos demócratas han presentado propuestas que de forma parcial plantean lo que la opinión pública lleva décadas pidiendo. ¿Qué cambió entre 2004 y 2008? No la opinión pública. En lugar de ello, lo que ha ocurrido es que un componente significativo del actual sistema político ha empezado a preocuparse por la posibilidad de una catástrofe sanitaria: la industria manufacturera. General Motors calcula que cuesta más de mil dólares más producir un coche en Detroit que en

Windsor, Canadá, exactamente al otro lado de la frontera, debido a los costos de la asistencia sanitaria. La aflicción de las grandes empresas fue suficiente para que una cuestión «políticamente imposible» se convirtiera en políticamente posible.

Con relación a la política sobre Oriente Próximo es improbable que veamos un cambio significativo a menos que haya un cambio comparable entre los sectores que tienen un poder auténtico. Ello dando por sentado que se siga marginando a la opinión pública, a la que la teoría democrática imperante considera más un conjunto de «espectadores» que de «participantes».

No obstante, es probable que haya algunos cambios. La administración Bush se situó en el extremo nacionalista del espectro político, con un gusto marcado por las intervenciones temerarias, y eso le ha convertido en blanco de críticas sin precedentes en los medios convencionales. Es posible que McCain sea similar, pero un candidato demócrata probablemente cambie para optar por una norma centrista. Sin embargo, el espectro está lejos de ser amplio. Por ejemplo, la «Estrategia de seguridad nacional» de Bush, publicada en septiembre de 2002, recibió críticas severas de inmediato, incluso en las revistas de relaciones internacionales más importantes, pero más por su estilo descarado y su arrogancia que por su contenido, como señaló la secretaria de Estado de Clinton, Madeleine Albright, que sin duda era consciente de que Clinton defendía una doctrina bastante similar.

Viendo el historial y las declaraciones de los candidatos, creo que hay pocas razones para esperar cambios significativos en la política para Oriente Próximo.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Irak. Es importante tener en cuenta que ninguno de los candidatos demócratas ha manifestado objeciones de principio a la invasión. Por tales entiendo el tipo de objeción que suscitó mundialmente la invasión de Afganistán por parte de Rusia o la invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein: una condena fundada en el argumento de que la agresión es un crimen, de hecho, que es el «crimen internacional supremo» y difiere de los demás en que abarca todo el mal que deriva de él, según sentenció el Tribunal de Núremberg. Ninguno ha criticado esas invasiones meramente como un «garrafal error estratégico» o como participación en «la guerra civil de otro país, una guerra que no podemos ganar», que fue, respectivamente, lo que Obama y Clinton dijeron de la invasión de Irak.

De forma similar, en todo el mundo hubo una condena de principio de las atrocidades criminales cometidas por Rusia en Chechenia. El hecho de que las brutales medidas de Putin parezcan haber logrado en gran medida restaurar el orden e iniciar la reconstrucción bajo un gobierno checheno, que los combates se hayan reducido a enfrentamientos «limitados y esporádicos» y que Grozni esté experimentando un «*boom* de la construcción» después de haber quedado reducida a escombros por los ataques rusos, no atenúa los crímenes cometidos.[11] Nadie aplaude a Putin por semejante logro. Las críticas de la guerra de Irak, por el contrario, se fundan en los costos y los fallos, las que se conocen como «razones pragmáticas», una posición que cuando se trata de crímenes cometidos por Occidente se considera realista, seria y moderada. Si los logros del general Petraeus estuvieran cerca

de los de Putin en Chechenia, acaso se lo coronaría rey. Por esa razón un cambio significativo de rumbo es muy improbable.

Las intenciones de la administración Bush, y, es de suponer, de una hipotética administración McCain, están esbozadas en una «Declaración de principios» publicada por la Casa Blanca en noviembre de 2007, un acuerdo entre Bush y el gobierno de Irak, respaldado por Estados Unidos y encabezado por el primer ministro Nuri al Maliki, que tiene su sede en la Zona Verde de Bagdad, fuertemente custodiada por el ejército estadounidense. La Declaración permite a las fuerzas estadounidenses permanecer en Irak de forma indefinida para «impedir agresiones extranjeras» (aunque la única amenaza de agresión en la región es la planteada por Estados Unidos e Israel) y mantener la seguridad interna (aunque no, por supuesto, la seguridad interna de un gobierno que rechace el dominio de Estados Unidos). La Declaración también compromete a Irak a facilitar y fomentar «el flujo de inversiones extranjeras hacia Irak, en especial las inversiones estadounidenses». Esta expresión inusualmente descarada de voluntad imperial quedó subrayada cuando Bush, sin hacer ruido, publicó otra de sus centenares de «declaraciones firmadas», anunciando que rechazaría disposiciones cruciales de las leyes aprobadas por el Congreso y que él acababa de firmar, incluida la disposición que prohibía gastar dinero de los contribuyentes para «establecer cualquier instalación o base militar con el propósito de proporcionar sedes permanentes a las fuerzas de Estados Unidos en Irak» o «ejercer el control de los recursos petrolíferos de Irak». Poco antes de eso, el *New York Times*

había informado que Washington «insiste en que el gobierno de Bagdad debe dar a Estados Unidos una autoridad amplia para llevar a cabo operaciones de combate», una exigencia que «posiblemente se enfrente a una dura oposición en Irak, debido al … profundo rechazo que suscita en el país el que se lo considere un Estado dependiente».[12]

En resumen, Irak seguirá siendo un Estado cliente, autorizando las instalaciones militares permanentes del ejército estadounidense (el orwellismo preferido consiste en llamarlas «perdurables»), concediendo a Estados Unidos el derecho de realizar operaciones de combate con libertad y otorgando a los inversores estadounidenses la prioridad para el acceso a sus enormes recursos petroleros (una declaración razonablemente clara de las metas de la invasión, como era evidente para cualquiera que no estuviera cegado por la doctrina).[13]

¿Qué alternativas tienen los demócratas? Sus alternativas quedaron claras en marzo de 2007, cuando la Cámara y el Senado aprobaron sus propuestas para establecer fechas límite para la retirada. Las propuestas fueron analizadas por el general (retirado) Kevin Ryan, un destacado investigador del Centro Belfer de Relaciones Internacionales de la Universidad de Harvard.[14] Ryan señaló que las propuestas permiten al presidente prescindir de las restricciones estipuladas por razones de «seguridad nacional», lo que deja la puerta abierta de par en par. Permiten que las tropas estadounidenses permanezcan en Irak «mientras estén realizando una de tres misiones específicas: proteger las instalaciones, los ciudadanos o las fuerzas estadounidenses; combatir a Al Qaeda o el terrorismo internacional; y adiestrar a las fuerzas

de seguridad iraquíes». Entre las instalaciones estadounidenses se incluyen las enormes bases militares que están construyéndose por todo el país y la embajada, que en realidad es una ciudad autónoma dentro de la ciudad, a diferencia de cualquier otra embajada en el mundo. Ninguno de estos proyectos de envergadura se puso en marcha con la idea de que se los abandonaría. Si las tropas estadounidenses están en estrecho contacto con las fuerzas de seguridad iraquíes, es probable que estas necesiten abundante protección, pues la mayoría de los iraquíes árabes considera que son un blanco legítimo de ataque. Combatir el terrorismo y adiestrar al ejército y la policía iraquíes también son compromisos en extremo flexibles y de duración indefinida. La conclusión de Ryan es que las propuestas probablemente permiten la permanencia en Irak de tantos soldados como en años anteriores: «Los expertos militares señalarán con acierto que los proyectos de ley presentados al Congreso se entienden mejor como una reformulación de la misión de nuestras tropas». En resumen: «Quizás sea una buena estrategia, pero no se trata de una retirada».

Es difícil ver una diferencia significativa entre las propuestas demócratas de marzo de 2007 y las de Obama y Clinton. Ambos candidatos han proporcionado cifras para una retirada gradual de las tropas, pero como comentó Samantha Power, la consejera de Obama en materia de política exterior, se trata de cifras tentativas, un «en el mejor de los casos». Power fue criticada por haber dicho la verdad (y más tarde tendría que renunciar a la campaña tras un descortés comentario sobre Clinton).[15]

Las propuestas de Obama y Clinton no solo dejan abierta la

posibilidad de continuar usando mercenarios («contratistas»), que igualan en número a las fuerzas estadounidenses, sino que además ignoran la cuestión de la logística y el aprovisionamiento, que requieren operaciones de enormes dimensiones, con frecuencia viajar desde Kuwait a través de territorios peligrosos en el sur de Irak. Y no dicen nada acerca de la continuación de los bombardeos. Quienes tienen recuerdos de los últimos años de las guerras de Indochina reconocerán esa puerta abierta: por ejemplo, en la Camboya rural, donde los bombardeos estadounidenses superaron el total de los bombardeos en todos los teatros de la segunda guerra mundial y «arrojaron al pueblo enfurecido a los brazos de una insurgencia armada [los Jemeres Rojos] que gozaba de un apoyo relativamente escaso antes de que empezaran los bombardeos».[16] En la actualidad los bombardeos en Irak al parecer siguen siendo considerables. James Paul, un investigador del Global Policy Forum que ha seguido de cerca la guerra, escribe que «la base aérea de Balad, al norte de Bagdad, es probablemente la instalación aérea con mayor actividad del mundo. Ahora bien, aunque parte de esa actividad consiste en vuelos de suministros, la base se utiliza fundamentalmente para ataques, con aviones no tripulados y aviones militares convencionales, que tienen como consecuencia un costo enorme en vidas humanas».[17]

Las propuestas también guardan silencio acerca de las formas más avanzadas de terrorismo de Estado que tienen a su disposición los Estados forajidos que cuentan con lo último en tecnología. Por ejemplo, en marzo de 2004, cuando las fuerzas israelíes asesinaron al jeque Yasín en el momento en que el clérigo tetrapléjico salía de una mezquita (matando

también a siete civiles que estaban cerca), al parecer utilizaron un misil aire-tierra disparado desde un helicóptero y guiado por un avión no tripulado, un tipo de ataque utilizado muchas veces.[18] El asesinato de Yasín, una personalidad venerada, que era el líder espiritual de Hamás y a quien se consideraba una de sus figuras más conciliadoras, desencadenó protestas masivas en Irak y motivó el asesinato de cuatro contratistas estadounidenses en Faluya a manos de las, hasta entonces desconocidas, «Brigadas del mártir Ahmed Yasín», lo que a su vez provocó una reacción homicida por parte de los marines estadounidenses en la que murieron cientos de personas, algo que contribuyó a la propagación de la violencia por buena parte de Irak en una espiral que a duras penas pudo contenerse.

El alcance de Estados Unidos es mucho mayor. He aquí un caso reciente: «el 30 de octubre de 2006, un misil aire-tierra disparado contra una madraza en Bajaur mató entre ochenta y ochenta y cinco personas, en su mayoría estudiantes. Incluso si las víctimas estaban de verdad adiestrándose para convertirse en terroristas de Al Qaeda, e incluso si se ha logrado eliminar a unos pocos líderes claves de la organización como Abu Laith al-Libi, el resultado más habitual de estos ataques son viviendas arrasadas, niños muertos y mutilados y un creciente deseo de venganza, entre cada vez más miembros de la población local, dirigido contra Pakistán y Estados Unidos».[19]

Este incidente terrorista se aclamó como un gran logro de la «guerra contra el terrorismo» porque se creía que Libi, el supuesto blanco, «había planeado y ejecutado ataques contra las fuerzas de Estados Unidos y la coalición». Los ochenta u

ochenta y cinco estudiantes, los niños muertos y mutilados y demás «daños colaterales» pasaron inadvertidos. Otras atrocidades terroristas reciben un tratamiento bastante diferente, y no todas pueden ser celebradas. Por ejemplo, el asesinato de ocho estudiantes en el Merkaz HaRav en Jerusalén, el centro espiritual del movimiento de los colonos, recibió una cobertura destacada y muy gráfica, y el hecho de que los palestinos respaldaran la atrocidad causó gran indignación, a pesar de que su aprobación de la violencia podía atribuirse a «las recientes acciones llevadas a cabo por Israel, en especial, los ataques contra Gaza que causaron la muerte de casi ciento treinta personas, una operación clandestina en Belén que mató a cuatro milicianos y el anuncio de la expansión de varios asentamientos en Cisjordania, [todo lo cual] ha fomentado la desesperación, la rabia y la sed de venganza en el palestino medio». De forma similar, quienes condenan a los palestinos por celebrar sin piedad la muerte de judíos no parecen sentirse molestos al leer que «estudiantes y residentes furiosos se agolpaban tras el cordón policial gritando: "muerte a los árabes"».[20]

En general, no es fácil hallar argumentos de peso para esperar cambios significativos en la política estadounidense en relación a Irak con los demócratas en la Casa Blanca y el Congreso, aunque es probable que se suavice la actual postura extremista de Bush y Cheney (y probablemente de McCain).

Irán

SHALOM: *¿Qué pasa con Irán? ¿Hay alguna razón para esperar una política diferente si un demócrata gana las elecciones?*

CHOMSKY: En vista de que Obama es considerado el más moderado de los dos candidatos demócratas que quedan y de que su principal eslogan es «cambio», concentrémonos en él.

Con relación a Irán, Obama pide más voluntad de negociar, pero dentro de los límites doctrinales estándar. Su posición declarada es que «ofrecería incentivos económicos y posiblemente una promesa de no impulsar un "cambio de régimen" si Irán renuncia a entrometerse en Irak y coopera en cuestiones de terrorismo y política nuclear» y deja de «actuar de forma irresponsable» con su apoyo a grupos extremistas chiitas en Irak.[21]

Se me ocurren algunas preguntas obvias. Por ejemplo, ¿cómo reaccionaríamos nosotros si Ahmadineyad dijera que nos ofrece una posible promesa de no impulsar un «cambio de régimen» en Israel si este suspende sus actividades ilegales en los territorios ocupados y coopera en cuestiones de terrorismo y política nuclear? ¿O si, en la década de 1980, el Kremlin hubiera anunciado que podría no impulsar un «cambio de régimen» en Pakistán (o Arabia Saudita o Estados Unidos) si tal país dejaba de «actuar de forma irresponsable» con su apoyo a los terroristas en el Afganistán bajo ocupación rusa? Si estas comparaciones suenan descabelladas, eso nos dice mucho acerca del sistema doctrinal imperante.

Vale la pena destacar que el enfoque moderado de Obama resulta adecuado para el sector extremista de la opinión pública, un hecho que suele pasar desapercibido. Como todos los demás candidatos con opciones, Obama ha insistido a lo largo de toda la campaña electoral en que Estados Unidos debe amenazar a Irán con un posible ataque (la frase estándar es «mantener abiertas todas las opciones»), lo que, por si a alguien le importa, constituye una violación de la Carta de la ONU. Pero la gran mayoría de los estadounidenses está en desacuerdo con esta opción: mientras el 75 por 100 está a favor de construir mejores relaciones con Irán, solo el 22 por 100 se muestra favorable a las «amenazas implícitas».[22] Por tanto, todos los candidatos supervivientes se oponen a tres cuartas partes de la opinión pública en esta cuestión.

Esto no es inusual. Ya he mencionado un asunto interno de primer orden, la asistencia sanitaria. O, para citar un ejemplo que tiene algunas similitudes con el caso de Irán, dos terceras partes de los estadounidenses están a favor de establecer relaciones diplomáticas con Cuba, algo que ha sido cierto desde hace mucho tiempo, pues las encuestas empezaron a hacerse hace treinta años. Sin embargo, como en el pasado, todos los candidatos rechazan esa opción e insisten en que Estados Unidos debe continuar su solitario esfuerzo por ahogar a Cuba económicamente, algo que solo respalda Israel (que vota con Estados Unidos de forma automática pero no respeta el bloqueo) y, de cuando en cuando, alguna isla del Pacífico. También en esta cuestión se considera que Obama es el candidato más moderado, pues «insinúa que podría estar abierto al cambio en la política estadounidense si La Habana avanza hacia la apertura y la democracia», una posición que

acaso podría parecer propicia a un observador marciano que desconociera por completo el historial, pasado y presente, de las relaciones entre Washington y los regímenes tiránicos.[23] Incluso buena parte del mundo empresarial es partidaria de establecer relaciones normales con Cuba. Pero ha prevalecido el deseo gubernamental de castigar a los cubanos por «desafiar con éxito» al amo. Esta vergonzosa historia de casi medio siglo de terrorismo y estrangulamiento económico contiene varias lecciones para la actual política estadounidense respecto a Irán: los iraníes deben ser castigados por haber derrocado al tirano que Estados Unidos y el Reino Unido les impusieron en 1953, cuando destruyeron la democracia parlamentaria iraní (un acontecimiento muy aclamado por la prensa nacional).

En muchos aspectos, la manera de conducir las relaciones internacionales es semejante a la de la mafia. El padrino no tolera la desobediencia, ni siquiera cuando se trata de un pequeño tendero que no puede pagar su cuota de protección. «La podredumbre podría extenderse», como han advertido destacados estadistas, y el sistema de control terminaría desbaratándose.

Como los demás candidatos, Obama está más a la derecha que la opinión pública en la resolución de la confrontación con Irán, un asunto cuya importancia es imposible minimizar: el historiador militar británico Correlli Barnett difícilmente exagera cuando advierte que un ataque contra Irán por parte de Estados Unidos (o su cliente Israel) «desencadenaría de hecho la tercera guerra mundial».[24]

Tanto en Estados Unidos como en Irán se ha estudiado de forma cuidadosa la opinión pública acerca de la política

nuclear, un tema crucial. En ambos países, la gran mayoría considera que Irán debería tener los derechos de cualquier firmante del Tratado de no proliferación: desarrollar la energía nuclear, pero no armas nucleares. Esas mismas mayorías están a favor de establecer una «zona libre de armas nucleares en Oriente Próximo que incluya tanto a los países islámicos como a Israel». Más del 80 por 100 de los estadounidenses está a favor de eliminar las armas nucleares por completo, una obligación legal de los Estados con armas nucleares que la administración Bush rechazó oficialmente. Y es seguro que los iraníes coinciden con los estadounidenses en que Washington debería dejarse de amenazas militares y volver a las relaciones normales. Cuando las encuestas se dieron a conocer en enero de 2007, Joseph Cirincione, vicepresidente ejecutivo de seguridad nacional y política internacional del Centro para el Progreso Estadounidense (y consejero de Obama), dijo en un foro celebrado en Washington que los resultados evidenciaban «el sentido común tanto del pueblo estadounidense como del pueblo iraní, [los cuales] parecen estar en condiciones de elevarse por encima de la retórica de sus propios líderes para encontrar soluciones sensatas a algunas de las cuestiones más cruciales» que enfrentan a las dos naciones, lo que favorece una solución diplomática de sus diferencias.[25] El establecimiento de una zona libre de armas nucleares sería particularmente importante, incluso más allá del hecho de que Estados Unidos y el Reino Unido tienen un compromiso único con este objetivo. En su esfuerzo por tramar una mínima justificación legal para la invasión de Irak, acusaron a este país de violar la Resolución 687 del Consejo de Seguridad de la ONU, que

exigía a Irak la eliminación de sus armas de destrucción masiva. El destino de esa acusación es de sobra conocido, pero pocos recuerdan el Artículo 14 de la Resolución 687, que afirma «la meta de establecer en Oriente Próximo una zona libre de armas de destrucción masiva y misiles para su lanzamiento y el objetivo de una prohibición completa de las armas químicas», y esto sin duda compromete con tales metas a quienes promovieron y respaldaron esa resolución, y en especial a los Estados que apelaron a ella para justificar su agresión.

Las encuestas sugieren que si Estados Unidos e Irán funcionaran de verdad como sociedades democráticas, sociedades en las que la opinión pública fuera un factor a tener en cuenta a la hora de determinar la política a seguir en cuestiones claves, la peligrosísima confrontación entre Estados Unidos e Irán podría resolverse de forma pacífica. Esa perspectiva, sin embargo, parece remota. Las opiniones del público estadounidense se encuentran tan lejos de lo que es «políticamente posible» que el resultado de estas importantes encuestas no parece siquiera haberse divulgado. Salta a la vista que no se lo tiene en cuenta en el proceso electoral ni en las discusiones de la prensa y demás medios de comunicación. Las personas sofisticadas por lo común argumentan que la política no puede dejarse guiar por las encuestas. El principal organismo encuestador, el Programa sobre Actitudes respecto a la Política Internacional de la Universidad de Maryland, informa de que «cuando la corresponsal de ABC News Martha Raddatz citó los resultados que mostraban que la mayoría se oponía a la guerra de Irak, [Dick] Cheney respondió: “¿Y?”. La periodista

continuó: “Y… ¿no le importa lo que opinen los estadounidenses?”; a lo que él respondió: “No”, y se explicó, “creo que no se puede permitir que las fluctuaciones de las encuestas de opinión nos desvíen de nuestro curso”». Cuando la portavoz de la Casa Blanca Dana Perino intentó explicar los comentarios de Cheney, se le preguntó si el público debía participar. Su respuesta fue: «El público ya participó. El pueblo estadounidense tiene ocasión de participar cada cuatro años, y esa es la forma en que nuestro sistema está organizado».[26]

Correcto. Cada cuatro años los estadounidenses pueden elegir entre candidatos cuyos puntos de vista rechazan, después de eso deberían callarse.

La opinión pública, que evidentemente es incapaz de entender la teoría democrática, discrepa con rotundidad. «El 81 por 100 afirma que cuando se trata de “una decisión importante” los líderes gubernamentales “deberían prestar atención a las encuestas de opinión pública porque esto les ayuda a enterarse del punto de vista de la gente”.» Y cuando se preguntó a los estadounidenses «si creían que “las elecciones son el único momento en el que el punto de vista de la gente debe tener influencia o, por el contrario, que también entre una elección y otra los dirigentes deben tener en cuenta las opiniones de la gente al tomar sus decisiones”, un extraordinario 94 por 100 dijo que los líderes gubernamentales debían prestar atención a los puntos de vista de la gente entre una elección y otra».[27]

Sin embargo, insisto, el punto de vista de la opinión pública «carece de apoyo político» y por tanto puede ignorarse.

No obstante, las circunstancias pueden cambiar. Puede

suceder que la opinión pública deje de ser marginalizada e ignorada con facilidad. Las concentraciones nacionales de poder económico que determinan en gran medida la política estadounidense pueden terminar reconociendo que conviene más a sus intereses sumarse a la opinión pública mayoritaria, y del resto del mundo, que aceptar la línea dura de Washington. Aunque no tenemos los documentos internos, hay buenas razones para creer que el Pentágono se opone a la idea de atacar a Irán. Por ejemplo, la interpretación generalizada de la renuncia, el 11 de marzo de 2007, del almirante William Fallon al Mando Central, que es el responsable de Oriente Próximo, fue que esta se remontaba a su oposición a un ataque semejante, oposición que probablemente compartía el mando militar en general. El hecho de que el informe estimativo de los servicios de inteligencia estadounidenses (NIE por sus siglas en inglés) de diciembre de 2007 señalara que Irán no había buscado desarrollar un programa de armas nucleares desde 2003, cuando buscó y no logró alcanzar un acuerdo global con Estados Unidos, quizás sea también un reflejo de la oposición de los servicios de inteligencia a una acción militar.[28]

Israel es una extraña excepción a la oposición mundial a un ataque estadounidense contra Irán. Israel desde hace mucho tiempo ha querido que Estados Unidos elimine a la única potencia regional que no puede dominar por su cuenta. Sin embargo, también es posible, como ha sostenido Trita Parsi, que Israel termine comprendiendo que puede resultar beneficiado si restablece la estrecha relación que tenía antes con Irán, relación que continuó a lo largo de la década de 1980, después de que Jomeini tomara el poder, y que era tan

estrecha que Israel y su grupo de presión en Estados Unidos llegaron a pedir al gobierno que «*no* prestara atención a la retórica iraní» acerca de la destrucción de Israel.[29]

Hay muchas incertidumbres, y no deberíamos subestimar el intervencionismo temerario, la desesperación y la dedicación a la violencia de Bush y Cheney, lo que hace que toda especulación sea debatible. Aun así, es difícil apreciar señales concretas de que una presidencia demócrata consiga mejorar la situación de forma significativa, mucho menos alinear la política de Estados Unidos con la opinión de su pueblo y del mundo en general.

Israel, Palestina y Estados Unidos

SHALOM: *¿Y qué pasa con la cuestión de Israel y Palestina? ¿Qué diferencias podemos esperar en la política estadounidense como resultado de las próximas elecciones?*

CHOMSKY: Los candidatos tampoco han dado razones para esperar ningún cambio constructivo en lo que respecta a Israel y Palestina. Centrándonos de nuevo en Obama, el candidato del «cambio» y la «esperanza», su página web declara que «respalda enérgicamente la relación entre Estados Unidos e Israel, cree que nuestro primer e incontrovertible compromiso en Oriente Próximo debe ser la seguridad de Israel, el aliado más fuerte de Estados Unidos en Oriente

Próximo». Quizás quería decir el «aliado más cercano», pero lo cierto es que Israel es, literalmente, el «aliado más fuerte». Evidentemente, quienes tienen de lejos el problema de seguridad más grave son los palestinos, de hecho, una cuestión de supervivencia. Pero los palestinos no son un «aliado fuerte». En el mejor de los casos, podrían ser un aliado debilísimo. Por tanto sus apremios no merecen demasiada consideración, de acuerdo con el principio práctico de que los derechos humanos de los pueblos se determinan en gran medida en razón de su contribución al poder, los beneficios y las necesidades doctrinales.

La página web de Obama lo presenta como un súper halcón en lo que respecta a Israel. «Cree que el derecho de Israel a existir como Estado judío no debe cuestionarse nunca.» Hasta donde sabemos, no ha declarado oficialmente que el derecho de los países a existir como Estados musulmanes (o cristianos, o blancos) «no debe cuestionarse nunca». Durante la guerra del Líbano de 2006, «Obama respaldó con firmeza el derecho de Israel a defenderse de los asaltos y ataques con cohetes de Hezbolá», pero no tuvo nada que decir acerca del derecho del Líbano a defenderse de la agresión estadounidense-israelí que causó más de un millar de víctimas mortales y destruyó gran parte del país. Obama fue «uno de los promotores originales de la resolución con la que el Senado manifestó su respaldó a Israel [durante su invasión del Líbano], condenó los ataques [de Hezbolá] y pidió medidas enérgicas contra Irán y Siria», aunque ofrecer un gran apoyo a los agresores, y considerar que hacerlo es correcto y justo, es ya una tradición estadounidense, como prueba nuestra reacción a las anteriores invasiones del Líbano

por parte de Israel, cuatro desde 1978. «Durante toda la guerra, Barack Obama dejó en claro que no debía presionarse a Israel para conseguir un alto el fuego que no resolviera la amenaza de los misiles de Hezbolá.» Todo lo contrario, se le debía permitir a Israel destruir a la sociedad civil libanesa hasta que se librara de la amenaza que supone una disuasión para sus asaltos: ningún misil atribuido a Hezbolá había golpeado a Israel después de su retirada del Líbano en 2000, hasta la guerra de julio de 2006.

Obama pide que se aumente la ayuda exterior «para garantizar que [las] prioridades de financiación [de la ayuda militar y económica a Israel] se cumplan». Asimismo, insiste de forma enérgica en que Estados Unidos no debe «reconocer a Hamás a menos que renuncie a su objetivo fundamental de eliminar a Israel». Dado que ningún Estado puede reconocer a Hamás, que es un partido político, Obama debe estarse refiriendo al gobierno formado por Hamás después de una elección libre que tuvo un resultado «equivocado» y, por tanto, carente de legitimidad, según el concepto de «democracia» de la élite imperante. Para que no haya dudas, la página web de Obama explica que fue «uno de los promotores de la Ley Antiterrorista Palestina de 2006. Introducida tras la victoria de Hamás en las elecciones palestinas, esta ley prohíbe la ayuda directa a cualquier entidad de la Autoridad Palestina controlada por Hamás». De acuerdo con Obama, debe continuarse castigando a los palestinos por haber votado de forma equivocada hasta que Hamás cumpla las tres condiciones convencionales: «reconocer a Israel, abandonar la violencia y acatar los acuerdos previos entre la Autoridad Palestina e Israel».

Pero Obama no olvida a los palestinos: «Obama cree que una vida mejor para las familias palestinas beneficia tanto a los israelíes como a los palestinos». Asimismo, añade una declaración vacua sobre dos Estados que conviven el uno junto al otro, expresada en la forma que resulta aceptable para Israel prácticamente desde que la ultraderecha israelí consideró una versión sin sentido de la solución de los dos Estados en 1996 y que unos pocos años después suscribirían los partidos menos agresivos.

Igualmente convencional es la incapacidad de Obama para mencionar que Estados Unidos e Israel continúan rechazando para sí las mismas condiciones que imponen a Hamás: es evidente que no reconocen el Estado palestino ni renuncian a la violencia, y aunque se eluden los hechos, lo cierto es que también rechazan sus compromisos previos, incluida la «Hoja de ruta».

Prácticamente todas las referencias a Hamás describen a esta organización como un grupo financiado por Irán dedicado a la destrucción de Israel, su «objetivo fundamental». En vano se buscará una condena del compromiso oficial para la destrucción de Palestina de israelíes y estadounidenses (el plan Shamir-Peres-Baker de 1989), un objetivo fundamental que no se quedó en meras palabras: Shamir, Peres y Baker se encontraban implementando ese plan en el momento de su declaración de 1989, tal como venía sucediendo desde antes y como sus sucesores continúan haciendo hoy, con apenas un cambio retórico. Es irrelevante que Hamás haya propuesto en repetidas ocasiones (e implementado de forma unilateral) un alto el fuego para permitir que las negociaciones avancen

hacia el acuerdo político aprobado por el consenso internacional y rechazado unilateralmente por Estados Unidos e Israel. De forma similar, es irrelevante que Hamás haya en repetidas ocasiones abogado por la solución de dos Estados en términos de este consenso, como ocurrió cuando el primer ministro y líder de Hamás Ismail Haniya pidió «la condición de Estado para Cisjordania y Gaza» o cuando el líder más beligerante del movimiento, Jalid Mishal, exiliado en Damasco, pidió «el establecimiento de un Estado palestino con soberanía e independencia auténticas en los territorios ocupados por Israel en junio de 1967».[30]

Tales hechos no pueden ser hechos, prácticamente por definición, porque entran en conflicto con una doctrina profundamente arraigada. En consecuencia, aunque nos miren a la cara, son invisibles, como lo es el liderazgo estadounidense-israelí del bando contrario al acuerdo, lo que se remonta a 1971 y 1976. Estados Unidos tiene que ser un «intermediario honesto», no el principal obstáculo para un acuerdo político, así es como debe ser. No puede permitirse que los hechos interfieran con artículos de fe tan cruciales.

La política en vigor de Estados Unidos e Israel se ajusta al programa de «convergencia» de Olmert. El programa se retiró después de la guerra del Líbano por considerárselo demasiado generoso, pero sigue siendo la directriz básica de la política hacia Palestina. Siempre con el respaldo de Estados Unidos, aparte de algún gesto poco severo de desaprobación, Israel ha continuado construyendo el «muro de separación», que, como resulta hoy claro, es en realidad un muro de anexión. La resolución de la autoridad jurídica internacional más alta (el Tribunal Internacional de Justicia o TIJ) según la cual el

muro constituye una violación del derecho internacional, se ha sumado a otros hechos históricos indeseables en el agujero de la memoria, un agujero profundo, pero ya desbordante. No produce ningún tipo de inquietud el que el Tribunal haya dictaminado que todos los asentamientos violan los Convenios de Ginebra, establecidos para criminalizar formalmente los crímenes nazis. El Tribunal sentenció que «la IV Convención de Ginebra y las leyes internacionales sobre los derechos humanos son aplicables a los territorios palestinos ocupados y deben por tanto ser respetadas cabalmente por Israel», lo que significa que no se puede trasladar poblaciones allí y que los segmentos del muro de separación «que Israel está construyendo para proteger los asentamientos constituyen *ipso facto* una violación del derecho internacional humanitario» (palabras del juez Buergenthal, un magistrado estadounidense del TIJ, en una declaración separada), segmentos que ascienden a más del 80 por 100 del muro. Todo lo cual es irrelevante, puesto que George Bush el «decisorio» ha sentenciado que Israel puede conservar de forma permanente los asentamientos ilegales que el muro protege. También es irrelevante el hecho de que, como una de las altas partes contratantes de los Convenios de Ginebra, Estados Unidos está obligado a aplicarlos y castigar a quienes los incumplen, en este caso, él mismo.

La misma sentencia del TIJ, por supuesto, se aplica también a todo lo que hay al este del muro de anexión, en particular a los programas de asentamientos israelíes en el valle del Jordán, un hecho de suma importancia que pocas veces suele mencionarse en las noticias. Estos programas han sido diseñados con claridad para expulsar a los palestinos de la

región, beneficiar a los colonos judíos y encerrar y aislar los fragmentos dispersos todavía en manos de los palestinos.

Mientras escribía esto, soldados y buldóceres israelíes seguían demoliendo viviendas en las aldeas del valle del Jordán; el resultado: sesenta y cinco personas sin hogar que se suman a las diez que perdieron sus casas cerca de la ciudad de Calquelia, hoy rodeada por el muro casi por completo, al punto de ser prácticamente inhabitable. Para mencionar otro caso actual, el pueblo de Fasayil, en el valle del Jordán, se encuentra exactamente al lado del próspero asentamiento israelí de Tomer. A diferencia de su vecino, Fasayil no tiene nada de próspero. Las autoridades de ocupación racionan el agua potable, no permiten que los lugareños construyan o reparen sus carreteras y tienen programado cortar la electricidad. En el pueblo no hay escuela, de modo que los niños tienen que caminar kilómetros por rutas peligrosas para poder estudiar. Los lugareños han intentado construir una escuela, pero se les ha prohibido porque «el área está adjudicada a plantaciones israelíes», según la Administración Civil israelí. No obstante, los palestinos han estado de nuevo intentando construir una escuela, a pesar de que las autoridades israelíes les han ordenado detener las obras. Dado que los crímenes se enmascaran tras el silencio, no conocemos el resultado de ese nuevo intento. Pero sí sabemos, si elegimos hacerlo, que no existe nada inusual en la historia de Fasayil y Tomer. Todo lo contrario, estos pueblos vecinos son una versión micro de lo que ocurre en Cisjordania, la realidad de lo que, si somos honestos, deberíamos llamar la ocupación estadounidense-israelí.[31]

Israel continúa llevando a cabo sus programas de

asentamientos, y cuando se lo cuestiona por ello, anuncia que los territorios «permanecerán en manos israelíes».[32] Los programas desarrollados en el área de la Gran Jerusalén violan resoluciones del Consejo de Seguridad que se remontan a 1968. Algunos de los nuevos asentamientos que rodean Jerusalén están destinados a colonos creyentes, «que se beneficiarán de hogares nuevos a precios relativamente económicos», gracias a la tierra robada a los palestinos y los subsidios del gobierno. Los judíos «ultraortodoxos … constituyen el sector de más rápido crecimiento entre los colonos, de acuerdo con las cifras de Paz Ahora y la Oficina Central de Estadística de Israel». Estados Unidos «reaccionó recordando al señor Olmert que limitar los asentamientos es una "obligación de la hoja de ruta" que Israel se comprometió a cumplir como parte del proceso de Annapolis», lo que probablemente provocó unas cuantas sonrisitas en Tel Aviv y Jerusalén. Los asentamientos tienen el propósito múltiple de beneficiar a los colonos ultraortodoxos, ampliar los límites del (inmodificable) Estado judío, mejorar las perspectivas políticas de Olmert y, en especial, aislar a los palestinos del centro tradicional de su vida cultural, política, social y económica en Jerusalén.[33]

Las violaciones más visibles del derecho internacional y la «hoja de ruta» en ocasiones se mencionan en la prensa, al igual que las peores atrocidades, pero no ocurre lo mismo con los métodos tradicionales de alcanzar las metas deseadas, que se remontan a los orígenes del proyecto sionista: «dunam tras dunam», en silencio, como lo explicó con franqueza el pacifista gobierno de Shimon Peres de acuerdo con los principios enunciados décadas antes por Moshe Dayan.

El «proceso de Annapolis» al que hacía alusión la severa amonestación de Washington es la serie de conversaciones de paz que se planearon en Annapolis, Maryland, en noviembre de 2007. Una interpretación común y verosímil es que semejante acontecimiento se organizó como parte de un esfuerzo para alinear a los Estados árabes «moderados», como la tiranía saudita, en la cruzada contra Irán orquestada por Washington. Es de suponer que en el área de Washington existen otros lugares de reunión, pero solo uno que además sea la base de las fuerzas navales que amenazan las costas iraníes, un hecho que muy probablemente no pasó desapercibido para los participantes y tampoco para Irán.

Algunos sostienen que de seguir su rumbo actual Israel terminará convirtiéndose en un Estado paria como lo fue la Sudáfrica del *apartheid*, con una gran población palestina desprovista de derechos, lo que sentaría las bases de una lucha por las libertades civiles y un Estado democrático unitario. Sin embargo, es dudoso que eso suceda. En lugar de ello es probable que Estados Unidos e Israel continúen actuando como hasta ahora lo han hecho: apoderándose de forma efectiva de todo lo que tiene valor para ellos en Cisjordania, incluido el valle del Jordán y las regiones dentro del muro de anexión, e implementando grandes programas de infraestructuras que dejarán a los palestinos reducidos a cantones inviables. A los habitantes de Gaza se los dejará pudrir de desesperación en la prisión construida para ellos, que Israel podrá usar para prácticas de tiro al blanco, en ocasiones recurriendo a la violencia para responder a (o, con más frecuencia, incitar) actos criminales sin sentido como el disparo de cohetes.[34] Occidente ni siquiera refuta el punto

de vista de los milicianos de Gaza, que sostienen que los cohetes son una represalia por los continuados crímenes de Israel en Cisjordania, a la que ellos con razón consideran inseparable de Gaza, y no lo hace porque le resulta incomprensible: ¿cómo puede alguien tomar represalias por acciones que cuentan con el respaldo del líder del mundo libre? Israel no se responsabilizará por los palestinos que de algún modo puedan sobrevivir en los cantones que salpican el paisaje de Cisjordania, lejos de la mirada de los israelíes que utilizan sus súper autopistas segregadas para llegar a sus ciudades y suburbios subsidiados en Cisjordania, controlan los recursos hídricos claves de la región y se benefician de sus lazos con las corporaciones estadounidenses, que parecen bastante satisfechas de contar con una potencia militar leal en la periferia de un área tan crítica, con una economía altamente tecnificada que ofrece oportunidades y beneficios en abundancia y está estrechamente vinculada a Washington.

Al mismo tiempo que continúa minando de forma sistemática en Cisjordania las bases para una solución de dos estados viables, Israel también puede buscar resolver su «problema demográfico» interno, la presencia de población no judía en el Estado judío. Cuando Avigdor Lieberman, un miembro ultranacionalista de la Knésset, propuso la idea de forzar a los ciudadanos israelíes de origen árabe del «triángulo» (la región del Uadi Ara) a formar parte del «Estado palestino», sin consultar a la población por supuesto, en Israel se le condenó con severidad por racista. Una señal del giro hacia la derecha nacionalista de la cultura israelí es que la propuesta de Lieberman, antes denunciada con acritud, ha empezado lentamente a incorporarse a la ideología

dominante. Otniel Schneller, miembro de la Knésset por el Kadima, el partido de gobierno, «considerado una de las personas más cercanas y leales al primer ministro Ehud Olmert», propuso un plan que «parece muy similar al abanderado por el líder del partido Yisrael Beiteinu, Avigdor Lieberman», si bien Schneller dice que su plan será «más gradual» y los árabes afectados «seguirán siendo ciudadanos de Israel incluso a pesar de que su territorio pertenecerá a la [Autoridad Palestina y] no estarán autorizados a restablecerse en otras áreas de Israel». En diciembre de 2007, la ministra de Exteriores Tzipi Livni, la última esperanza de muchos israelíes pacíficos, adoptó la misma posición. El Estado palestino definitivo, sugirió, habría de ser «la respuesta nacional para los palestinos» de los territorios ocupados y aquellos «que viven en los diferentes campos de refugiados y en Israel». Con una campaña de relaciones públicas eficaz, el traslado forzoso de los ciudadanos árabes indeseables a un «Estado palestino» irrisorio podría incluso presentarse ante el mundo como un generoso «intercambio de tierras».[35]

La argumentación básica fue delineada décadas atrás por el respetado humanista Michael Walzer, director de la revista socialdemócrata *Dissent*: «el proceso de construcción de la nación en los nuevos Estados será sin duda dura con los grupos marginales de la nación», explicó, y las personas de buena voluntad deberían apreciar que «la dureza solo puede suavizarse … ayudando a que las personas que tienen que marcharse se marchen», en este caso, la población marginal son los restos de lo que, hoy se reconoce, fue la «limpieza étnica» de 1948.[36]

Una vez que los árabes israelíes sean despachados al lugar

que les corresponde, Israel habrá alcanzado su meta, tanto tiempo perseguida, de liberarse de la mácula árabe (un anhelo bastante familiar en la historia de Estados Unidos: Thomas Jefferson, por ejemplo, tenía la esperanza, que nunca llegó a materializarse, de que el naciente imperio de la libertad estuviera libre de «mancha o mezcla», en alusión a los indígenas y los negros).

A Livni se la cita en un extraño informe que nos permite ligeramente entender por qué las preocupaciones de Walzer, Lieberman, Schneller y Livni son tan importantes. A pesar de los heroicos esfuerzos de sus apologistas, no es fácil ocultar el hecho de que un «Estado democrático judío» no es más coherente con los principios liberales que un Estado «democrático» cristiano, musulmán o blanco. Tales nociones pueden tolerarse siempre que la identificación religiosa o étnica sea básicamente simbólica, como en la elección del día de descanso oficial, y, sobre todo, mientras no se persiga la eliminación de manchas o mezclas. Sin embargo, como «Estado judío», Israel va mucho más allá de lo simbólico. La desviación más extrema de los principios democráticos mínimos es la compleja colección de leyes y acuerdos burocráticos diseñados para conferir el control de la tierra, incluidas las tierras del Estado, al Fondo Nacional Judío, una organización dedicada a usar fondos benéficos de forma que sean «directa o indirectamente beneficiosos para las personas de religión, raza u origen judío», algo que explican sus documentos: el Fondo Nacional Judío es «una institución pública reconocida por el gobierno de Israel y la Organización Sionista Mundial como el instrumento exclusivo para el desarrollo de las tierras de Israel», que se

restringen a perpetuidad para el uso de los judíos y en las que se prohíbe la mano de obra no judía (aunque este principio se ignora con frecuencia para facilitar la importación de mano de obra barata, y existen algunas excepciones marginales).[37]

Esta violación radical de los derechos civiles elementales, financiada por los ciudadanos estadounidenses gracias a la exención de impuestos de que goza el Fondo Nacional Judío, finalmente llegó al Tribunal Supremo de Israel en 2000, en un caso entablado por los Kaadan, una familia muy asimilada de clase media a la que se había prohibido establecerse en Katzir, una ciudad completamente judía cerca del pueblo árabe en el que vivía. El Tribunal falló a su favor. Después de una «batalla de once años» y seis años después de la sentencia del Tribunal Supremo, los Kaadan por fin consiguieron comprar una casa en Katzir y ahora tienen la esperanza de que su antigua vivienda sea comprada por un judío, pues, como explican, «es un hecho conocido que el Estado de Israel cuida de todos los judíos en todo el mundo. Tan pronto un judío se mude aquí, nos darán carreteras asfaltadas sin baches. Se reemplazará la red eléctrica e incluso el sistema de alcantarillado mejorará. Y quizás, solo quizás, construirán una pequeña sinagoga, cuya luz por fin nos permitirá ver por dónde vamos en la noche». [38]

La decisión del Tribunal, expresada en términos estrictos, apenas parece haber tenido influencia. Pocos casos llegan a conocerse. Siete años después, la ciudad de Rakefet, que se alza en tierras del Estado, prohibió establecerse en ella a una joven pareja árabe con el argumento de que existía «incompatibilidad social».[39] De nuevo, nada de esto es desconocido para los estadounidenses. A fin de cuentas, se

necesitó un si-glo para que los tribunales reconocieran siquiera formalmente la Decimocuarta Enmienda, cuya implementación sigue estando lejos de ser completa.[40]

Al reflexionar sobre la política estadounidense reciente y su probable continuación, el periodista y político israelí, Yossi Sarid, uno de los partidarios de alcanzar un acuerdo de paz con los palestinos, observó que «la disuasión moral [de Estados Unidos] se ha desvanecido … Cualquier criminal de guerra puede borrar y lavar sus fechorías con jabón estadounidense». Es algo que ocurre con frecuencia. Y algunos casos son surrealistas. Por ejemplo, recientemente Lituania emitió una orden de arresto contra un «combatiente enemigo», una expresión que tomaba prestada del léxico de Bush, Cheney y Rumsfeld, en el que «combatiente enemigo» designa a todo aquel sospechoso de estar defendiendo su país de una agresión extranjera. El blanco en este caso era Yitzhak Arad, un héroe de la lucha guerrillera en Lituania, general del ejército israelí y, durante más de veinte años, director del Yad Vashem, el Monumento para el Recuerdo de los Mártires y Héroes del Holocausto. Arad había «escrito de forma abierta y con orgullo de su contribución como guerrillero a la ejecución de varios lituanos prominentes colaboradores de los nazis», escribe el comentarista israelí Reuven Kaminer, quien señala que el caso de Lituania «es único porque la mayoría de los judíos asesinados en ese país fueron víctimas de las autoridades lituanas». A través de las vías diplomáticas, Lituania buscó que Israel le entregara a Arad. Unos pocos meses después el ministro de Exteriores lituano llegó a Israel en visita oficial, se reunió con el presidente Shimon Peres y la ministra de Exteriores Tsipi Livni y, por supuesto, visitó el

Yad Vashem, donde se le recibió con respeto. Las relaciones entre los dos países continúan siendo buenas.[41]

Es detestable pensar lo que puede pasar mañana si el asunto sigue su rumbo actual.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS EN ORIENTE PRÓXIMO

Discurso pronunciado en el Palacio de la UNESCO en Beirut, Líbano, el 25 de mayo de 2010.

En los círculos de la política exterior es muy común coincidir en que son dos las cuestiones más relevantes que la política exterior estadounidense enfrenta en la actualidad. Una de ellas es la amenaza que supone Irán, la otra el conflicto sin resolver entre Israel y Palestina. Ambas cuestiones plantean incógnitas. Con relación a Irán, la primera pregunta que surge es: ¿En qué consiste exactamente la amenaza iraní? Con relación a Israel y Palestina, la pregunta obvia es: ¿Por qué el conflicto sigue sin resolverse? En realidad, hay muchos problemas en el mundo para los que es difícil siquiera imaginar una solución, pero en el caso de Israel y Palestina imaginar una solución es particularmente fácil. Existe un acuerdo casi universal en cuál debería ser la solución, solución que apoyan la Liga Árabe, la Organización de Estados Islámicos (incluido Irán), Europa, Naciones Unidas, el derecho internacional; de hecho, prácticamente

todo el mundo. ¿Cómo es posible entonces que el conflicto siga sin resolverse? Esa es la segunda pregunta.

Pues bien, hay algunas respuestas francas para estas preguntas, pero esas respuestas no se discuten dentro del marco doctrinario e ideológico occidental, pues cuando las respuestas son tan sencillas están demasiado alejadas de las convenciones generales. Por tanto, permitidme decir unas cuantas palabras al respecto.

Con relación a la amenaza que supone Irán, hay una respuesta muy autorizada, proporcionada por los informes que el ejército y los servicios de inteligencia estadounidenses entregaron al Congreso en abril de 2010. Esos informes afirman que la amenaza de Irán no es de naturaleza militar. Desde un punto de vista militar, Irán prácticamente carece de capacidad ofensiva. Su gasto militar es muy bajo; como es evidente apenas es una fracción minúscula del gasto militar estadounidense, pero además también es muy bajo de acuerdo a los estándares de la región. Los informes señalan que la meta de la estrategia militar iraní consiste en intentar defender las fronteras del país y, en caso de un ataque, procurar retrasar el avance de las fuerzas invasoras lo suficiente como para permitir un acuerdo negociado.

Los informes también abordan la cuestión de si Irán está desarrollando o no armas nucleares y afirma que si estuviera desarrollando armas nucleares, algo sobre lo que no tienen certeza, estas serían de carácter disuasorio y estarían destinadas a impedir un ataque contra Irán. Esa es básicamente la historia.

¿En qué consiste entonces la amenaza? Bueno, los informes también lo explican. La amenaza principal es que Irán está

intentando desestabilizar a sus vecinos. Está intentando aumentar su influencia en los países circundantes, en particular en Irak y Afganistán. Estados Unidos, por supuesto, está involucrado en lo que sucede en Irak y Afganistán, pero, por supuesto, no es una fuerza desestabilizadora sino estabilizadora. Estados Unidos está en esos países para contribuir a su estabilidad, es Irán el que constituye un factor de desestabilización cuando intenta influir sobre sus vecinos. Este es más o menos el lenguaje tradicional de quienes escriben y discuten sobre política exterior. Hemos llegado al punto de que el ex director de *Foreign Affairs*, la principal revista del sistema, puede decir sin inmutarse, y sin causar ninguna reacción en la opinión pública, que Estados Unidos tenía que desestabilizar a Chile durante la presidencia de Allende; tenía que desestabilizar al gobierno chileno, derrocarlo y establecer una dictadura con el fin de devolver la estabilidad al país. Suena contradictorio, pero no lo es cuando entiendes que «estabilidad» tiene un significado preciso. Significa: bajo control de Estados Unidos. Por tanto, tuvimos que desestabilizar el país que estaba fuera de nuestro control con el fin de estabilizarlo. El problema que tenemos con Irán es el mismo: no quiere obedecer nuestras órdenes y, en consecuencia, está desestabilizando la región.

Además, Irán tiene un segundo problema, a saber, apoya el terrorismo. Por ejemplo, vosotros quizás creéis que hoy estáis celebrando el Día de la Liberación Nacional, pero en términos de la doctrina occidental lo que estáis celebrando es el éxito del terrorismo y, de hecho, el éxito de la agresión contra Israel en el sur del Líbano… la agresión iraní. Por tanto, lo que estáis celebrando es la agresión iraní contra Israel en el sur del

Líbano y su éxito, celebrando el terrorismo y a los terroristas (para citar a Efraim Sneh, el destacado representante del Partido Laborista israelí). No es el Día de la Liberación. Tenéis que aprender a interpretar estas cosas de la manera apropiada si queréis ingresar en el marco del discurso imperial. Y esto no es una cuestión exclusiva de Estados Unidos e Israel, sino que también afecta a Europa Occidental. Las excepciones son pocas.

Pues bien, esa es la amenaza de Irán. La descripción no es incorrecta. Irán no obedece órdenes. Intenta mantener su soberanía. Actúa con mucha independencia de lo que cualquiera pueda pensar de su gobierno. Y aunque podría ser el peor gobierno del mundo, esa no es la cuestión. A Estados Unidos no le importa cómo sea el gobierno en realidad. Lo que quiere es que obedezca sus órdenes para mejorar la estabilidad. Esa es la amenaza iraní.

¿Qué pasa con Israel y Palestina? Bueno, resulta que también tenemos una versión oficial de ese conflicto. La vemos todos los días en los periódicos. Estados Unidos es un intermediario honesto y un árbitro neutral que intenta acercar a los dos bandos, que son irracionales y violentos. Ambos son incapaces de ponerse de acuerdo, y Estados Unidos está intentando resolver el conflicto que existe entre ellos. Esa es la razón por la que hay charlas de acercamiento en las que Estados Unidos media entre los dos adversarios irracionales: los palestinos y los israelíes. Esa es la versión oficial. La podemos leer todos los días. Y también hay una realidad. No voy a repasar aquí toda la historia, pero los hechos básicos son claros.

En 1967, Israel conquistó los territorios ocupados y el

Consejo de Seguridad emitió una resolución para pedir que se resolviera el conflicto: la resolución 242 de la ONU. La resolución exigía que Israel se retirara a sus fronteras y, a su vez, que se garantizara la seguridad de todos los Estados de la región y se reconociera a todos los Estados de la región dentro de sus fronteras reconocidas. Nada se dice en ella de los palestinos, a los que solo se menciona como refugiados. Esa es en resumen la resolución 242 de la ONU, que, el mundo entero coincide, proporciona el marco general para una solución política del conflicto.

Pues bien, en 1971, cuatro años después, el presidente Sadat de Egipto ofreció a Israel un tratado de paz completo, sin nada para los palestinos, a cambio de la retirada total de los territorios egipcios ocupados por Israel: lo único que realmente le preocupaba era el Sinaí. Jordania realizó una oferta similar un año después. Israel tenía que tomar una decisión. ¿Iban a elegir la paz o la expansión? Un tratado de paz con Egipto significaba seguridad. Egipto, por supuesto, era entonces la mayor fuerza militar del mundo árabe. Pero en esa época, Israel estaba trabajando duro para expandirse en territorio egipcio (en el Sinaí y el nororiente del Sinaí) con el fin de establecer allí una ciudad, asentamientos, etc. Y entonces los israelíes tomaron la que en mi opinión es la decisión más aciaga en la historia del país. Decidieron que preferían la expansión a la seguridad, y rechazaron la oferta de paz. Ahora bien, la cuestión crucial siempre es: ¿qué va a hacer el jefe? O, en otras palabras, ¿qué iba a decidir Washington? Y en Washington hubo una batalla burocrática al respecto. Al final Henry Kissinger, que se oponía a las negociaciones, ganó esa batalla interna. Como Kissinger

estaba a favor de lo que denominaba el «empate», sin negociaciones, respaldó la decisión de Israel de anteponer la expansión a la seguridad y eso condujo con rapidez a la guerra de 1973, la llamada guerra de Octubre. La situación era grave para Israel, que al igual que Estados Unidos reconoció que no podía sencillamente ignorar a Egipto. Empezó entonces un largo período de conversaciones diplomáticas que concluyó algunos años más tarde en Camp David, cuando Estados Unidos e Israel básicamente aceptaron la propuesta que Sadat había hecho en 1971. Eso es lo que en la doctrina occidental se conoce como una gran victoria diplomática del presidente Carter y Henry Kissinger. En realidad, fue una catástrofe diplomática. Podrían haber aceptado el mismo arreglo en 1971, y el coste de no hacerlo fue una guerra peligrosísima que estuvo cerca de convertirse en una gue-rra nuclear y enormes cantidades de sufrimiento y miseria. De hecho, lo que Estados Unidos e Israel tuvieron que aceptar en Camp David fue, desde su punto de vista, peor que la oferta original de Sadat, pues para esa época la cuestión de los derechos nacionales de los palestinos había entrado a formar parte de la agenda internacional; de modo que tuvieron que aceptar, al menos de palabra, que los palestinos tenían alguna forma de derechos nacionales en los territorios de los que se suponía que Israel iba a retirarse.

Entre tanto, hubo otro acontecimiento crucial. En 1976, los principales Estados árabes (Egipto, Siria, Jordania y otros) presentaron al Consejo de Seguridad una resolución en la que se pedía una solución al conflicto en los términos de la resolución 242 de la ONU. La nueva resolución repetía la redacción relevante de la 242 con sus garantías de derechos y

demás, pero con una adición, la exigencia de crear un Estado palestino en los territorios ocupados. Israel se negó a asistir a la sesión. Estados Unidos vetó la resolución. Y luego, en 1980, volvería a vetar una similar. Ahora bien, cuando Estados Unidos veta una resolución, el veto es doble. En primer lugar, la resolución no se aprueba; en segundo lugar, desaparece de la historia. Por ello estas resoluciones rara vez se mencionan incluso en contextos académicos y ciertamente nunca se dice nada sobre ellas en los medios de comunicación o en la discusión general. Es como si los acontecimientos que he descrito nunca hubieran ocurrido. No existen. Tienes que indagar a fondo para encontrar referencias a ellos. Esa es una de las prerrogativas del poder imperial. Mientras tengas una clase intelectual sumisa, como la que Occidente tiene a su disposición, puedes controlar la historia. No voy a ocuparme ahora de lo que ocurrió después, pero básicamente la situación continúa a grandes rasgos igual.

Hasta la actualidad, Estados Unidos e Israel han seguido oponiéndose al consenso mundial. Con excepciones raras y temporales, han continuado bloqueando un acuerdo político que cuenta con un respaldo casi universal, lo que significa que de haber hoy conversaciones de acercamiento serias, dirigidas quizás desde Marte, los dos antagonistas que habría que acercar serían Estados Unidos e Israel, por un lado, y el resto del mundo, por otro. Podríamos organizar conversaciones de acercamiento entre ellos y, si consiguiéramos hacerles llegar a un acuerdo, tendríamos una solución de este problema. Bien, esos son los hechos.

Como es evidente, los acontecimientos históricos son mucho más complejos que una simple descripción, pero esos

son los hechos básicos. No son en absoluto polémicos. Nadie serio los cuestiona, pero no forman parte del discurso general sobre estos temas porque conducen a conclusiones erróneas y, por tanto, es necesario excluirlos. Si hablo sobre esto en Occidente, en muchísimos lugares mis palabras serán casi ininteligibles. No es algo exclusivo de este caso. Algo que revela el extraordinario poder de la ideología imperial. Incluso los hechos más sencillos, más obvios y más cruciales son invisibles si no concuerdan con las necesidades del poder.

No soy en absoluto la primera persona que menciona es-te hecho. George Orwell, por ejemplo, escribió al respecto. Orwell sostuvo que en Inglaterra, una sociedad libre, las ideas impopulares podían suprimirse sin necesidad de usar la fuerza, solo de forma puramente voluntaria, y señaló algunas formas de conseguirlo. La más importante era la buena educación. Si tienes una buena educación, dijo, has interiorizado que existen ciertas cosas que no deben decirse o, incluso, ni siquiera pensarse. Su ensayo sobre el tema no es muy conocido porque ni siquiera llegó a publicarse, lo que quizás sea una demostración de su tesis. El ensayo debía servir de introducción a *Rebelión en la granja*. Todos hemos leído *Rebelión en la granja*, una obra acerca del Estado totalitario, el enemigo totalitario y su maldad. Pero, con el fin de que sus lectores no fueran a caer en la autocomplacencia, Orwell escribió una introducción a propósito de la libre Inglaterra, pero esta no se publicó. El texto se encontraría muchos años después entre sus papeles inéditos. No es su mejor ensayo, pero su argumento es correcto. Las ideas impopulares pueden suprimirse sin usar la fuerza, y una buena educación es un medio eficaz de alcanzar ese resultado.

Pues bien, mientras no seamos capaces de pensar lo que la ideología imperial nos prohíbe pensar, entender lo que está ocurriendo en el mundo va a resultarnos muy difícil.

A continuación volveré sobre las dos cuestiones cruciales de la política exterior estadounidense, pero antes permitidme añadir algo más sobre los antecedentes y el que creo que es el contexto pertinente. Estados Unidos es, por supuesto, la potencia dominante en los asuntos de interés mundial y lo ha sido desde la segunda guerra mundial. Es muy importante entender que hay muchos aspectos de la historia estadounidense que afectan su política hasta el presente y creo que eso no siempre se advierte de forma suficiente. Un hecho es que Estados Unidos es una sociedad colonial de colonos. El colonialismo de los colonos es de lejos la peor forma de imperialismo que existe pues destruye o elimina a los pobladores nativos. En mi opinión, parte de la razón por la que en Estados Unidos existe una simpatía más o menos reflexiva hacia Israel es el reconocimiento de que Israel en gran medida está reviviendo nuestra historia como sociedad colonial de colonos. Nosotros nos libramos de nuestra población indígena, e Israel ha estado haciendo algo similar.

Hay muchas ironías en esta historia. Los colonos originales se consideraban a sí mismos los hijos de Israel. Habían regresado a la Tierra Prometida. Les unía un principio que recorre la historia de Estados Unidos hasta el presente. Ese principio se llama providencialismo. Estamos cumpliendo la voluntad de Dios. Si exterminamos a los nativos, es que esa debe ser la voluntad de Dios. Por supuesto, intentamos ser buenos, intentamos ser benevolentes, pero en ocasiones los designios de Dios son misteriosos. Podéis leer discusiones de

jueces del Tribunal Supremo a los que sorprendía enormemente que los indios estuvieran siendo exterminados (según sus palabras, eran como hojas mustias que en otoño se lleva el viento) y que la inescrutable voluntad de Dios tuviera una consecuencia tan desgraciada. Somos benevolentes y trabajamos para mejorar su situación y somos amables con ellos, pero por alguna razón ellos se marchitan. Eso es el providencialismo.

El Estado de Massachusetts fue uno de los primeros lugares en los que se establecieron los colonos ingleses. El rey de Inglaterra le otorgó su estatuto en 1629. El estatuto estipulaba que la colonia sería benevolente con la población indígena, a la que ayudaría y rescataría del paganismo. Esa era la meta de la mancomunidad. De hecho, la colonia tenía un gran sello cuya imagen representaba esa meta. La imagen nos muestra a un indígena de cuya boca brota una cinta y la cinta dice: «Venid y ayudadnos». De modo que los indígenas decían «venid y ayudadnos» y los colonos fueron e intentaron ayudarles. Es lo que hoy se conoce como intervención humanitaria. Los colonos llegaron en ayuda de la población nativa, pero, por alguna razón, los indios se marchitaron como las hojas en el otoño debido a la inescrutable voluntad de Dios, la cual escapa a nuestra comprensión.

Otro hecho crucial acerca de Estados Unidos es que se lo fundó, explícitamente, como un Imperio. El padre del país, George Washington, definió a Estados Unidos como un imperio naciente y sus colegas estuvieron de acuerdo. El más libertario de los padres fundadores de la nación, Thomas Jefferson, predijo que las colonias recién liberadas se extenderían por todo el hemisferio. Crearían un hemisferio

libre en el que no habría rojos ni negros ni latinos. Los rojos, los indios, serían expulsados, o se marchitarían o desaparecerían. Los negros serían necesarios durante un tiempo para labores propias de esclavos, pero cuando la esclavitud terminara se les devolvería a donde pertenecían, a África y, más tarde, Haití. Por su parte, los latinos del sur, eran una raza inferior, así que de forma gradual serían desplazados por los anglosajones, la raza superior. Para citar a un importante historiador experto en el tema, Jefferson imaginaba a Estados Unidos como la patria para los millones que emigrarían y se reproducirían por todas partes en Norte y Suramérica, desplazando no solo a los pieles roja nativos sino también a la población de origen hispánico, para crear un continente que sería estadounidense en su sangre, su lengua, sus hábitos y su ideología política. Esa, en efecto, era la meta. No se logró por completo, pero, de un modo u otro, sí de forma sustancial. A lo largo del siglo XIX, Estados Unidos consolidó lo que hoy conocemos como su territorio nacional. Eso implicó exterminar prácticamente a la población indígena, como reconocieron sus líderes más honestos, conquistar la mitad de México y varias otras acciones no demasiado edificantes.

Los historiadores del imperialismo en ocasiones se refieren a lo que denominan la falacia del agua salada. La falacia del agua salada significa que el imperialismo solo recibe ese nombre cuando se cruza agua salada. Por tanto, si el río Misisipi hubiera sido tan ancho como el mar de Irlanda, entonces estaríamos ante un caso de imperialismo, pero como el Misisipi en realidad es más estrecho, entonces estamos ante otra cosa. Sin embargo, quienes llevaron a cabo la conquista

no se engañaban de esa forma. Sabían que la suya era un empresa imperialista cruzaran o no agua salada, y estaban muy orgullosos del logro imperial que fue el establecimiento del territorio nacional.

Para finales de siglo, tenían delante agua salada y expandieron sus conquistas a Cuba, Puerto Rico, Hawai, etc.; la conquista continuó con las Filipinas, donde mataron a cientos de miles de personas, pero siempre con la más benevolente de las intenciones. Era puro altruismo. Y lloraríais leyendo las odas inspiradas en la benevolencia de estas conquistas, esto también es una característica casi universal de la práctica imperial. Es difícil hallar una potencia imperial que no adopte el mismo tipo de postura.

Para la época de la primera guerra mundial, empezaba a reconocerse que el petróleo iba a convertirse en un recurso fundamental en el nuevo panorama mundial, de modo que Woodrow Wilson sacó a los británicos de Venezuela, un importante productor de petróleo, se hizo con el control y respaldó a un dictador despiadado. Eso continuó largo tiempo después de Wilson. En unos pocos años, Venezuela se convirtió en el mayor exportador de petróleo del mundo. Estados Unidos era el mayor productor, pero Venezuela era el mayor exportador bajo la dirección de las corporaciones estadounidenses. Y siguió siéndolo.

Que Oriente Próximo era una fuente de energía enorme fue algo que se entendió hacia la década de 1920, de modo que Estados Unidos decidió también intervenir en la región para hacerse con parte de las concesiones, que entonces estaban en su mayor parte en manos de los británicos y los franceses. Y Estados Unidos era ya lo bastante poderoso como

para hacerse con el control de parte de las concesiones. Durante la segunda guerra mundial, hubo de hecho una pequeña guerra entre Estados Unidos y el Reino Unido para determinar quién controlaría Arabia Saudita. Ambos eran conscientes de que el país estaba llamado a convertirse en una gran presea, y Estados Unidos, por supuesto, ganó ese conflicto y se hizo con el control.

Hasta la segunda guerra mundial, Estados Unidos no era un actor clave en los asuntos internacionales. Controlaba el hemisferio occidental y había hecho algunas incursiones en el Pacífico, pero los actores principales eran, en primer lugar, el Reino Unido y, en segundo lugar, Francia. La segunda guerra mundial cambió todo eso. Estados Unidos tenía con diferencia la economía más grande del mundo. Eso era cierto desde hace un siglo, pero entonces no era uno de los principales actores en los asuntos internacionales. El cambio vino tras la segunda guerra mundial, cuando resultó claro que emergería de la confrontación como la mayor potencia del mundo. Esto fue algo que entendieron los planificado-res del Departamento de Estado del presidente Roosevelt y del Consejo sobre Relaciones Exteriores, que celebraron muchísimas reuniones a lo largo de toda la guerra, desde 1939 hasta 1945, para planear el mundo de la posguerra, un mundo en el que Estados Unidos sería la potencia dominante. Sus planes eran importantísimos y, de hecho, se implementaron casi a medida que los describían. El concepto más importante que desarrollaron fue el de lo que denominaron la Gran Área. Esa Gran Área, que Estados Unidos controlaría en su totalidad, incluía el hemisferio occidental, por supuesto; todo Extremo Oriente; y el antiguo Imperio británico, incluidos los

recursos energéticos de Oriente Próximo. Por lo menos todo eso tenía que formar parte de la Gran Área.

Ahora bien, a comienzos de la guerra, estos planificadores dieron por sentado que Alemania emergería del conflicto convertida en una de las principales potencias europeas, de modo que habría dos mundos: el mundo estadounidense, con su control sobre la Gran Área, y el alemán, que tendría el control de parte de Europa y Asia. Para la época en que los soviéticos empezaron a hacer retroceder a los soldados alemanes después de Stalingrado, resultó claro que Alemania no iba a sobrevivir a la guerra, de modo que se amplió el concepto de la Gran Área para incluir tanto de Europa como fuera posible (por lo menos el núcleo económico, político y social de Eurasia, y principalmente Europa occidental). Y de hecho, se hicieron planes para ir todavía más lejos. Para 1943, los británicos empezaron a hacer planes para un período de posguerra en el que los Aliados atacarían de inmediato a Rusia y la destruirían. Winston Churchill, en particular, estaba decidido a ello. De hecho, en mayo de 1945, cuando la guerra llegó formalmente a su fin, ordenó que se elaboraran planes de guerra para lo que se llamó la operación Impensable: la Wehrmacht, el ejército alemán, apoyado por las fuerzas aéreas británica y estadounidense, atacaría y acabaría con Rusia. El plan nunca llegó a implementarse, pero la meta era clara. Como se declaró abiertamente, el objetivo de la bomba atómica era «someter a los rusos». Tales fueron las palabras del general Leslie Groves, que estaba a cargo del Proyecto Manhattan y el desarrollo de la bomba. En resumen, vamos a someteros y no podéis hacer nada al respecto.

En algún momento, se abrigó la esperanza de ampliar la

Gran Área a un área global. Lo que tampoco llegó a suceder, pero no estuvo muy lejos de hacerse realidad.

¿Y Oriente Próximo? Que los recursos petrolíferos de Oriente Próximo eran cruciales para el control del mundo era un hecho sabido. Y uno de los principales planificadores así lo señaló: controlar el petróleo de Oriente Próximo era controlar en buena medida el mundo. Francia fue expulsada de la región, los británicos poco a poco quedaron reducidos a un papel de socio menor, y Estados Unidos emergió como la fuerza dominante que controlaba el petróleo de Oriente Próximo y, por tanto, el mundo.

Ahora bien, aunque Europa occidental formaba parte de la Gran Área, siempre se consideró que tarde o temprano podría decidir seguir una ruta independiente, acaso para realizar la visión gaullista de una Europa unida desde el Atlántico hasta los Urales, y había que hacer algo al respecto. Pues bien, se hicieron varias cosas. Una de ella fue la OTAN. Uno de los principales objetivos de la OTAN es garantizar la contención de Europa dentro de una alianza militar dirigida por Estados Unidos. Las consecuencias de ello se prolongan hasta nuestros días. Esta preocupación por la posibilidad de que Europa decida ser independiente en ocasiones se manifiesta teñida de cierta dosis de desprecio. De hecho, hace apenas unos días, el presidente del Consejo sobre Relaciones Exteriores (la principal organización no gubernamental dedicada a las relaciones internacionales y la política exterior), Richard Haass, escribió un artículo titulado «Adiós Europa». Europa, dijo, no es ya una potencia relevante en los asuntos internacionales, y la razón para ello es que no es lo bastante violenta. Esto es, se está negando a proporcionar

tropas para controlar el mundo de forma adecuada, de modo que hay que decirle adiós y ella puede hundirse en el olvido. Nadie en realidad cree que eso sea así, pero la idea forma parte del telón de fondo. Y lo ha hecho a lo largo de esa especie de versión oficial de este período que se conoce como la Guerra Fría. ¿Qué fue la Guerra Fría?

Podéis atender a la ideología o atender a los hechos, los acontecimientos. Los acontecimientos de la Guerra Fría son muy claros. Los acontecimientos básicos fueron intervenciones y subversiones regulares dentro de la Gran Área, siempre justificadas por lo que John F. Kennedy llamó la «conspiración monolítica e implacable» para controlar el mundo: esa es la razón por la que teníamos que intervenir. Y los rusos hicieron lo mismo en sus dominios, que eran más reducidos. De hecho, la Guerra Fría fue en gran medida un pacto tácito entre la gran superpotencia y la pequeña superpotencia según el cual cada una era bastante libre de hacer lo que quisiera en sus dominios, Rusia en Europa oriental, Estados Unidos en el resto del mundo, apelando a la amenaza del enemigo. En oca-siones, las cosas se salieron de control y estuvieron cerca de desencadenar una guerra nuclear total, pero, en términos básicos, esa fue la estructura de la Guerra Fría.

Hay otro principio que conviene tener en mente ya que es uno de los principios más empleados en las relaciones internacionales hasta la actualidad: consiste en lo que podríamos denominar el principio mafioso. Los asuntos internacionales se manejan de forma muy similar a la mafia. El padrino no permite la desobediencia. Esto, de hecho, fue algo bastante explícito en la planeación de la Gran Área, si

bien las palabras empleadas no fueron exactamente esas.

En la Gran Área, Estados Unidos había de tener un «poder incontestable», contar con la «supremacía militar y económica» y limitar «cualquier ejercicio de soberanía» por parte de los Estados que pudiera interferir con sus designios globales. Ese es el principio mafioso. Y en realidad, esa es la amenaza que supone Irán. Los iraníes están intentando ejercer su soberanía, y de acuerdo con el principio mafioso eso no debe permitirse. No puedes tolerar la independencia. Tienes que hacerte obedecer. Lo que resulta bastante comprensible. Si alguien es desobediente, un país pequeño o, en el caso de la mafia, un tendero, y consigue salirse con la suya, otros podrían pensar que también lo lograrán, y con rapidez tendrás lo que Henry Kissinger llamaba un virus contagiando a todo el mundo. Si existe el riesgo de que el virus se propague, entonces tienes que matarlo y vacunar al resto de la población imponiendo una dictadura brutal, etc. Esta es una parte esencial de la historia de la Guerra Fría. Si os fijáis bien, veréis que a eso se resume todo.

Entre tanto, la Gran Área fue diversificándose cada vez más. En la década de 1950, después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos tenía, literalmente, la mitad de la rique-za del mundo y un poder y seguridad inimaginables. Para ladécada de 1970, tenía cerca de un 25 por 100 de la riqueza del mundo, lo que era mucho menos del 50 por 100, pero seguía siendo colosal. Los países industrializados se habían reconstruido y se había producido la descolonización. El mundo estaba haciéndose «tripolar», según se decía: el sistema norteamericano, centrado en Estados Unidos; Europa, basada principalmente en Alemania y Francia; y la

economía del noreste asiático, entonces en pleno desarrollo, centrada en Japón. En la actualidad, el mundo se ha diversificado todavía más. La estructura se ha hecho más compleja y mucho más difícil de controlar. Latinoamérica, por primera vez en la historia, realiza avances hacia un mayor grado de independencia. Se están desarrollando contactos entre distintos países del hemisferio sur, y China, por ejemplo, se ha convertido en el principal socio comercial de Brasil. China, asimismo, ha empezado a involucrarse en Oriente Próximo, la región clave, donde celebra contratos y compra petróleo.

En estos días se discute mucho en los círculos de la política exterior sobre el cambio de poder en el sistema mundial debido al hecho de que China y la India estén convirtiéndose en las nuevas grandes potencias. Eso no es muy exacto. China y la India están creciendo y desarrollándose, pero siguen siendo países muy pobres, con problemas internos enormes. Sin embargo, sí hay un cambio de poder global, pero este es de la mano de obra al capital privado. Existe un centro de producción asiático cuyo centro es China, que en gran medida consiste en una planta de ensamblaje para países asiáticos más avanzados (Japón, Singapur, Taiwán, Corea del Sur), que producen tecnología sofisticada, piezas y componentes, y los envían a China para su ensamblado y de allí a Estados Unidos y Europa. Las grandes corporaciones estadounidenses están haciendo lo mismo. Producen mercancías de alta tecnología que se envían a China, donde se ensamblan, y que luego la gente compra en sus países en forma de iPods, ordenadores y demás. Se los considera exportaciones chinas, pero eso es bastante engañoso. Esto es

algo que se aprecia con claridad cuando se estudian las estadísticas reales. Así que hay mucha preocupación acerca de la deuda estadounidense. Con todo, el máximo tenedor de deuda estadounidense es en realidad Japón, no China. Existe preocupación acerca del déficit comercial. Compramos muchísimo más a China de lo que exportamos a ese país. Entre tanto, el déficit comercial con Japón, Corea del Sur y Taiwán se ha reducido. La razón es que Japón, Corea del Sur, etc., ensamblan sus productos en China. Esos productos cuentan en Estados Unidos como importaciones de China, pero eso es en extremo engañoso. Es el centro de producción asiático lo que se está desarrollando, y tanto las corporaciones estadounidenses como las economías avanzadas de la región están profundamente involucradas en ese proceso. Entre tanto, la porción de la riqueza mundial que corresponde a la mano de obra está reduciéndose. De hecho, en relación a la economía, en China está reduciéndose incluso más rápido que en otras partes del mundo. Por tanto, cuando observamos el mundo de forma realista, encontramos que efectivamente hay un cambio de poder mundial, pero no porque China y la India estén desplazando a Estados Unidos. Es un cambio de la clase trabajadora de todo el mundo al capital transnacional, que es el que está enriqueciéndose. Básicamente es la vieja historia, pero ha adoptado nuevas formas debido a la disponibilidad de la mano de obra mundial. El capital es móvil, el trabajo no, y eso tiene consecuencias obvias.

Todo esto está muy bien para las instituciones financieras y los gerentes y los presidentes ejecutivos y las cadenas de venta al por menor, pero es muy perjudicial para la población. Eso explica en parte muchos de los problemas sociales

significativos que hoy vemos en Estados Unidos, pero ahora no podemos ocuparnos de ello.

Para tener una auténtica comprensión de la política mundial, un momento clave al cual prestar atención es la planeación de la Gran Área durante la segunda guerra mundial y su posterior implementación. Otro momento clave es el final de la Guerra Fría.

¿Qué ocurrió al final de la Guerra Fría? En 1989, cuando cayó el Muro y la Unión Soviética se derrumbó, ya no hubo más Guerra Fría. ¿Qué ocurrió? El presidente de Estados Unidos en esa época era George Bush, el primer George Bush, y su gobierno de inmediato elaboró nuevos planes para lidiar con el sistema posterior a la Guerra Fría. Esos planes consistían, en re-sumen, en que todo seguiría como antes, pero con nuevos pretextos. Por tanto, seguiríamos teniendo una fuerza militar enorme, pero ya no para defendernos de los rusos, que habían desaparecido, sino para defendernos (y estoy citando) de la «sofisticación tecnológica» de las potencias tercermundistas. Se supone que esto no debería provocar risas. Esa es la razón por la que seguimos necesitando una fuerza militar enorme, y las personas bien educadas, siguiendo el principio de Orwell, no se ríen. Las personas educadas dicen: «Sí, así es, necesitamos defendernos de la sofisticación tecnológica de las potencias tercermundistas». Por tanto era necesario mantener lo que se conoce como la «base industrial de defensa», un eufemismo para hablar de la industria de alta tecnología. La industria de alta tecnología no se ha desarrollado sencillamente según los principios del libre mercado. El sistema corporativo puede proporcionar más alternativas al consumidor, pero la alta

tecnología se desarrolla sustancialmente en el sector estatal: los ordenadores, la Internet, etc., se desarrollaron con el pretexto de la defensa nacional. De modo que pese a que la Guerra Fría había terminado, necesitábamos mantener la «base industrial de defensa». Esa es la meta estatal: apoyar la industria de alta tecnología.

¿Y qué hay de las fuerzas de intervención? Pues bien, las mayores fuerzas de intervención se encuentran en Oriente Próximo, que es donde están los recursos energéticos. Los planes para la posguerra fría señalaban que debíamos mantener esas fuerzas de intervención en Oriente Próximo y luego agregaban una frase interesante: donde los problemas graves «no se pueden achacar al Kremlin». En otras palabras, los problemas en Oriente Próximo no los causaban los rusos. Lo que a su vez significa, en otras palabras, que os hemos estado mintiendo durante cincuenta años, pero ahora el cielo se ha despejado y tenemos que deciros la verdad o, al menos, parte de ella. El problema no eran los rusos desde el principio. El problema era lo que se conoce como nacionalismo radical, o nacionalismo independiente, esto es, las fuerzas que buscan ejercer su soberanía y asumir el control de sus propios recursos. Y eso, como enseña el principio mafioso, es algo intolerable en todo el mundo. No puedes permitirlo. Y el problema sigue allí, de modo que seguimos necesitando fuerzas de intervención. En Oriente Próximo y en Latinoamérica y en todas partes, aunque ya no haya rusos.

¿Qué pasa entonces con la OTAN? El caso de la OTAN es muy interesante. Si habéis creído en algo de lo que leísteis durante los años de la Guerra Fría, habréis concluido que la OTAN debería haber desaparecido con el colapso de la Unión

Soviética. Se suponía que el propósito de la OTAN era proteger a Europa de las hordas rusas. Estamos de acuerdo, ¿no? Pues bien, una vez no hay más hordas rusas, ¿qué pasa con la OTAN? Pasa que en lugar de desaparecer se amplió. De hecho, sigue expandiéndose en este momento. Los detalles son de sobra conocidos. Los académicos han estudiado bastante bien lo ocurrido. Gorbachov, el presidente de la Unión Soviética, hizo una concesión extraordinaria. Accedió a que la Alemania reunificada se uniera a la OTAN, una alianza militar hostil. Fue algo extraordinario sin duda. Alemania sola había prácticamente destruido Rusia dos veces en el último siglo, y ahora Gorbachov estaba permitiéndole sumarse a una alianza militar con Estados Unidos. Por supuesto había un *quid pro quo*. Gorbachov pensaba que se había acordado que la OTAN se convertiría en una organización más política. De hecho, esto fue lo que le prometió la administración Bush. La OTAN se convertiría en una organización más política y no se expandiría «ni un centímetro al Este». Esa fue la frase que se usó. No se expandiría en Alemania oriental o ciertamente no más allá de. Pues bien, Gorbachov fue ingenuo. Aceptó el acuerdo sin darse cuenta de que la administración Bush no lo había puesto por escrito. Era solo un acuerdo verbal, un pacto de caballeros, pero basta tener un poco de sensatez para entender que no es posible hacer pactos de caballeros con una superpotencia violenta. Gorbachov se enfadó muchísimo cuando descubrió que el acuerdo no tenía valor alguno. Cuando la OTAN empezó de inmediato a expandirse hacia el Este, sacó a colación el pacto y Washington señaló que no había nada por escrito, lo que era cierto: era un pacto de

caballeros. De modo que la OTAN se expandió al Este. Primero a Alemania oriental, con gran rapidez, y luego, durante los años de Clinton en el poder, dentro de Europa oriental; y más tarde, se expandiría todavía más. En la actualidad, el secretario general de la OTAN sostiene que la organización debería ampliarse aún más. La OTAN debería encargarse del control de todo el sistema de energía mundial, es decir, los oleoductos, las rutas marítimas y los recursos.

Hace apenas unas cuantas semanas, se celebró una reunión internacional, presidida por Madeleine Albright, la secretaria de Estado de Clinton. Los asistentes elaboraron un plan llamado OTAN 2020 y dijeron que la organización debía prepararse para operar más allá de sus fronteras sin límite alguno, en otras palabras, que la organización debía convertirse en una fuerza de intervención militar mundial a órdenes de Estados Unidos. La OTAN ya no está para defendernos de los rusos, su propósito real es el control del mundo entero.

Pues bien, permitidme ahora volver sobre el conflicto entre Israel y Palestina y decir unas cuantas palabras a la luz de este contexto. Ya he hablado un poco de los hechos en relación a Estados Unidos. La cuestión se resume en el rechazo total de Estados Unidos, su negativa a sumarse al que de forma general se considera el acuerdo político más sensato. No obstante, hubo una importante excepción, una excepción muy interesante. A finales de su presidencia, en el año 2000, Clinton reconoció que las propuestas que él e Israel habían presentado en Camp David habían fracasado. Reconoció que esas propuestas nunca resultarían aceptables para los palestinos de modo que las cambió. En diciembre de 2000

presentó lo que llamó unos parámetros, un marco general para un acuerdo. El marco era vago, pero evidencia una actitud más dispuesta. Luego Clinton pronunció un discurso en el que dijo que ambos bandos habían aceptado los parámetros, y que ambos habían manifestado sus reservas. Después, en enero, israelíes y palestinos se reunieron en Taba, Egipto, para intentar resolver sus diferencias y estuvieron muy cerca de llegar a un acuerdo total. En su última conferencia de prensa conjunta dijeron que con un poco más de tiempo habrían alcanzado un acuerdo completo. Pues bien, después de eso Israel dio por terminadas las negociaciones y ese fue el fin de la historia.

Eso nos dice algo. Nos dice que si Estados Unidos presiona a ambos bandos para que se sumen al consenso mundial y permitan una solución política del conflicto, esta es posible. Desde 2001 han ocurrido muchas cosas, pero creo que esos principios se mantienen. Al respecto, creo que es llamativo ver cómo lidian con los acontecimientos quienes escriben la historia. Uno de los principales libros acerca de las negociaciones es el de Dennis Ross, el principal negociador de Clinton. Ross ofrece un relato detallado de todos los esfuerzos de Estados Unidos, el árbitro neutral, para acercar a los dos bandos y, al final, concluye que todo fue culpa de los palestinos. Los palestinos rechazaron todo lo que se les ofreció. Ross se cuida mucho de terminar su libro en diciembre de 2000, justo antes de que su principal tesis quedara refutada por completo unas semanas después. Termina su libro ahí y nadie cree necesario comentar nada al respecto. Eso sí que es disciplina. Si quieres ser un intelectual respetable, tienes que entender cómo funcionan las cosas. No

dejas al descubierto al poder, sobre todo si tienes esperanzas de hacer carrera en el mundo académico o en la diplomacia. Por tanto, Ross termina su libro antes de que su tesis sea refutada, y eso se acepta y se convierte en historia, pese a que excluye realidades cruciales, como sucede con los acontecimientos previos que he descrito hasta ahora. Pero esa realidad se mantiene y continúa hasta la actualidad. Así las cosas, ¿qué opciones le quedan hoy a los palestinos y aquellos que se preocupan por los derechos de los palestinos?

Una opción es que Estados Unidos se sume al resto del mundo como hizo durante un par de semanas en enero de 2001 y acepte alguna versión del consenso internacional, un acuerdo similar al de Taba, por ejemplo. Ahora bien, existe la opinión, muy común entre muchos grupos palestinos y otros que apoyan su causa, de que esa no es una posibilidad real y que hay una alternativa mejor. La alternativa mejor que estos grupos proponen consiste en dar la llave a los israelíes y que estos la acepten. Si los líderes palestinos entregan a Israel todos los territorios ocupados, sostienen, se desencadenará una lucha por los derechos civiles, una lucha interna contra el *apartheid* al que se somete a los palestinos que es posible ganar y que tendrá resultados. Hay muchas personas buenas que defienden esta idea, pero se les escapa que hay una tercera alternativa. La tercera alternativa es que Estados Unidos e Israel continúen haciendo exactamente lo que han estado haciendo, a saber, una versión de lo que Ehud Olmert llamaba *convergencia* cuando era primer ministro. Israel se apodera de todo dentro de todo lo que hay en el muro de anexión al que llama muro de separación. Se apodera de los recursos hídricos, de la tierra valiosa, de los barrios de las afueras de

Jerusalén y de Tel Aviv, etc. Se apodera asimismo de lo que llaman Jerusalén y es en realidad la inmensa área de la Gran Jerusalén. Se apodera del valle del río Jordán, más tierra cultivable. Y luego abre corredores entre las regiones restantes para dividirlas en cantones separados. Por ejemplo, hay uno al oriente de Jerusalén que llega casi hasta Jericó, lo que prácticamente parte en dos Cisjordania, y existen otros distintos más al norte.

Ahora bien, ¿qué pasa con los palestinos en este caso? Sencillamente quedan fuera. Algunos, muy pocos, quedarán incorporados en las áreas valiosas que Israel decida controlar, de modo que no habrá ninguna lucha por los derechos civiles. Tampoco habrá lo que se conoce como «problema demográfico»: la presencia de demasiados árabes en el Estado judío. El resto de los palestinos se marcharán o Israel los dejará vegetar en las colinas, apartados de la elite privilegiada. Ellos no forman parte de lo que Israel busca controlar. Con lo que deje, los palestinos podrán hacer lo que quieran. Si quieren llamarlo Estado, muy bien, que lo hagan. De hecho, el primer ministro israelí que hizo esta propuesta fue Netanyahu. Él fue el primer primer ministro israelí que dijo: «Sí, puede haber un Estado palestino». Lo hizo en 1996. Ese año llegó al poder. Reemplazó a Shimon Peres. Al dejar el cargo, Peres dijo que nunca habría un Estado palestino. Netanyahu asumió el cargo y el gobierno dijo: «los palestinos pueden llamar cómo quieran los trozos que les dejemos, pueden llamarlos Estado o pueden llamarlos "pollo frito"». Eso se prolonga hasta el presente. Hace unas pocas semanas, Silvan Shalom, que es el viceprimer ministro y el ministro de Desarrollo Regional, respondió a las iniciativas palestinas

para la creación de las bases para un Estado; cuando se le preguntó qué pensaba de ello, dijo: «Eso está bien, si quieren llamar a lo que les dejemos Estado, no hay problema. Será un Estado sin fronteras, justo como Israel, que es también un Estado sin fronteras. Por supuesto, nosotros nos quedaremos con todo lo que tiene valor, y ellos tendrán pollo frito, pero eso está bien, y con eso debería terminar la presión a la que nos someten para que alcancemos un acuerdo diplomático y todo será maravilloso».

Bueno, eso ciertamente constituye un avance. Si nos remontamos a 1990, por decir algo, la posición del gobierno israelí y del gobierno de Estados Unidos, James Baker y George Bush, era que los palestinos sí tenían un Estado, a saber, Jordania, y que no podía dárseles otro Estado adicional. Esa era la posición oficial desde 1990, así que por lo menos en eso ha habido una ligera mejoría. Estados Unidos e Israel coinciden hoy en que Jordania no es un Estado palestino y en que los palestinos pueden tener su pollo frito, los trozos de territorio que Estados Unidos e Israel tengan a bien asignarles. Esa es la alternativa.

¿Qué hay de la lucha por los derechos civiles, la lucha contra el *apartheid*? Esa no es ninguna alternativa. Las dos opciones disponibles son la solución de dos Estados de acuerdo con el consenso internacional y el derecho internacional, quizás siguiendo las líneas que estuvieron a punto de alcanzarse en Taba; o el «pollo frito», mientras que Israel se apodera de todo lo que desea, como puede hacer mientras cuente con el apoyo indefectible de Estados Unidos.

Ahora bien, quisiera para terminar decir solo algo más acerca de las perspectivas probables. Se han propuesto

muchas analogías entre Israel y Sudáfrica. La mayoría de ellas son bastante dudosas, en mi opinión. Por ejemplo, Ariel Sharon, el arquitecto de la política de asentamientos, llamó «bantustanes» a los fragmentos de territorio dejados a los palestinos. Pero esos trozos no son bantustanes. Esa denominación es engañosa, pues la situación es mucho peor de lo que era en Sudáfrica. La Sudáfrica blanca necesitaba a la población negra. Los negros eran la mano de obra, y constituían el 85 por 100 de la población del país, de modo que los blancos tenían que cuidar de ellos de la misma forma en que los propietarios de esclavos tenían que cuidar de sus esclavos, y por eso los racistas sudafricanos dieron cierto apoyo a los bantustanes. Israel, en cambio, no necesita a los palestinos y no los quiere. De modo que no hay problema si, al igual que los nativos estadounidenses, se marchitan como las hojas en el otoño. Tampoco hay problema, si se marchan lejos. Los israelíes no van a responsabilizarse de su suerte porque, repito, no los necesitan. Eso es lo que hace que su situación sea peor que el *apartheid*. Los territorios ocupados no son bantustanes. Esa analogía no funciona, y hay muchas otras que tampoco lo hacen; con todo, existe una analogía que sí creo correcta, pero que no suele discutirse.

Hace cincuenta años, la Sudáfrica blanca empezaba a reconocer que estaba convirtiéndose en un Estado paria. El mundo la estaba aislando. Cada vez tenía menos apoyo. Y todos parecían odiarla más y más. En ese punto, un ministro de Exteriores sudafricano habló con el embajador de Estados Unidos en el país, y le señaló que aunque en Naciones Unidas todos estaban votando contra ellos, eso carecía de importancia pues, como ambos sabían, en Naciones Unidas

solo hay un voto que de verdad cuente, el voto estadounidense, de modo que mientras contaran con su apoyo, lo que el resto del mundo pensara era irrelevante. Eso era un reconocimiento del principio mafioso, lo que en relaciones internacionales se llama realismo. Y el ministro tenía razón. Si miráis lo que ocurrió en las siguientes décadas, veréis que la oposición a Sudáfrica continuó creciendo y desarrollándose. Hacia 1980 había sanciones y una campaña de desinversión. Las corporaciones occidentales empezaron a retirarse del país. Incluso el Congreso de Estados Unidos impuso sanciones. Pero nada cambió. El motivo era que Washington seguía apoyando a Sudáfrica. Ronald Reagan, que era entonces el presidente, incumplió las sanciones aprobadas por el Congreso por una razón: la guerra contra el terrorismo que había declarado al tomar posesión del cargo en 1981. Él estaba llevando a cabo una guerra contra el terrorismo, y los blancos sudafricanos estaban siendo amenazados por el terrorismo del Congreso Nacional Africano (CNA) de Nelson Mandela. En 1988, Washington declaró que el CNA era uno de los «peores grupos terroristas» del mundo. Lo que el resto del mundo pensara en realidad no importaba; de hecho, tampoco importaba lo que el pueblo estadounidense o el Congreso pensaran. Si no os gusta, muy bien, pero nosotros no vamos a ceder. Por esa época, finales de la década de 1980, la Sudáfrica blanca parecía absolutamente invulnerable. Había tenido victorias militares y se estaba enriqueciendo. Todo parecía marchar bien, y estaba muy satisfecha. Sin embargo, dos o tres años después, Estados Unidos cambió su política y el *apartheid* colapsó. Cuando el padrino cambia de política, las cosas cambian. El

resultado no fue precisamente hermoso, y el país tiene todavía un largo camino por recorrer, pero la eliminación del *apartheid* fue sin duda una gran victoria. Nelson Mandela también obtuvo una victoria personal, aunque fuera algo más lenta. Hace apenas un año Washington le sacó de la lista de personas que apoyaban el terrorismo y por fin pudo viajar a Estados Unidos sin necesidad de una dispensa especial.

Básicamente eso fue lo que ocurrió, y pienso que eso mismo podría ocurrir con Israel. Si Estados Unidos cambia de política y decide unirse al resto del mundo, Israel no tendrá otra opción que ceder. Eso no acabará con todos los problemas, del mismo modo que el final del *apartheid* no acabó con todos los problemas de Sudáfrica. Siempre creí y sigo creyendo que hay mejores soluciones que el consenso internacional sobre la solución de dos Estados, pero en el mundo real, es probable que ese sea un primer paso indispensable para cualquier progreso futuro hacia una solución más justa.

Ahora bien, como mencioné, el sistema internacional es hoy muy complejo. Están surgiendo organizaciones que son independientes de Estados Unidos. Hay países que mantienen su soberanía, como China, por ejemplo, y cada vez hay más diversificación. E incluso dentro de los dominios de Estados Unidos, se están dando pasos hacia un mayor grado de autonomía. Tomemos el caso de Egipto, el segundo mayor receptor de ayuda militar estadounidense después de Israel. Hace algunas semanas hubo unas reuniones internacionales acerca de la proliferación de armas nucleares. Egipto, hablando en nombre de los ciento dieciocho Estados del movimiento de los países no alineados, adoptó una posición

muy firme, basada en principios sólidos, a favor de la creación de una zona libre de armas nucleares en Oriente Próximo. Ese es un principio que para cualquiera resulta muy difícil objetar. Eso mitigaría o acabaría cualquier amenaza nuclear que pueda plantear Irán, en teoría la principal preocupación de la política exterior de Estados Unidos. Por supuesto, un acuerdo semejante involucraría a las fuerzas de Israel y Estados Unidos en la región, lo que de algún modo puso a Estados Unidos en un aprieto. No puede manifestarse en su contra, pero tampoco puede manifestarse a favor de él, de modo que encontró un modo de evadir el dilema, dando por sentado que, según el principio de Orwell, las clases intelectuales ocultarían lo que estaba ocurriendo. La administración Obama declaró que apoyaba la zona libre de armas nucleares, pero dijo que no era el momento adecuado para crearla: tenemos que esperar a que haya un acuerdo de paz integral. Pero dado que Estados Unidos e Israel pueden con su rechazo diferir indefinidamente ese acuerdo, como ha ocurrido en el pasado, eso significa que la amenaza de una zona libre de armas nucleares también se diferirá indefinidamente. Hasta el momento, Washington se ha salido con la suya con esta estrategia, pero movimientos populares que adopten una posición independiente podrían presionar y forzar un cambio de actitud.

Existen muchos otros puntos en los que el sistema de dominio imperante es vulnerable pese a su indudable poderío. Las personas tenemos a nuestro alcance muchas formas de influir y determinar el curso del futuro.

DISCURSO PARA LA CONFERENCIA NACIONAL CONTRA LA GUERRA

23-25 de julio de 2010, Albany, Nueva York

Me complace mucho tener la oportunidad de decir unas cuantas palabras en la Conferencia Nacional Contra la Guerra, de Albany, y lamento que las circunstancias me impidan estar con vosotros en persona.

Resulta innecesario subrayar la importancia de la tarea que estáis emprendiendo o las dimensiones del reto. Todos las conocemos muy bien. Estados Unidos gasta en guerras o preparándose para la guerra tanto como el resto del mundo en su conjunto, y siendo un país tecnológicamente avanzadísimo, cuenta con planes concretos, registrados en los libros de contabilidad, para las guerras del futuro, planes que van desde los vehículos no tripulados diminutos capaces de matar a alguien en su sala de estar hasta plataformas espaciales que pueden lanzar ataques casi instantáneos y enormemente destructivos contra cualquier lugar del mundo. Estados Unidos también es responsable del 70 por 100 de las ventas de armas y durante la presidencia de Bush II se opuso

en solitario a la creación de un tratado que regulara el comercio de armas a nivel mundial. Para ser exactos, en realidad no se opuso en solitario, pues en 2008 Zimbabue le secundó. Un apoyo demasiado embarazoso para merecer un lugar en las noticias.

Estados Unidos se encuentra actualmente librando dos guerras de agresión en Asia y está planeando una tercera. El gasto militar ha llegado a cotas sin precedentes durante la presidencia de Obama. Hoy existe, y se fomenta, una gran preocupación acerca del déficit. Dejemos a un lado el hecho de que *deberíamos* permitir cierto déficit para superar la catástrofe económica causada por las instituciones financieras a las que se les ha encargado poner tiritas en un cáncer cuyos principales responsables son ellas mismas y sus representantes en Washington. Si se observa con seriedad el déficit, tenemos que cerca de la mitad corresponde al gasto militar, y el resto se debe en su mayoría al sistema de asistencia sanitaria costoso e irremediablemente ineficiente que nos imponen esas mismas manos. Sin embargo, las formas obvias de lidiar con el déficit no figuran entre las prioridades del gobierno. En lugar de ello, la atención ha de centrarse en privar a los estadounidenses pobres de sus magros beneficios.

Esta clase de consideraciones son muy serias para quienes se preocupan por este país, pero, como es obvio, resultan marginales cuando se las compara con los costos que nuestra dedicación a la violencia criminal tiene para sus víctimas. Omitiré los espantosos detalles, que son de sobra conocidos por todos nosotros.

Resulta que estoy hablando casi un mes antes de que

vosotros os reunáis en Albany, y los acontecimientos se desarrollan hoy a un ritmo tan acelerado que lo que estoy diciendo casi con seguridad será desfasado, al menos en parte, para cuando se celebre la conferencia. Hablo poco después del fiasco de McChrystal y el nombramiento de su superior, el general Petraeus, para reemplazarlo en Afganistán. Se da por sentado, y es verosímil, que una de las consecuencias de este cambio será una relajación de las reglas de enfrentamiento, con lo que matar civiles será más fácil y la guerra se prolongará todavía más en el futuro, pues Petraeus tiene una influencia considerable en el Congreso y la empleará para conseguir que así sea.

Lo mismo puede suceder con la guerra de Irak. No voy a repasar la desagradable historia de ese conflicto, pero quiero mencionar una sola característica de él, una característica clave. Los invasores estadounidenses se han visto obligados a retirarse, paso a paso, de sus objetivos iniciales, lo que constituye un triunfo trascendental de la resistencia masiva no violenta. Los invasores eran buenos matando insurgentes, pero no podían lidiar con los centenares de miles de manifestantes que pedían unas elecciones que las autoridades de ocupación buscaban con desesperación evitar y luego intentaron subvertir. Los defensores de la guerra, por supuesto, niegan estos hechos, pero los analistas más serios, como Jonathan Steele, los comprenden bien. El título del importante libro de Steele sobre la guerra es *Defeat*, «Derrota», y es exacto.

Cuando Estados Unidos se vio obligado a dar marcha atrás, los objetivos de la guerra se expusieron con mayor claridad. Los estribillos usuales acerca de la democracia resultaban

insuficientes en un momento en el que Washington buscaba aferrarse al conflicto ante la resistencia de los iraquíes y la oposición de los estadounidenses. En noviembre de 2007, la administración Bush publicó una «Declaración de principios» para los gobiernos de Irak y Estados Unidos. La Declaración afirma que las fuerzas estadounidenses han de permanecer de forma indefinida en Irak y compromete al país a facilitar y fomentar «el flujo de inversiones extranjeras hacia Irak, en especial las inversiones estadounidenses».

Esta descarada expresión de voluntad imperial quedó subrayada un par de meses después cuando Bush, sin hacer ruido, publicó otra «declaración firmada» anunciando que rechazaría disposiciones cruciales de las leyes aprobadas por el Congreso que acababa de firmar, incluida la disposición que prohibía gastar dinero de los contribuyentes para «establecer cualquier instalación o base militar con el propósito de proporcionar sedes permanentes a las fuerzas de Estados Unidos en Irak» o «ejercer el control de los recursos petrolíferos de Irak». No se tolerará nada similar, aunque cuente con la aprobación del Congreso y la firma del presidente. Eso fue en enero de 2008.

Y fue un último y desesperado intento. Poco después, la administración Bush se vio obligada a firmar un «acuerdo sobre el estatus de las fuerzas» (SOFA por sus siglas en inglés) en el que se eliminaban todas estas exigencias. Al menos formalmente, Estados Unidos está comprometido a retirar sus fuerzas en 2011 y las empresas estadounidenses no han tenido suerte en la competición por los recursos iraquíes. Pero, subrayo, «formalmente». Pocas son las noticias que llegan de Irak, y la información al respecto es escasa, pero

todo parece indicar que la construcción de unas bases militares enormes para las fuerzas estadounidenses ha continuado, y Obama ha presupuestado un aumento sustancial de los fondos para la gigantesca embajada de Estados Unidos en Bagdad, que en realidad es una ciudad dentro de la ciudad; Obama tiene planes similares para Islamabad y Kabul. Todo esto indica que se prevé una estancia prolongada con un impacto considerable.

Como si dos guerras en la región no fueran suficientes, Obama está ahora construyendo una tercera, contra Irán, el país que, según muchos afirman, constituye la mayor amenaza a la que se enfrenta Estados Unidos. El Congreso acaba de endurecer las sanciones contra Irán. Obama ha ampliado repetidas veces la capacidad ofensiva de Estados Unidos en la isla de Diego García, un atolón reclamado por los británicos, que a mediados de la década de 1960 expulsaron a la población nativa para que Estados Unidos pudiera construir la enorme base que hoy utiliza para atacar Oriente Próximo y Asia Central. La armada estadounidense está ampliando las instalaciones para submarinos nucleares armados con misiles Tomahawk, los cuales pueden equiparse con cabezas nucleares. Según se informa, cada submarino tiene el poder de ataque de un grupo de combate de portaviones típico. La expansión militar de Obama también incluye centenares de bombas «antibúnker», las más poderosas del arsenal de armas nucleares de corto alcance, diseñadas para volar estructuras subterráneas reforzadas. Esas bombas empezaron a planearse durante la administración Bush, pero el proyecto languidecía. Obama lo aceleró con nitidez tan pronto asumió la presidencia, y en la actualidad se

prevé que puedan desplegarse años antes de lo planeado; y, por supuesto, apuntarán a Irán.

El respetado analista británico Dan Plesch observó que los estadounidenses «se están preparando a conciencia para la destrucción de Irán. En la actualidad los bombarderos y misiles de largo alcance de Estados Unidos están listos para destruir diez mil blancos en Irán en cuestión de horas. La capacidad bélica de las fuerzas estadounidenses se ha cuadruplicado desde 2003», un proceso que se ha acelerado con Obama.

La prensa árabe ha informado de que una flota estadounidense (acompañada de una embarcación israelí) pasó por el canal de Suez de camino al golfo Pérsico, donde su tarea es «implementar las sanciones contra Irán y supervisar los buques que llegan y salen del país». El almirante Michael Mullen, presidente del Estado Mayor Conjunto, visitó Afganistán hace unos pocos días. A su regreso, viajó a Israel para reunirse con oficiales de alto rango y estrategas del ejército. El periódico más importante del país, *Haaretz*, informó de que la reunión había girado alrededor de «la preparación tanto de Israel como de Estados Unidos para la posibilidad de un Irán con capacidad nuclear». Esa reunión difícilmente apareció aquí en las noticias, como la mayoría de los hechos que acabo de reseñar, y ello a pesar de que su relevancia y urgencia extremas resultan evidentes (o acaso precisamente por eso).

Las amenazas crecientes de una acción militar contra Irán constituyen, por supuesto, una violación de la Carta de Naciones Unidas y una violación específica de la resolución 1887 de septiembre de 2009 del Consejo de Seguridad, que

reafirmó su llamado a que todos los Estados resolvieran de forma pacífica sus disputas sobre temas nucleares, de acuerdo con la Carta, que prohíbe recurrir a *la amenaza* o el uso de la fuerza.

¿En qué consiste exactamente la amenaza iraní? Ha habido muchos pronunciamientos apocalípticos que, sin embargo, se niegan a descender al nivel de las pruebas o la argumentación sensata. Una respuesta autorizada nos la proporciona un informe gubernamental sobre la amenaza militar iraní que fue presentado al Congreso en abril. El régimen clerical iraní es sin duda una amenaza para su propio pueblo, pero su brutalidad no resulta particularmente elevada cuando se la compara con la de los aliados de Estados Unidos en la región. Y en cualquier caso no es eso lo que interesa al informe. En lugar de ello, el informe se ocupa de la amenaza que Irán plantea a la región y al mundo.

El estudio deja en claro que esa amenaza no es de naturaleza militar. El gasto militar iraní es «relativamente bajo en comparación con el resto de la región» y minúsculo cuando se le compara con Estados Unidos. La doctrina militar iraní es estrictamente «defensiva … diseñada para retrasar una posible invasión y forzar una solución diplomática de las hostilidades». Irán solo cuenta con «una capacidad limitada para proyectar su poder más allá de sus fronteras». Y en lo relativo a la opción nuclear: «el programa nuclear de Irán y su interés en dejar abierta la posibilidad de desarrollar armas nucleares es una parte central de su estrategia de disuasión».

Ahora bien, el hecho de que la amenaza de Irán no sea militar no implica que sea tolerable para Washington. Que Irán aspire a tener capacidad de disuasión es un ejercicio de

soberanía ilegítimo que interfiere con los designios globales de Estados Unidos. Específicamente, amenaza el control de los recursos energéticos de Oriente Próximo por parte de Estados Unidos, una de las máximas prioridades de los estrategas estadounidenses desde la segunda guerra mundial, pues como señaló un influyente demócrata liberal hace sesenta años, dando expresión a algo que era de dominio público, el control de esos recursos otorga «un control sustancial del mundo».

No obstante, la amenaza iraní va más allá de su capacidad de disuasión, pues el país también busca ampliar su influencia. Irán está «desestabilizando» la región. Mientras que la invasión y ocupación militar de los países vecinos de Irán por parte de Estados Unidos es «estabilización», los esfuerzos de Irán por aumentar su influencia sobre sus vecinos son «desestabilización», y por tanto es evidente que carecen de legitimidad. (Entre paréntesis: tal es el uso habitual de los términos «estabilización» y «desestabilización».)

Además de ser culpable de los crímenes de disuasión y de intento de establecer relaciones amistosas con países vecinos, Irán también está apoyando el terrorismo, continúa señalando el informe gubernamental, pues apoya a Hezbolá y Hamás, las principales fuerzas políticas en el Líbano y en Palestina (si las elecciones importan, en este caso estamos hablando de las únicas elecciones relativamente libres celebradas en el mundo árabe). Es normal que la opinión elitista tema la amenaza de la democracia y actúe para desalentarla, pero este es un caso bastante llamativo, en particular teniendo en cuenta el firme respaldo que Estados Unidos proporciona a las brutales dictaduras de la región.

Hay mucho más que decir acerca de los actos terroristas que se atribuyen a Hamás y Hezbolá, que palidecen en comparación con los actos terroristas cometidos por Estados Unidos e Israel en la misma región, que son en gran medida una forma de resistir la agresión y violencia de Estados Unidos e Israel y a los que sería fácil poner fin si Estados Unidos e Israel aceptaran un alto el fuego y un acuerdo político en lugar de preferir la violencia, la represión brutal y la expansión, algo que, como ellos reconocen, es una violación tanto del derecho internacional como de resoluciones específicas del Consejo de Seguridad.

En el mundo musulmán el modelo de democracia es Turquía, que a pesar de sus graves fallas celebra elecciones relativamente libres, pero incluso este país ha sido objeto de severas críticas en Estados Unidos. La administración Obama reaccionó con particular indignación cuando Turquía se unió a Brasil para acordar un trato con Irán para restringir su enriquecimiento de uranio, más o menos de acuerdo con las exigencias de Estados Unidos. Obama había elogiado la iniciativa en una carta enviada al presidente de Brasil, Lula da Silva, al parecer dando por hecho que esta fracasaría, lo que le proporcionaría un arma propagandística contra Irán. Cuando la iniciativa tuvo éxito, Estados Unidos se puso furioso, y con rapidez decidió socavarla mediante una resolución del Consejo de Seguridad tan absurda que incluso China se sumó encantada de inmediato (consciente de que, a lo sumo, las sanciones estipuladas impedirían a las empresas occidentales competir con ella por los recursos iraníes). Una vez más, Washington actuó de forma directa para asegurarse de que nadie interfiriera con su control de la región, sin importar los

efectos que ello pudiera tener sobre la proliferación nuclear.

La clase política entiende muy bien la amenaza que suponen las acciones independientes. Steven Cook, un investigador del Consejo sobre Relaciones Exteriores, observó que la pregunta crítica ahora es: «¿Qué debemos hacer para mantener a los turcos en su carril?» (es decir, obedeciendo nuestras órdenes como los buenos demócratas). Un titular del *New York Times* supo captar el estado de ánimo general: «Acuerdo con Irán será una mancha en el legado del líder brasileño». En resumen, o hacéis lo que os decimos o vais a ver. Cualquier capo de la mafia puede explicaros cómo funciona.

No hay indicios de que otros países de la región aprueben las sanciones impuestas por Estados Unidos más de lo que Turquía lo hace. Pakistán e Irán, por ejemplo, han firmado un acuerdo para un nuevo oleoducto. Para Estados Unidos resulta incluso más preocupante la posibilidad de que ese oleoducto pueda extenderse hasta la India. El tratado que Estados Unidos firmó con la India en 2008 para respaldar su programa nuclear (e indirectamente su programa de armas nucleares) tenía la clara intención de impedir que se uniera al oleoducto. India y Pakistán son dos de las tres potencias nucleares que se han negado a firmar el Tratado de no proliferación de armas nucleares (TNP); el tercero es Israel. Todos desarrollaron armas nucleares con apoyo de Estados Unidos, y siguen haciéndolo.

Ninguna persona sensata quiere que Irán desarrolle armas nucleares; Irán o cualquier otro. Una forma obvia de mitigar o eliminar esa amenaza es establecer una zona libre de armas nucleares en Oriente Próximo. La cuestión se planteó (de

nuevo) en la conferencia sobre el TNP celebrada en la sede de Naciones Unidas a comienzos de mayo de 2010. Egipto, como presidente de las ciento dieciocho naciones que conforman el movimiento de los países no alineados, propuso que la conferencia respaldara un plan para iniciar en 2011 las negociaciones sobre una zona libre de armas nucleares en Oriente Próximo, como habían acordado los países occidentales, incluido Estados Unidos, en la conferencia que en 1995 reviso el TNP.

Washington formalmente sigue estando de acuerdo, pero insiste en que se exima a Israel (y no ha dado la menor muestra de estar dispuesto a permitir que tales condiciones se apliquen a sus propias fuerzas). No es el momento oportuno para crear la zona, declaró la secretaria de Estado Hillary Clinton en la conferencia celebrada en mayo. Washington también insistió en que le resulta imposible aceptar cualquier propuesta que exija que el programa nuclear israelí quede bajo los auspicios del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA), como el OIEA actualmente recomienda, o que obligue a los firmantes del TNP, y específicamente a Estados Unidos, a difundir información acerca de «las instalaciones y actividades nucleares de Israel, incluida la información relativa a anteriores transferencias nucleares». La técnica de evasión de Obama es adoptar la posición de Israel de que cualquier propuesta semejante debe quedar condicionada a un acuerdo de paz integral, algo que Estados Unidos puede retrasar de forma indefinida, como lo ha estado haciendo durante treinta y cinco años, con excepciones raras y temporales.

El compromiso retórico de Obama con la no proliferación

le ha valido muchos elogios, e incluso un premio Nobel de la paz. Un paso práctico en esa dirección es la creación de zonas libres de armas nucleares. Otro es dejar de apoyar los programas nucleares de los tres países no firmantes del TNP. Como sucede con frecuencia, la retórica y las acciones van por caminos distintos o, como ocurre en este caso, están en contra-dicción directa, pero este es un hecho al que se presta poca atención.

En lugar de adoptar medidas prácticas para reducir la amenaza real y grave de la proliferación de armas nucleares, Estados Unidos está preparándose para tomar medidas de envergadura con el propósito de reforzar su control de las regiones productoras de petróleo en Oriente Próximo, e incluso para recurrir a la violencia si los otros medios se revelan poco efectivos. Las perspectivas, por tanto, son horribles.

Para terminar, ocupémonos de la más grave de las actuales guerras de Obama: Afganistán. El objetivo oficial es proteger a los estadounidenses de Al Qaeda, que es una organización virtual sin ninguna sede específica: una «red de redes» y una «resistencia sin líderes», como se la denomina en la literatura especializada, ahora incluso más que antes, compuesta por facciones relativamente independientes, sin vínculos rígidos, dispersas por todo el mundo. La CIA calcula que en la actualidad podría haber en Afganistán entre cincuenta y cien activistas de Al Qaeda, y no hay ningún indicio de que los talibanes quieran repetir el error de ofrecer refugio a la organización.

En la primera aplicación de la nueva estrategia de Obama, los marines estadounidenses conquistaron recientemente

Marja, una pequeña ciudad de la provincia de Helmand, el principal centro de la insurgencia. El *New York Times* informó de que:

> los marines han topado con que la identidad talibán es tan dominante que el movimiento parece más la única organización política de una ciudad en la que solo existe un partido y cuya influencia llega a todos los ciudadanos. «Tenemos que reevaluar nuestra definición de la palabra "enemigo"», dijo el general de brigada Larry Nicholson, comandante de la brigada expedicionaria de los marines en la provincia de Helmand. «Aquí las personas se identifican en su mayoría como talibanes … Tenemos que reajustar nuestra forma de pensar de modo que en lugar de intentar ahuyentar a los talibanes de Marja, intentemos ahuyentar al enemigo», dijo.

Los marines se enfrentan a un problema que siempre ha atormentado a los conquistadores, uno que para Estados Unidos resulta muy conocido por su experiencia en Vietnam, donde, como lamentaba el mayor experto del gobierno estadounidense, el enemigo era el único «partido político con una base realmente popular en Vietnam del Sur», con lo que cualquier esfuerzo por competir con él en términos políticos sería una lucha entre un pececillo y una ballena: nuestro pececillo, su ballena. Por tanto, Estados Unidos tiene que vencer a la fuerza política del enemigo nativo mediante el uso de su ventaja comparativa, la violencia, con resultados espantosos. Otros han topado antes con problemas similares: por ejemplo, los rusos en Afganistán en la década de 1980, cuando ganaron cada batalla, pero perdieron la guerra (aunque estaban empezando a hacer progresos, como reconocieron los principales expertos estadounidenses, tras adoptar, a mediados de ese decenio, la estrategia contrainsurgente que Petraeus ha puesto de moda). Y, coinciden los mismos expertos, acaso hubieran ganado la guerra de no ser por el ingente apoyo que los muyahidines recibieron de Estados Unidos, Arabia Saudita y Pakistán,

apoyo que incluyó armamento de alta tecnología para neutralizar los helicópteros de las fuerzas rusas. La CIA proclamó con orgullo que la meta no era liberar Afganistán sino matar a los rusos. Estados Unidos no ha encontrado una oposición semejante en Afganistán.

Después del triunfo de Marja, las fuerzas lideradas por Estados Unidos estaban preparadas para asaltar Kandahar, una ciudad muchísimo más grande y en la que, de acuerdo con los sondeos del ejército estadounidense, el 95 por 100 se opone a la operación militar y cinco de cada seis habitantes considera a los talibanes «nuestros hermanos afganos» (también esto es un eco de anteriores conquistas). Los planes se aplazaron, eso forma parte del trasfondo del fiasco de McChrystal.

En estas circunstancias, no es de sorprender que las autoridades estén preocupadas por la posibilidad de que el respaldo de la opinión pública pueda erosionarse todavía más. Un memorando de la CIA que se filtró recientemente señalaba que: «El reducido relieve que posee la misión en Afganistán ha permitido a los dirigentes de Francia y Alemania pasar por alto la oposición popular e incrementar regularmente las tropas con las que contribuyen» a la guerra de Estados Unidos, a pesar de que el 80 por 100 de la opinión pública alemana y francesa es contraria a ella. Por tanto, resulta necesario «fabricar mensajes a la medida» para «impedir o al menos contener una reacción negativa». Después de lo cual se mencionan algunas propuestas específicas para engañar a la opinión pública. Aquí es posible contar con que los medios de comunicación desempeñarán voluntariamente el papel que les corresponde.

El memorando de la CIA debería recordarnos que los Estados tienen un enemigo interno: su propia población, a la que es necesario controlar cuando la opinión pública se oponga a la política estatal. La batalla por el control del enemigo interno tiene una enorme pertinencia en la actualidad y debería ser una inquietud primordial para quienes como vosotros esperan hacer frente a los serios desafíos de nuestros días. Vuestra tarea difícilmente podría ser más importante.

EPÍLOGO

QUEDA MUCHO POR DECIR[42]

MAYO DE 2011

El 1 de mayo de 2011 Osama bin Laden fue asesinado en un complejo prácticamente desprotegido por un comando de asalto formado por setenta y nueve SEAL, los soldados de elite de la marina estadounidense, que llegaron a Pakistán en helicópteros. Después de que el gobierno proporcionara y luego retirara muchos relatos morbosos de lo ocurrido, los informes oficiales fueron dejando cada vez más claro que la operación fue un asesinato planificado que violó múltiples normas elementales del derecho internacional, para empezar con la invasión misma de territorio pakistaní.

Todo parece indicar que no hubo ningún intento de detener a la víctima desarmada, algo que es de suponer hubieran podido hacer setenta y nueve soldados que no encontraron ninguna oposición, salvo, según se informó, la de su esposa, que también estaba desarmada y a la que dispararon en defensa propia cuando se «abalanzó» sobre ellos (de acuerdo con la Casa Blanca).

Yochi Dreazen, un veterano corresponsal en Oriente Próximo, y sus colegas nos proporcionaron una

reconstrucción verosímil de los acontecimientos en el *Atlantic*.[43] Dreazen, ex corresponsal militar del *Wall Street Journal*, es en la actualidad corresponsal sénior del National Journal Group y se especializa en asuntos militares y de seguridad nacional. Según su investigación, los planes de la Casa Blanca al parecer no consideraron la opción de capturar con vida a Osama bin Laden: «Según un importante funcionario estadounidense que conoció las discusiones, el gobierno había aclarado al Mando Conjunto de Operaciones Especiales que quería a bin Laden muerto. Un oficial de alto rango del ejército al que se informó del asalto dijo que los SEAL sabían que su misión no era capturarlo vivo».

Los autores añaden: «Para muchas de las personas que en el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia habían pasado casi una década a la caza de bin Laden, matar al terrorista era un acto de venganza necesario y justificado». Además: «Capturar con vida a bin Laden habría planteado al gobierno una serie de engorrosos retos jurídicos y políticos». Por tanto, lo mejor era asesinarlo y arrojar su cadáver al mar sin la autopsia que se considera obligatoria después de un asesinato, independientemente de si se piensa que es justificado o no (una acción que, como era predecible, causó rabia y escepticismo en buena parte del mundo musulmán).

Como observan los periodistas del *Atlantic*, «la decisión de matar a bin Laden en el acto fue la demostración más clara hasta la fecha de un aspecto de la política antiterrorista de la administración Obama al que se ha prestado poca atención. La administración Bush capturó a miles de sospechosos de ser terroristas y los envió a campos de detención en Afganistán, Irak y Guantánamo. La administración Obama, en cambio, se

ha concentrado en la eliminación de terroristas individuales en lugar de intentar capturarlos con vida». Esa es una diferencia significativa entre Bush y Obama. Los autores citan a Helmut Schmidt, ex canciller de Alemania Occidental, quien «dijo a la televisión alemana que el ataque fue "con gran claridad una violación del derecho internacional" y que bin Laden debería haber sido detenido y llevado a juicio», y luego contrastan sus declaraciones con las de Eric Holder, fiscal general de Estados Unidos, quien «defendió la decisión de matar a bin Laden aunque no constituyera una amenaza directa para los SEAL de la marina y sostuvo el martes, ante una comisión de la Cámara, que el asalto había sido "lícito, legítimo y apropiado en todo sentido"».

Los aliados de Estados Unidos también criticaron la decisión de deshacerse del cuerpo sin autopsia de ningún tipo. El prestigioso abogado británico Geoffrey Robertson, que respaldó la intervención pero no la ejecución, en gran medida por motivos pragmáticos, describió el «se ha hecho justicia» de Obama como un «absurdo» que debería resultar evidente para alguien que ha sido profesor de derecho constitucional.[44] La ley pakistaní «requiere que se investigue toda muerte violenta, y la ley internacional sobre derechos humanos insiste en que el "derecho a la vida" exige realizar una investigación siempre que se produce una muerte violenta por acción del gobierno o la policía. Por tanto, Estados Unidos tiene el deber de realizar una investigación sobre las verdaderas circunstancias de este asesinato que sea satisfactoria para el mundo». Robertson añade que «la ley permite que se dispare a los delincuentes en defensa propia si ellos (o sus cómplices) se resisten al arresto en formas que

puedan poner en peligro a quienes se esfuerzan por detenerlos. En lo posible, debe dárseles la oportunidad de rendirse, pero incluso si no salen con las manos en alto, debe capturárseles con vida siempre que esto pueda conseguirse sin riesgo. Por tanto, es necesario explicar cómo fue que bin Laden terminó recibiendo un "disparo en la cabeza" (en especial si se trató de un disparo en la nuca, estilo ejecución). ¿Por qué se optó por un "entierro en el mar" apresurado sin el examen *post mortem* que exige la ley?».

Robertson atribuye el asesinato a la «fe obsesiva de Estados Unidos en la pena capital, única entre las naciones desarrolladas, [la cual] se reflejó en el regocijo que causó el modo en que murió bin Laden». Por ejemplo, el columnista de *The Nation* Eric Alterman escribió que «el asesinato de Osama bin Laden fue una empresa justa y necesaria».

Robertson nos recuerda que «no siempre ha sido así. Cuando llegó el momento de decidir el destino de hombres mucho más malvados que Osama bin Laden (a saber, los dirigentes nazis) el gobierno británico quería colgarlos en las seis horas siguientes a su captura. El presidente Truman se opuso citando la conclusión del juez Robert Jackson de que una ejecución sumaria semejante "no resultaría fácil de aceptar para la conciencia de los estadounidenses ni sería recordada con orgullo por nuestros hijos … el único camino es determinar la inocencia o culpabilidad del acusado después de una audiencia tan desapasionada como los tiempos lo permitan y con base en una documentación que deje en claro nuestras razones y motivos"».

Los redactores de *The Daily Beast* comentan que «la alegría es comprensible, pero para muchos extranjeros carece de

atractivo. Aprueba lo que de forma creciente parece haber sido un asesinato a sangre fría, ahora que la Casa Blanca se ha visto obligada a reconocer que Osama bin Laden estaba desarmado cuando le dispararon dos veces en la cabeza».

En las sociedades que profesan algún respeto por la ley los sospechosos son capturados y sometidos a un juicio justo. Subrayo «sospechosos». En junio de 2002, el jefe del FBI Robert Mueller, en lo que el *Washington Post* describió como «uno de sus comentarios públicos más detallados sobre los orígene de los ataques», únicamente pudo decir que «los investigadores creen que los ataques del 11 de septiembre contra el World Trade Center y el Pentágono provinieron de los líderes de Al Qaeda en Afganistán, que la planeación real tuvo lugar en Alemania y que la financiación llegó a través de los Emiratos Árabes procedente de fuentes en Afganistán … Pensamos que los cerebros de la operación estaban en Afganistán y tienen una posición elevada entre los líderes de Al Qaeda». Lo que el FBI creía y pensaba en junio de 2002 era lo que no sabía ocho meses antes, cuando Washington rechazó la oferta tentativa de los talibanes (cuán seria, no lo sabemos) de extraditar a bin Laden si se les presentaban pruebas. Por tanto, no es cierto, como afirmó el presidente en su pronunciamiento desde la Casa Blanca, que «con rapidez supimos que los ataques del 11 de septiembre fueron obra de Al Qaeda».

Nunca ha habido razones para poner en duda lo que el FBI creía a mediados de 2002, pero eso sigue estando lejos de ser la prueba de culpabilidad que las sociedades civilizadas exigen (y cualesquiera que pudieran ser las pruebas en su contra, estas no nos autorizan a matar a un sospechoso que, al

parecer, podía haber sido capturado y llevado a juicio con facilidad). Lo mismo puede decirse de las pruebas aportadas desde entonces. La comisión del 11-S proporcionó abundantes pruebas circunstanciales del papel de bin Laden en los atentados, basadas principalmente en las confesiones de los prisioneros de Guantánamo. Es dudoso que la mayor parte de tales pruebas se sostenga en un tribunal independiente si se tiene en cuenta la forma en que se obtuvieron esas confesiones. Pero, en cualquier caso, las conclusiones de la investigación autorizada por el Congreso, independientemente de lo convincentes que nos resulten, no equivalen en absoluto a una sentencia de un tribunal creíble, que es lo que cambia el estatus del acusado de sospechoso a condenado. Se ha hablado mucho de la «confesión» de bin Laden, pero esta fue una fanfarronada, no una confesión, y tiene tanta credibilidad como mi «confesión» de que gané la maratón de Boston. Su alarde nos dice mucho acerca de su personalidad, pero nada acerca de su responsabilidad en lo que él consideraba un gran logro, al punto de querer llevarse el crédito.

Repito: todo esto es, evidentemente, por completo independiente de lo que pensemos acerca de su responsabilidad, que pareció clara de inmediato, incluso antes de la investigación del FBI, y sigue siéndolo.

Vale la pena añadir que la responsabilidad de bin Laden se reconoció, y condenó, en buena parte del mundo musulmán. Un ejemplo significativo es el del jeque Fadlalá, un distinguido clérigo libanés, muy respetado por Hezbolá y los grupos chiitas en general, tanto fuera como dentro del Líbano. El jeque Fadlalá también fue un objetivo al que había

que asesinar. Se intentó hacerlo en 1985 poniendo un camión bomba delante de una mezquita, en una operación organizada por la CIA. Él escapó, pero otras ochenta personas, en su mayoría mujeres y niñas, murieron cuando la bomba estalló mientras salían de la mezquita, uno de esos innumerables crímenes que no figuran en los anales del terrorismo debido a la falacia del «agente equivocado». El jeque Fadlalá condenó con severidad los ataques del 11-S, como lo hicieron otras destacadas figuras del mundo musulmán, también dentro del movimiento yihadista. Entre otros, el jefe de Hezbolá, Sayid Hasan Nasralá, que condenó con claridad a bin Laden y la ideología de la yihad global.

Uno de los principales expertos en el movimiento de la yihad, Fawaz Gerges, considera que el movimiento podría haberse dividido por esa época si Estados Unidos hubiera aprovechado la oportunidad en lugar de contribuir a movilizar-lo, en particular con la invasión de Irak, que fue una gran bendición para bin Laden y causó un aumento tremendo del terrorismo, como los servicios de inteligencia habían previsto. La ex jefe del MI5, el servicio de inteligencia encargado de la seguridad interna del Reino Unido, confirmó esta conclusión en su comparecencia ante la Comisión Chilcot, creada para investigar las circunstancias que rodearon la invasión de Irak. Confirmando otros análisis, testificó que los servicios de inteligencia británicos y estadounidenses eran conscientes de que Saddam no constituía ninguna amenaza seria y que la invasión de Irak probablemente redundaría en un aumento del terrorismo; y sostuvo que las invasiones de Irak y Afganistán habían radicalizado a ciertas partes de una generación de

musulmanes que veían estas acciones militares como «ataques contra el islam». Como ocurre con frecuencia, la seguridad no fue una de las prioridades de la acción estatal.

Quizá sería útil que nos preguntáramos cómo reaccionaríamos si un comando iraquí aterrizara en la propiedad de George W. Bush, lo asesinara y arrojara su cuerpo al Atlántico (después de ofrecerle los ritos funerarios adecuados, por supuesto). Un hecho indiscutible es que Bush no es el «sospechoso» de la invasión de Irak sino, efectivamente, el «cerebro» que la ordenó, esto es, quien cometió el «crimen internacional supremo, distinto de los demás crímenes de guerra solo en que contiene en sí todo el mal acumulado del conjunto» (para citar al Tribunal de Núremberg) por el que los criminales nazis fueron colgados: lo que en el caso de Irak significa los cientos de miles de muertos, los millones de refugiados, la destrucción de gran parte del país y del patrimonio de la nación, y un sanguinario conflicto sectario que se ha propagado por el resto de la región. Igual de indiscutible es el hecho de que estos crímenes exceden con creces cualquiera de los atribuidos a bin Laden.

Decir que todo esto es indiscutible, como lo es, no implica que no haya quien lo niegue. Pero la existencia de personas que creen que la tierra es plana no cambia el hecho de que la tierra, indiscutiblemente, no es plana. De forma similar, es indiscutible que Stalin y Hitler fueron responsables de crímenes horrendos, aunque sus fieles lo nieguen. Todo esto debería ser, insisto, demasiado obvio para que fuera necesario comentarlo, y así suele ser, salvo en un clima de histeria tan extremo que impida el pensamiento racional.

Asimismo, es indiscutible que Bush y sus socios

efectivamente cometieron el «crimen internacional supremo», el crimen de la agresión, al menos si nos tomamos en serio las sentencias del Tribunal de Núremberg. El crimen de la agresión fue definido con bastante claridad por el juez Robert Jackson, fiscal jefe por Estados Unidos en los juicios de Núremberg, definición reiterada en una resolución de la Asamblea General de la ONU. Un «agresor», propuso Jackson al Tribunal en el discurso que dio comienzo a los juicios, es el Estado que primero comete acciones como «invadir con sus fuerzas armadas, exista o no declaración de guerra, el territorio de otro Estado». Nadie, ni siquiera el partidario más extremo de la agresión contra Irak, negará que eso fue lo que Bush y sus socios hicieron.

Podríamos muy bien recordar las elocuentes palabras de Jackson sobre el principio de la universalidad: «Si ciertos actos de violación de los tratados son crímenes, son crímenes independientemente de si los comete Estados Unidos o Alemania, y no estamos preparados para establecer una regla de conducta criminal contra otros que no estemos dispuestos a aceptar que otros invoquen contra nosotros». Y en otra parte: «Nunca debemos olvidar que la vara con que juzgamos hoy a estos acusados es la vara con que la historia nos juzgará mañana. Pasar a estos acusados un cáliz envenenado es ponerlo también en nuestros labios».

Igualmente claro es que las supuestas intenciones son irrelevantes. Los fascistas japoneses al parecer creían de verdad que arrasando China estaban trabajando para convertirla en un «paraíso terrenal». No sabemos si Hitler creía que estaba defendiendo Alemania del «terrorismo salvaje» de los polacos, o si ocupó Checoslovaquia para

proteger a su población del conflicto étnico y proporcionarle los beneficios de una cultura superior, o si quería salvar las glorias de la civilización griega de los bárbaros de Oriente y Occidente, como afirmaron sus acólitos (Martin Heidegger). E incluso es posible imaginar que Bush y compañía creyeran de verdad que estaban salvando al mundo de ser destruido por las armas nucleares de Saddam. Todo eso es irrelevante, aunque los partidarios ardientes de uno u otro bando intenten convencerse de lo contrario.

Tenemos dos alternativas: o bien Bush y sus socios son culpables del «crimen internacional supremo» que incluye todos los males que se derivan de él, crímenes que van muchísimo más lejos de cualquiera de los que se atribuyen a bin Laden; o bien declaramos que los juicios de Núremberg fueron una farsa y los Aliados son culpables de asesinato judicial. Esto, insisto, es completamente independiente de la culpabilidad de los acusados: establecida por el Tribunal de Núremberg en el caso de los criminales nazis, conjetura verosímil desde el comienzo en el caso de bin Laden.

Unos pocos días después del asesinato de bin Laden, Orlando Bosch murió en paz en Florida, donde residía junto a su cómplice terrorista Luis Posada Carriles, y muchos otros. Después de ser acusado de docenas de delitos terroristas por el FBI, Bush I le había otorgado el perdón presidencial desatendiendo las objeciones del Departamento de Justicia, que consideraba que era ineludible concluir que «sería perjudicial para el interés público de Estados Unidos proporcionar refugio a Bosch». La coincidencia de las muertes de inmediato nos recuerda la doctrina de Bush II, que se ha convertido ya «en una regla *de facto* de las

relaciones internacionales», según el destacado especialista en relaciones internacionales de la Universidad de Harvard Graham Allison. La doctrina revoca «la soberanía de los Estados que proporcionen refugio a terroristas», escribe Allison a propósito de la declaración de Bush II, dirigida a los talibanes, de que «quienes albergan terroristas son tan culpables como los mismos terroristas». Tales Estados, por tanto, pierden su soberanía y son blancos adecuados para los bombardeos y el terror; por ejemplo, el Estado que albergó a Bosch y su cómplice, para no mencionar algunos candidatos bastante más significativos. Cuando Bush pronunció esta nueva «regla *de facto* de las relaciones internacionales», nadie pareció advertir que estaba pidiendo la invasión y destrucción de Estados Unidos y la ejecución de sus presidentes criminales.

Por supuesto, nada de esto resulta problemático si rechazamos el principio de universalidad del juez Jackson y adoptamos en su lugar el principio de que Estados Unidos está inmunizado contra el derecho y las convenciones internacionales, como, en efecto, el gobierno ha dejado muy en claro con frecuencia, un hecho importantísimo, pero muy poco entendido.

También vale la pena pensar acerca del nombre dado a la operación: Gerónimo. La mentalidad imperial es tan profunda que pocos parecen capaces de advertir que la Casa Blanca está glorificando a bin Laden al llamarle «Gerónimo», el líder de la valiente resistencia a los invasores que buscaban entregar a su pueblo al destino de «esa desventurada raza de nativos americanos, que estamos exterminando con tanta crueldad y de forma tan despiadada y pérfida, uno de los

pecados más abyectos de esta nación, por el que creo que Dios un día habrá de juzgarla», en palabras del gran estratega John Quincy Adams, el arquitecto intelectual de la teoría del destino manifiesto, palabras pronunciadas mucho después de que sus propias contribuciones a esos pecados hubieran pasado. Con todo, no es una sorpresa que algunos sí comprendieran: los remanentes de esa raza desventurada protestaron de forma enérgica. La elección del nombre recuerda la facilidad con que bautizamos nuestras armas de destrucción con los nombres de las víctimas de nuestros crímenes: Apache, Blackhawk, Tomahawk… Acaso reaccionaríamos de manera diferente si la Luftwaffe hubiera llamado a sus cazas «Judío» y «Gitano».

Los ejemplos mencionados entrarían dentro de la categoría «excepcionalismo estadounidense» si no fuera por el hecho de que la supresión de los propios crímenes es una característica prácticamente ubicua de los Estados poderosos, al menos de aquellos que no han sido derrotados y obligados a reconocer la realidad. Hay muchísimos más ejemplos contemporáneos, demasiados para mencionarlos todos, así que voy a tomar solo uno, de gran relevancia en la actualidad, las armas del terrorismo de Obama en Pakistán, los aviones no tripulados. Supongamos que durante la década de 1980, cuando los rusos ocupaban Afganistán, hubieran llevado a cabo asesinatos selectivos en Pakistán contra quienes estaban financiando, armando y adiestrando a los insurgentes, con orgullo y franqueza. Un blanco, por ejemplo, habría sido el jefe de la estación de la CIA en Islamabad, que explicaba que le «encantaba» la «noble meta» de su misión: «matar soldados soviéticos … no liberar Afganistán». Ni siquiera es necesario

que nos imaginemos cuál habría sido la reacción. Sin embargo, hay una diferencia crucial: eso eran ellos; esto, nosotros.

¿Cuáles son las consecuencias más probables del asesinato de bin Laden? Para el mundo árabe, probablemente significará poco. Bin Laden llevaba tiempo siendo una figura marchita, y en los últimos meses la «primavera árabe» lo eclipsó. Su significado en el mundo árabe se resume en el título de una columna de opinión del especialista en Oriente Próximo y Al Qaeda Gilles Kepel publicada en el *New York Times*: «Bin Laden ya estaba muerto». Kepel escribe que es probable que su muerte no importe a muchos en el mundo árabe. Ese titular podría haberse publicado mucho antes si Estados Unidos no hubiera impulsado el movimiento yihadista con sus ataques contra Afganistán e Irak, como sugirieron tanto los servicios de inteligencia como los estudiosos. En lo que respecta al movimiento yihadista, dentro de él bin Laden era sin duda un símbolo venerado, pero no desempeñaba una función decisiva en su «red de redes», como la llaman los analistas, que lleva a cabo principalmente operaciones independientes.

Las consecuencias más inmediatas y significativas probablemente tengan lugar en Pakistán. Se ha discutido mucho la ira que siente Washington por el hecho de que Pakistán no hubiera entregado a bin Laden. Menos se ha hablado acerca de la furia de Pakistán por el hecho de que Estados Unidos hubiera invadido su territorio para llevar a cabo un asesinato político. El fervor antiestadounidense ya había alcanzado un punto álgido en Pakistán y estos acontecimientos probablemente lo exacerbarán.

Pakistán es el país más peligroso del planeta, y también la potencia nuclear de más rápido crecimiento del mundo, con un arsenal enorme. Se mantiene unido gracias a su única institución estable, el ejército. Uno de los mayores especialistas en Pakistán y su ejército, Anatol Lieven, escribe que «si Estados Unidos pone alguna vez a los soldados pakistaníes en una posición en la que sientan que su honor y patriotismo les exige combatir contra los estadounidenses, muchos se sentirían encantados de hacerlo». Y si Pakistán se derrumba, un «resultado absolutamente inevitable sería el flujo de una gran cantidad de ex soldados muy bien adiestrados, incluidos expertos en explosivos e ingenieros, hacia los grupos extremistas». Esa es, en su opinión, la principal amenaza, pues habría un serio riesgo de que materiales fisibles terminen en manos de los yihadistas, una perspectiva horrenda.

Los militares pakistaníes ya han sido presionados al límite por los ataques de Estados Unidos contra la soberanía de su país. Un factor son los ataques mediante aviones no tripulados que Obama incrementó inmediatamente después del asesinato de bin Laden, lo que echó sal en la herida. Pero hay mucho más, incluida la exigencia de que el ejército pakistaní coope-re con la guerra de Estados Unidos contra los talibanes afganos. Según Lieven, la abrumadora mayoría de los pakista-níes, incluidos los militares, consideran que los talibanes están librando una guerra de resistencia justa contra un ejército invasor.

La operación que acabó con la vida de bin Laden podría haber sido la chispa que encendiera una conflagración, con consecuencias nefastas, en particular si, como se previó, la

fuerza invasora se hubiera visto obligada a abrirse camino disparando para salir del país. Quizás el asesinato se percibió como un «acto de venganza», como concluye Robertson. Cualquiera que fuera el motivo, difícilmente pudo ser la seguridad nacional. Como el caso del «crimen internacional supremo» cometido en Irak, el asesinato de bin Laden es un ejemplo de que la seguridad no tiene con frecuencia una prioridad elevada en las acciones estatales, en contra de lo que afirma la doctrina aceptada.

Queda mucho por decir, pero incluso los hechos más obvios y elementales deberían darnos bastante en qué pensar.

Notas

[1]. En marzo de 1995, miembros de la secta japonesa Aum Shinrikyo (Verdad Suprema) liberaron gas sarín en distintas líneas del metro de Tokio. El ataque causó la muerte de doce personas y miles más resultaron heridas.

[2]. James Bennet, «A Long, Bitter Feud Is Tipping Sharon's Way», *The New York Times*, 24 de enero de 2002, disponible en Internet en http://www.nytimes.com/2002/01/24/international/middleeast/24SHAR.html. Dice Bennet: «La meta del gobierno fue instalar un régimen amistoso y destruir la Organización para la Liberación de Palestina del señor Arafat. Eso, en teoría, ayudaría a convencer a los palestinos de que aceptaran el dominio israelí en Cisjordania y la Franja de Gaza».

[3]. Véase *«W» and Torture: Two Trial Observations*, publicado en septiembre de 2002 por el Proyecto Kurdo de Derechos Humanos (Londres), el Comité de Derechos Humanos de los Colegios de Abogados de Inglaterra y Gales, la Asociación por los Derechos Humanos (Ankara), en particular la sección 2, «The "W" Case». La ortografía turca es *Nevruz* y la kurda, *Newroz*.

[4]. Véase Doug Stokes, «Better Lead than Bread? A Critical Analysis of the U. S.'s Plan Colombia», *Civil Wars* 4.22 (verano de 2001), pp. 59-78; Garry M. Leech, *Killing Peace* (Information Network of the Americas, Nueva York, 2002), pp. 66 y ss. Para un contexto y una discusión más amplios, véase el capítulo 5 de Chomsky, *Estados canallas* (Paidós, Barcelona, 2007).

[5]. En una decisión sin precedentes, en noviembre de 2001, la Knésset despojó a Azmi Bishara de su inmunidad parlamentaria para permitir que el fiscal general de Israel le procesara por dos cargos. En primer lugar, la supuesta violación de la Ley para la prevención del terrorismo que se había producido en dos discursos públicos en los que Bishara reafirmó el derecho de los pueblos ocupados a resistir la ocupación extranjera. En segundo lugar, la violación de las leyes de emergencia de 1948 sobre viajes al extranjero por haber hecho arreglos para que algunos ancianos palestinos, ciudadanos de Israel, pudieran visitar a sus familiares refugiados en Siria.

[6]. Esta entrevista se publicó originalmente como epílogo de la nueva edición del libro de Noam Chomsky y Gilbert Achcar, *Perilous Power: The Middle East and U. S. Foreign Policy,* Paradigm Publishers, Boulder (Colorado), 2009. [Hay traducción castellana de la edición anterior: *Estados peligrosos: Oriente Medio y la política exterior estadounidense*, Paidós, Barcelona, 2007.]

[7]. Véase Benjamin Page y Marshall Bouton, *The Foreign Policy Disconnect*, University of Chicago Press, Chicago, 2006. Lo mismo es válido para la política interior. Para muchos ejemplos de esto, véase mi libro *Failed States*, Metropolitan Books, Nueva York, 2006. [Hay traducción castellana: *Estados fallidos: el abuso del poder y ataque a la democracia*, Ediciones B, Barcelona, 2007.]

[8]. Vicente Navarro, «Yes, We Can! Can We? The Next Failure of Health Care Reform», *Counterpunch Special Report*, 6 de marzo de 2008, disponible en Internet en www.counterpunch.org/navarro03062008.html. Profesor de política pública, sociología y estudios políticos en la Universidad Johns Hopkins, Navarro es uno de los mayores especialistas en el tema de la reforma de la sanidad pública.

[9]. Para un útil análisis, véase Mike Davis, *In Praise of Barbarians*, Haymarket, Chicago, 2007, cap. 8.

[10]. *Ibid.* (las cursivas son del original). Véase también pp. 47 y ss. de la nueva edición de *Perilous*

Power.

[11]. C. Chivers, «Grozny Journal: Nonstop to Chechnya: As War Ebbs, Flights Return», *New York Times*, 11 de septiembre de 2007.

[12]. «Declaration of Principles for a Long-Term Relationship of Cooperation and Friendship Between the Republic of Iraq and the United States of America», firmada el 26 de agosto de 2007 y disponible en Internet en http://www.whitehouse.gov/news/releases/2007/11/20071126-11.html; Charlie Savage, «In Signing Statement, Bush Looks to Bypass Four Laws», *Boston Globe*, 29 de enero de 2008; Thom Shanker y Steven Lee Myers, «U.S. to Insist Iraq Grant It Wide Mandate in Operations», *New York Times*, 25 de enero de 2008.

[13]. Como se señala en la p. 205, Estados Unidos tuvo que abandonar estas exigencias ante la fuerte resistencia de los iraquíes, lo que evidenció todavía más la incapacidad de Estados Unidos para imponer su voluntad desde la invasión.

[14]. Kevin Ryan, «The "Withdrawal" That Isn't», *Boston Globe*, 29 de marzo de 2007.

[15]. Sobre estas vacilaciones, véase Carolyn Lochhead, «Even If Dems Win, Total Exit Uncertain, Neither Clinton Nor Obama Promises to Pull Out All Troops», *San Francisco Chronicle*, 17 de marzo de 2008.

[16]. Taylor Owen y Ben Kiernan, «Bombs over Cambodia», *Walrus*, octubre de 2006. En un reanálisis posterior de las cifras, Taylor y Kiernan concluyeron que el bombardeo de la Camboya rural, buena parte del cual fue «indiscriminado», superó el nivel de todos los bombardeos que se llevaron a cabo en el teatro del Pacífico durante la segunda guerra mundial.

[17]. James Paul, citado en «Five Years After Invading Iraq», Institute for Public Accuracy News Release, 19 de marzo de 2008, disponible en Internet en http://www.accuracy.org/release/1672-five-years-after-invading-iraq/. Para información de contexto amplia y detallada, véase Global Policy Forum, «War and Occupation in Iraq», junio de 2007, disponible en Internet en http://www.globalpolicy.org/iraq/war-and-occupation-in-iraq.html.

[18]. Akiva Eldar, «Killing Yassin Saved Sharon», *Haaretz*, 23 de marzo de 2004; Brian Whitaker, «Assassination Method: Surveillance Drone and a Hellfire Missile», *Guardian*, 23 de marzo de 2004; el 22 de marzo de 2004, el Centro Palestino para los Derechos Humanos informó que junto a Yasín habían sido asesinados siete civiles. Para un repaso de las políticas de asesinato israelíes, véase Tanya Reinhart, *The Road to Nowhere: Israel-Palestine Since 2003*, Norton, Nueva York, 2006; y Victoria Brittain, «They Had to Die: Assassination Against Liberation», *Race and Class* 48, n.º 1 (2006), p. 60. Como señala Brittain, «con el comienzo del siglo XXI, las tácticas de asesinato israelíes se han hecho más violentas, más imprudentes en lo relativo a las consecuencias para la población civil e indiferentes a cualquier censura internacional», gracias a la protección de Estados Unidos, sin la cual «Israel se habría convertido hace mucho tiempo en un Estado paria como lo fue la Sudáfrica del *apartheid*».

[19]. Pervez Hoodbhoy, «The War of Drones», *Dawn* (Pakistán), 9 de marzo de 2008.

[20]. CNN, 1 de febrero de 2008, transcripción disponible en Internet en http://edition.cnn.com/2008/US/01/31/alqaeda.death/index.html; Ethan Bronner, «Poll Shows Most Palestinians Favor Violence over Talks», *New York Times*, 19 de marzo de 2008; Steven Erlanger y Isabel Kershner, «Gunman in Jerusalem Attack Identified», *New York Times*, 7 de marzo de 2008.

[21]. Michael R. Gordon y Jeff Zeleny, «If Elected … Obama Envisions New Iran Approach», *New York Times*, 2 de noviembre de 2007.

[22]. Program on International Policy Attitudes, «A Majority of Americans Reject Military Threats in Favor of Diplomacy with Iran», 7 de diciembre de 2006, disponible en Internet en http://www.worldpublicopinion.org/pipa/articles/brunitedstatescanadara/286.php.

[23]. Peter Grier, «Castro's Exit May Spur U. S. Policy Rethink», *Christian Science Monitor*, 21 de febrero de 2008.

[24]. Correlli Barnett, «Attack Iran and Spark World War», *Daily Mail* (Londres), 4 de marzo de 2007.

[25]. Cirincione citado en PIPA, «Iranians Want Capacity to Enrich Uranium But Accept NPT Rules Against Developing Nuclear Weapons», 30 de enero de 2007, http://www.worldpublicopinion.org/pipa/articles/brmiddleeastnafricara/311.php.

[26]. PIPA, «American Public Says Government Leaders Should Pay Attention to Polls; Eight in Ten Say Public Should Have Greater Influence on Government», boletín informativo, 21 de marzo de 2008, disponible en Internet en http://www.worldpublicopinion.org/pipa/articles/governance_bt/461.php.

[27]. *Ibid.*

[28]. Las partes publicadas del NIE no indican que Irán tuviera un programa para el desarrollo de armas nucleares antes de 2003. Sobre las razones para cuestionar que lo tuvieran, véase la entrevista con el especialista en asuntos iraníes Ervand Abraharnian en David Barsamian, *Targeting Iran*, City Lights, San Francisco, 2007, pp. 86-87, que cita a oficiales de alto rango del ejército iraní. Las críticas de estos oficiales a un posible programa nuclear tienen cierta similitud con la detallada exposición del destacado analista israelí Zeev Maoz, quien sostiene que el programa de armas nucleares de Israel en realidad ha perjudicado su seguridad. Véase su libro *Defending the Holy Land*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2006.

[29]. Trita Parsi, *Treacherous Alliance: The Secret Dealings of Israel, Iran, and the United States*, Yale University Press, New Haven (Connecticut), 2007.

[30]. Ismail Haniyeh, «Aggression Under False Pretenses», *Washington Post*, 11 de julio de 2006; Khalid Mish'al, «Our Unity Can Now Pave the Way for Peace and Justice», *Guardian*, 13 de febrero de 2007.

[31]. Stop the Wall Campaign, «Wave of Demolitions in the West Bank leave 75 people homeless», boletín informativo, 11 de marzo de 2008, disponible en Internet en http://stopthewall.org/latestnews/1620.shtml; Rosie Walker, «Another Brick in the Wall: Saving Schools in the West Bank», *Independent* (Reino Unido), 22 de noviembre de 2007.

[32]. Olmert citado en Ilene Prusher, «Israel's "Religious Right" Gains Clout, Complicating Peacemaking», *Christian Science Monitor*, 19 de marzo de 2008.

[33]. Prusher, «Israel's "Religious Right" Gains Clout».

[34]. Human Rights Watch señala en un informe que desde septiembre de 2005, cuando se trasladó a algunos colonos israelíes de Gaza a otros territorios ocupados (una «retirada», se lo llamó), hasta finales de junio de 2006 (cuando los ataques israelíes contra Gaza se intensificaron de forma abrupta), Israel disparó más de siete mil setecientos obuses de 155 mm contra el norte de Gaza. Véase Howard Friel y Richard Falk, *Israel-Palestine on Record*, Verso, Nueva York, 2007.

[35]. «MK Schneller: Give PA Wadi Ara, "Triangle"», Israel National News, 27 de abril de 2007; Livni citada en Scott Wilson, «For Israel's Arab Citizens, Isolation and Exclusion», *Washington Post*, 20 de diciembre de 2007.

[36]. Véase Michael Walzer, «Nationalism, Internationalism, and the Jews: The Chimera of a Binational State», en Irving Howe y Carl Gershman, eds., *Israel, the Arabs and the Middle East*, Bantam, Nueva York, 1972, una colección de ensayos socialdemócratas. Véase también la entrevista de Benny Morris con Ari Shavit en *Haaretz*, 8 de enero de 2004. Morris, que ha realizado algunos de los trabajos históricos más importantes que refutan la versión tradicional de los sionistas sobre los acontecimientos de 1948 y el conflicto posterior, cree que el mayor error de Ben-Gurion en 1948, acaso «un error fatal», fue no haber «limpiado todo el país, toda la Tierra de Israel, hasta el río Jordán». La expresión hebrea que emplea es «tihur etni», que literalmente significa «purificación étnica».

[37]. Wilson, «For Israel's Arab Citizens». Sobre el conjunto de mecanismos, véase mi libro *Towards a New Cold War*, Pantheon, Nueva York, 1982 [hay traducción castellana: *La segunda guerra fría: crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*, Crítica, Barcelona, 1984], y para un análisis más amplio, Walter Lehn y Uri Davis, *The Jewish National Fund*, Kegan Paul International, Nueva York, 1988. Algunos señalan que el Fondo Nacional Judío *posee* solo una octaba parte de la tierra de Israel, pero la cifra relevante es la cantidad que efectivamente *controla* y en la que aplica sus políticas discriminatorias.

[38]. Yoav Stern, «Three-Story Home in Baka al-Garbiyeh for Sale; Jews Encouraged to Apply», *Haaretz*, 1 de mayo de 2006.

[39]. Wilson, «For Israel's Arab Citizens».

[40]. Aprobada en 1868, la Decimocuarta Enmienda a la Constitución de Estados Unidos propone una definición amplia de ciudadanía y estipula, entre otras cosas, que ningún Estado puede privar a las personas dentro de su jurisdicción de una protección igualitaria ante la ley, algo que tendría gran importancia en la lucha contra la segregación racial a mediados del siglo XX. (*N. del t.*)

[41]. Yossi Sarid, *Haaretz*, 11 de noviembre de 2006, citado en Friel y Falk, *Israel-Palestine on Record*, p. 268; Reuven Kaminer, «Concern over Anti-Semitism?», 1 de marzo de 2008, disponible en Internet en http://groups.yahoo.com/group/JustPeaceUK/message/22794.

[42]. Después del asesinato de Osama bin Laden recibí tal avalancha de solicitudes que me pedían un comentario que fui incapaz de responderlas de forma individualizada, y en lugar de ello redacté una carta de respuesta modelo, sin ningún tipo de edición, que envié el 4 de mayo y los días siguientes. Mi intención

no era publicarla, pues esperaba hacer luego una versión más completa y cuidada. Sin embargo, esa respuesta se posteó y circuló en Internet. Puede todavía leerse, reposteada, en http://www.zcommunications.org/my-reaction-to-osama-bin-laden-s-death-by-noam-chomsky.

A eso le siguió otra avalancha de reacciones desde todas partes del mundo. La muestra está lejos de ser científica, pero, no obstante, las tendencias que evidenciaba pueden tener cierto interés. De forma abrumadora, la reacción del «tercer mundo» fue del tipo «gracias por decir lo que pensamos». Hubo reacciones similares en Estados Unidos, pero muchas otras eran furiosas, a menudo prácticamente histéricas, sin casi relación con el contenido real de la carta modelo publicada. Eso ocurría en particular con las respuestas públicas sobre las que me llamaron la atención. He recibido varias peticiones para que las comente, pero, para ser franco, me parece superfluo. Con todo, si hay algún interés, intentaré hallar el tiempo para hacerlo.

La carta original terminaba con el comentario de que «queda mucho por decir, pero incluso los hechos más obvios y elementales deberían darnos bastante en qué pensar». Aquí he llenado algunos vacíos, pero todos los argumentos básicos del original permanecen inalterados.

[43]. Yochi Dreazen, Aamer Madhani y Marc Ambinder, «The Goal Was Never to Capture bin Laden», 4 de mayo de 2011, disponible en Internet en http://www.theatlantic.com/politics/archive/2011/05/goal-was-never-to-capture-bin-laden/238330/

[44]. Geoffrey Robertson, «Bin Laden Should Have Been Captured, Not Killed», 3 de mayo de 2011, disponible en Internet en http://www.thedailybeast.com/articles/2011/05/03/osama-bin-laden-death-why-he-should-have-been-captured-not-killed.html.

PASADO & PRESENTE

El título original de esta obra de Noam Chomsky es: *Power and Terror. Conflict, Hegemony and the Rule of Force (expanded edition)*

Su primera edición en lengua inglesa fue publicada por Paradigm Publishers en 2011

Pau Claris, 147, 4º, 1ª, 08010 Barcelona
ediciones@pasadopresente.com
www.pasadopresente.com

Esta primera edición de *La era Obama y otros escritos sobre el imperio de la fuerza* ha sido compuesta en tipos Fournier por G ama, SL. G onzalo P ontón ha realizado la corrección de pruebas. Se ha impreso sobre papel offset neutro de 80 g y encuadernado en rústica por Thau, SL. El 15 de noviembre de 2011 fue puesta a la venta a través de la distribuidora UDL.

ISBN: 978-84-942890-8-8

Depósito legal: B. 8.302-2014

ÍNDICE